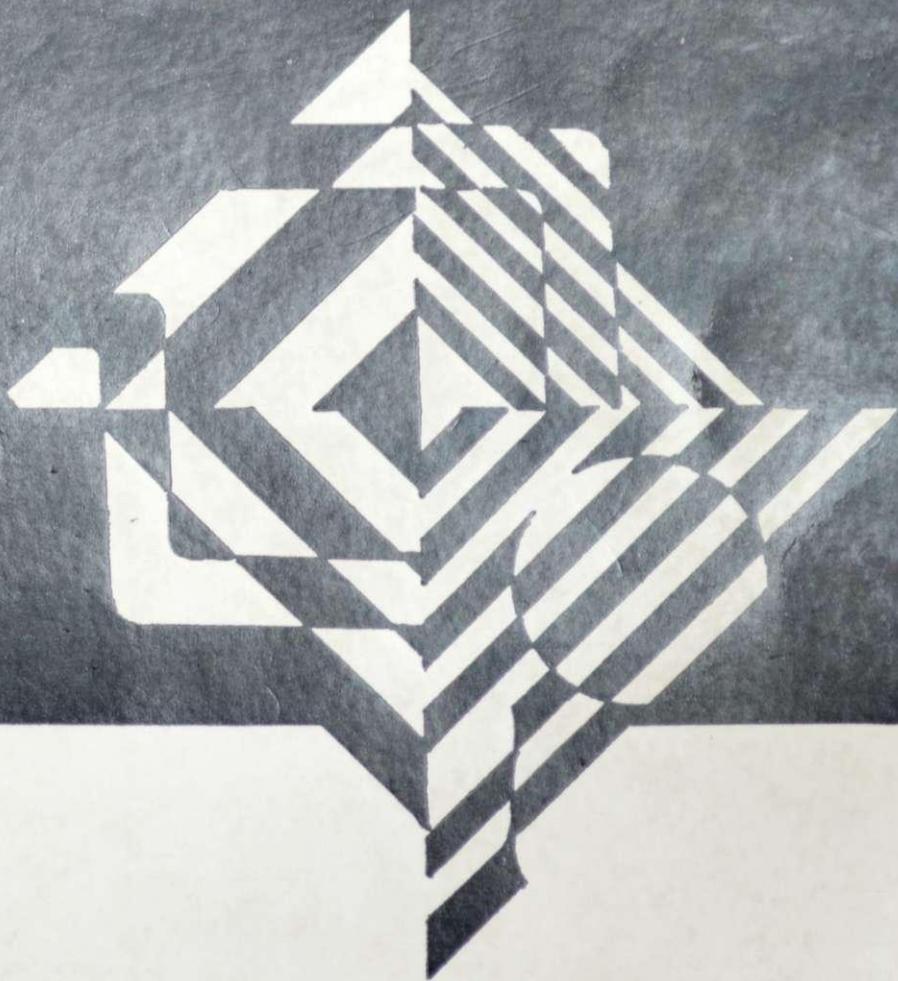


revista

biblioteca  
nacional



18 montevideo





MINISTERIO DE EDUCACION Y CULTURA

**Dr. DANIEL DARRACQ**

Secretario de Estado

**BIBLIOTECA NACIONAL**

Académico

**ARTURO SERGIO VISCA**

Director General

Coronel

**JORGE E. MARFETAN**

Director Administrativo

Cuidado de la Edición: **ALICIA CASAS de BARRAN,**  
Jefe de Publicaciones y Canje Internacional

Correspondencia: Biblioteca Nacional  
Apartado Postal 452  
Montevideo - Uruguay

**REVISTA DE LA  
BIBLIOTECA NACIONAL**

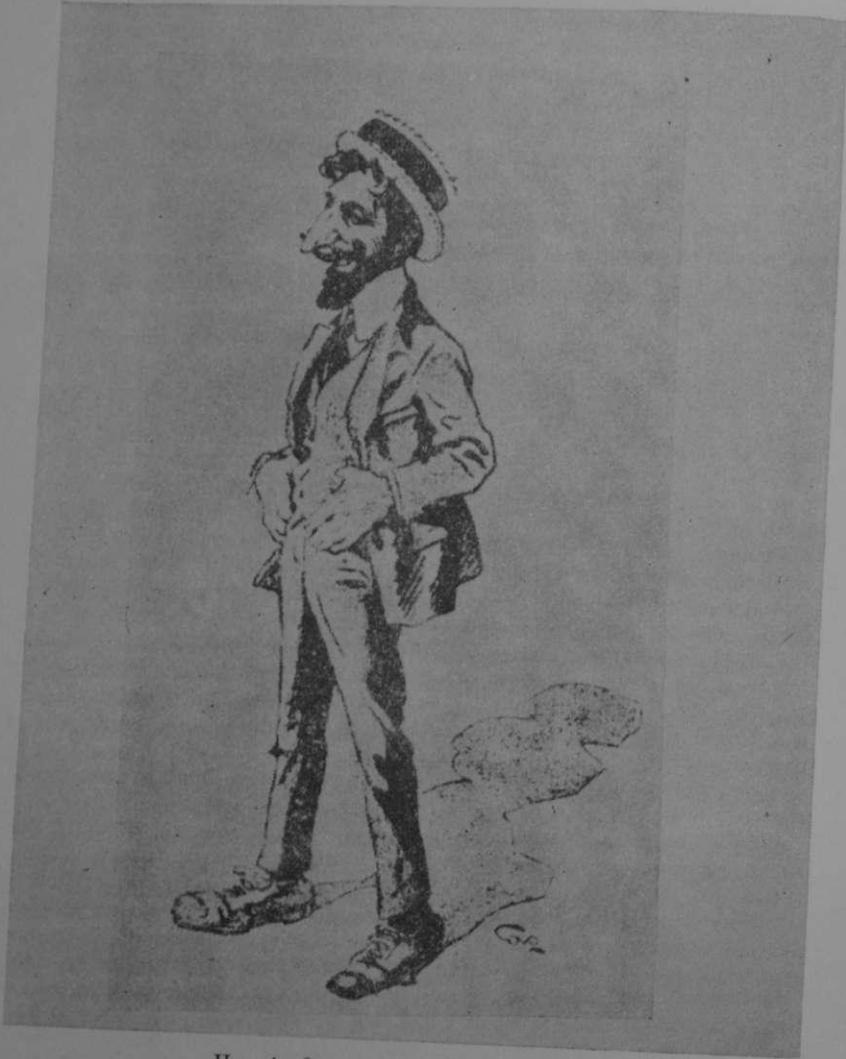
**REVISTA DE LA  
BIBLIOTECA NACIONAL**

**Nº 18  
MONTEVIDEO  
MAYO 1978**



**CARTAS INEDITAS  
DE  
HORACIO QUIROGA**

**Presentación por  
ARTURO SERGIO VISCA**



Horacio Quiroga. Caricatura de Cao.

*Apuntes  
de  
Donato Babel  
NOT, 1926*

## 1. UN NUTRIDO EPISTOLARIO

La *Biblioteca Nacional* del Uruguay custodia, en sus archivos documentales, un nutrido conjunto de cartas dirigidas por Horacio Quiroga a varios corresponsales, y otro, no muy amplio, de cartas dirigidas por diversos corresponsales a Horacio Quiroga. La mayor parte de esa correspondencia, que fue obtenida por el *Instituto Nacional de Investigaciones y Archivos Literarios*,\* ha sido ya publicada según este detalle:

- a. *Cartas inéditas de Horacio Quiroga*. Volumen I. Prólogo y notas de Arturo Sergio Visca. (Montevideo, Instituto Nacional de Investigaciones y Archivos Literarios, 1959). Contiene 92 cartas de Horacio Quiroga distribuidas así: 34 al Dr. Asdrúbal Delgado, 18 a Julio E. Payró y 40 a Ezequiel Martínez Estrada.
- b. *Cartas inéditas de Horacio Quiroga*. Volumen II. Prólogo de Mercedes Ramírez de Rossiello y notas de Roberto Ibañez. (Id. id., 1959). Contiene 126 cartas de Horacio Quiroga distribuidas así: 1 al Dr. Alberto J. Brignole, 37 al Dr. José María Delgado y 88 al Dr. José María Fernández Saldaña.
- c. *Cartas inéditas y Evocación de Quiroga*. Presentación y notas de Arturo Sergio Visca. (Montevideo, Biblioteca Nacional - Departamento de Investigaciones, 1970). Contiene *Once respuestas desde lejos: César Tiempo recuerda a Horacio Quiroga* (contestación, por escrito, al cuestionario formulado del mismo modo por Arturo Sergio Visca) y 34 cartas de Horacio Quiroga a César Tiempo.
- d. *Del epistolario de Horacio Quiroga*. Presentación y notas de Arturo Sergio Visca. En: *Revista de la Biblioteca Nacional*. (Montevideo, mayo 1972, N° 5). Contiene 2 cartas dirigidas por Horacio Quiroga al Dr. José María Fernández Saldaña y 1 dirigida por el primero a Leopoldo Lugones y 2 cartas enviadas a Horacio Quiroga, 1 por José Eustasio Rivera y 1 por Francis de Miomandre.

El total de cartas de Horacio Quiroga ya publicadas suman, pues, 256, a las que se agregan ahora las 38 enviadas a Luis Pardo, último conjunto amplio de cartas del autor de *Los desterrados* de los custodiados en la *Biblioteca Nacional*. Se llega por lo tanto, a un total de 294 piezas. Sin lugar a dudas: Horacio Quiroga era un corresponsal activo y, afortunadamente, se ha podido preservar de él un nutrido epistolario. \*\* Nutrido y valioso, porque proporciona amplia información sobre su vida —tanto de la externa como de la íntima— que ayuda a comprender su personalidad humana, tan interesante y compleja y muy estrechamente ligada a su obra de narrador. Y no debe olvidarse que si bien *biografía* y *creación literaria* son cosas distintas, muchas veces la primera ayuda a mejor penetrar en la segunda. Cuando la relación de vida y obra es muy íntima, y este

es el caso de Horacio Quiroga, el dato biográfico puede resultar fundamental para bien iluminar la creación literaria.

## 2. 38 CARTAS Y TRES ETAPAS

En un artículo sobre literatura, aparecido en el suplemento dominical de *La Nación* (Buenos Aires, 11/III/1928), Horacio Quiroga recuerda al destinatario de las cartas que ahora se publican en estos términos: "*Luis Pardo, entonces jefe de redacción de Caras y Caretas, fue quien exigió el cuento breve hasta un grado inaudito de severidad... El que estas líneas escribe... debe a Luis Pardo el destrozo de muchos cuentos por falta de extensión; pero le debe también en gran parte el mérito de los que han resistido.*" No obstante la severidad que como jefe de redacción le atribuye Horacio Quiroga a Luis Pardo —severidad a que alude también en cartas dirigidas a otros destinatarios—, la relación literario-profesional de ambos perduró durante muchos años y alcanzó un cierto grado de intimidad, como evidencia el epistolario que sigue. Si el tono de las cartas avalan la intimidad amistosa, la duración de esa amistad queda acreditada por el extenso período de tiempo que la correspondencia abarca: de 1907 a 1925. Es necesario indicar aquí que 29 de estas cartas tienen data y 9 carecen de ella (o sólo figura mes y día). Se comienza la publicación del epistolario con las cartas datadas, en orden cronológico, y se cierra con las que carecen de data, aunque algunas de ellas ofrecen datos que permitirían una ubicación presuntiva. La carta 35 alude a la próxima redacción de un folletín sobre "*historietas romanas*" y en la 34 al cuento *Episodio*, de donde es fácil inferir el año, ya que *Episodio* se publicó en el N° 451, de 25/V/1907, de la revista porteña *Caras y Caretas*, y *El remate del Imperio romano*, que es la *historieta* antes aludida, apareció en los números 707 a 712, de abril 20 y 27 y mayo 4, 11, 18 y 25 de 1912, de la misma revista. En cuanto a la carta 38, no hay duda que es del año 1925, cuando Horacio Quiroga solicitó licencia en el Consulado del Uruguay en Buenos Aires para pasar una larga temporada, acompañado de sus dos hijos, Eglé y Darío, en su *habitat* de San Ignacio. Esta fecha se valida si se atiende a las referencias que Horacio Quiroga hace en relación a su regreso: "*Pasé la semana entera instalándome. Hay que ver lo que es volver a ordenar mil herramientas, frascos, útiles... Hoy por fin he podido orientarme y hallar las cosas.*" Las acotaciones sobre Eglé y Darío que figuran en la carta denotan, asimismo, que ellos, nacidos, respectivamente, el 20 de enero de 1911 y el 15 de enero de 1912, no eran ya niños pequeños. La posibilidad de intercalar estas cartas dentro del conjunto ha sido desechada para evitar imprecisiones. No obstante, es seguro que las cartas numeradas del 30 al 37 deben intercalarse dentro de las del período 1907-1919, y que la carta 38 cierra la correspondencia y es posterior en varios años a las anteriores. Con estas observaciones, se está en condiciones de señalar que esta correspondencia abarca tres períodos de la vida de Horacio Quiroga: la carta 1 corresponde a la época en que, radicado

en Buenos Aires, y aún soltero, pasaba sus vacaciones (era profesor de castellano y literatura en la *Escuela Normal N° 8*) en San Ignacio; las cartas 2 a 27, que van de 1910 a 1916, son del período en que, ya casado, se radica en Misiones; las cartas 27 y 28, del año 1919, y la 38, pertenecen a los años en que radicado otra vez en Buenos Aires volvía esporádicamente, por períodos más o menos largos a su *habitat* de Misiones; las cartas 30 a 37, de acuerdo a lo dicho, deben incluirse dentro del grupo 2-27. A fin de ubicar estas cartas dentro de su entorno vital conviene dar algunos datos sobre la vida de Horacio Quiroga en ese período, fundamental, de 1910 a 1917 en el cual la mayor parte — la casi totalidad — de las cartas fueron escritas.

### 3. LAS DOS VOCACIONES

En 1906, y aprovechando las facilidades que el gobierno otorgó para la compra de tierras en Misiones, Horacio Quiroga adquiere 185 hectáreas en las vecindades de San Ignacio, y en las vacaciones del mismo año, inicia la construcción de un *bungalow* y el emplazamiento de una huerta. En 1908, se enamora de Ana María Cirés, alumna suya en la *Escuela Normal N° 8*, con la que contrae enlace el 30 de diciembre de 1910, tras un noviazgo dificultado por la oposición de los padres de Ana María. De común acuerdo, la pareja decide radicarse en San Ignacio, en el predio adquirido por Horacio Quiroga. El predio, ubicado sobre una meseta sobre el río Paraná, se abre sobre un espléndido paisaje, pero las condiciones en que debe vivir la pareja son muy duras. El *bungalow*, con su techo mal construido, se llueve; el aislamiento es grande; el cultivo de la tierra exige esfuerzos ingentes. Pero la voluntad de Horacio Quiroga, que reiteradamente sostuvo que su vocación de pionero agrícola era tan tenaz como la de escritor, es también fuerte. Durante siete años se dedica sin desmayo a convertir en habitable su casa y en productiva su tierra. En 1911, renuncia definitivamente a su cátedra de la *Escuela Normal N° 8* y el gobernador de Misiones, Juan José Lanuse, lo nombra Juez de Paz en la jurisdicción de San Ignacio. En ese mismo año, nace su primogénita Eglé, y al año siguiente, su segundo hijo, Darío. Mientras desempeña en forma bastante pintoresca sus funciones de Juez de Paz —conserva en una lata de galletitas unos pequeños papeles donde registra las anotaciones de nacimientos, matrimonios y defunciones— continúa sus entusiastas faenas de pionero agrícola: intenta innumerables industrias y se asocia con el uruguayo Vicente Gozalbo, radicado también en Misiones, creando una sociedad en comandita, llamada *La Yabebirí*, con objeto de dedicarse a la explotación de la yerba mate. El pintor salteño Carlos Giambiagi, que ilustró muchos cuentos del autor de *El salvaje*, ha dejado establecida una larga lista de las aventuras comerciales e industriales intentadas por Quiroga, aparte de la yerbatera recién señalada, y que el mismo Giambiagi compartió con el narrador y pionero agrícola: Fabricación de *yateí* (esto es: mezcla de miel y maní), de macetas para el trasplante de yerba mate, de maíz quebrado, de mosaicos de bleck y arena ferruginosa, de resina de

incienso por destilación seca, de carbón, de cáscaras abrigantadas de aperi, de tintura de lapacho precipitada por la potasa y otras muchas más. También el cuidado de animales lo atrae: tiene en su predio un coati, un venado, un buho y un yacaré, cuyos nombres son, respectivamente, Tutankamon, Dick, Pitágoras y Cleopatra. Educa a sus dos hijos en el hábito del peligro, para que según dice, adquirieran conciencia de él y, al mismo tiempo, supieran no temerle. En su libro *Vida y obra de Horacio Quiroga* (Montevideo, Claudio García, editor, 1939), José María Delgado y Alberto J. Brignole afirman que Horacio Quiroga sometía a Eglé y a Darío, siendo aún muy niños, a "experiencias inauditas, como la de dejarlos largo tiempo solos en una espesura del bosque, o la de sentarlos en el borde de los acantilados con las piernas balanceándose sobre el abismo." En tanto, su actividad literaria continúa. Colabora asiduamente, como se ve a través de las cartas que ahora se publican, en *Caras y Caretas* y *Fray Mocho* (revista porteña dirigida por Carlos Correa Luna y de la cual también era encargado de redacción Luis Pardo, y que tenía como dibujante a José M. Cao, ilustrador de muchos cuentos de Quiroga y que ha dejado de él una memorable caricatura de cuerpo entero). En esta vida selvática y de intensa actividad agrícola y literaria, sobreviene, de pronto, una tragedia: Ana María Cirés toma una fuerte dosis de sublimado, y, tras ocho días de agonía, muere. No se conocen las causas del suicidio. Quizás imposibilidad de adaptarse a la vida impuesta por Horacio Quiroga, quien en muy raras ocasiones, y muy parcamente, se refirió a su primer esposa. \*\*\* Ana María Cirés falleció el 14 de diciembre de 1915. Un año después, a fines de 1916, Horacio Quiroga regresa a Buenos Aires con sus dos hijos y se instala en un sótano de la calle Canning 164. Se radica en Buenos Aires y el 16 de julio de 1927 contrae nuevo enlace: se casa con María Elena Bravo, una joven de 20 años (Horacio Quiroga tenía 49) condiscípula de Eglé. El 10 de enero de 1932 vuelve a radicarse en San Ignacio, donde permanece hasta fines de 1936, en que regresa a Buenos Aires y se interna, para operarse, en el Hospital de Clínicas. El 18 de febrero de 1937 se suicida, ingiriendo una dosis de cianuro.

#### 4. ACUMULACION TEMATICA

En un ensayo sobre la narrativa de Horacio Quiroga, \*\*\*\* el crítico Guillermo de Torre afirma que el autor de *Los desterrados* "escribía, por momentos, una prosa que a fuerza de concisión resultaba confusa; a fuerza de desaliño, torpe y viciada." Y luego concluye: "En rigor no sentía la materia idiomática, no tenía el menor escrúpulo de pureza verbal." Estas tajantes afirmaciones, que promovió más de una réplica adversa, tiene su algo de verdad y su mucho de falso. Es verdad que Quiroga no fue un estilista, en el sentido en que corrientemente se usa el término, y es cierto, asimismo, que hay momentos en que su prosa es gramaticalmente incorrecta. Pero no es cierto que su prosa sea confusa y menos que se pueda ver en su concisión un vicio expresivo o el origen de otro. Su conci-

sión expresiva es, precisamente, uno de los valores excelentes de su prosa. La intensidad expresiva de esa prosa proviene de su concisión (y el mismo Quiroga afirmó, en su famoso *Decálogo del perfecto cuentista*, que no se debían agregar al sustantivo adjetivos inútiles). Esa concisión, que hace tan expresiva su escritura, va acompañada de otro rasgo saliente: la total *naturalidad* de su prosa. No incurre en coloquialismo, pero carece de todo rebuscamiento artificioso. Su prosa (y sin que esto sea negar la validez y legitimidad de otros modos expresivos) es la de un hombre que, ante todo, quiere comunicar con claridad y vigor, y con los vocablos del habla corriente, aquello que se propone comunicar. Quizás sean estos los motivos que dan una fresca actualidad permanente a sus páginas, aun a aquellas que, desde otros puntos de vista, no tienen mayor importancia. Siempre son interesantes. Esto es bien visible en su correspondencia: se le lee con gusto aunque comunique hechos circunstanciales, de la vida cotidiana y pasajera. No hay hiato o solución de continuidad entre su estilo epistolar y el de sus cuentos. Tras estas observaciones, corresponde agregar que tanto en estas como en las otras cartas que de Quiroga se conocen se le siente *vivir*, tienen el tono y la temperatura vital del momento en que las redactó. No son cartas *literarias* y en ellas no hay un tema sino una *acumulación temática*: la impuesta por las circunstancias y el ritmo de su propia vida. Se detallarán a continuación algunos de los temas que aparecen en estas 38 cartas.

#### 4.1. *Literatura*

Las cartas, dirigidas a quien durante muchos años fue el intermediario para la publicación de sus cuentos y artículos, están colmadas de referencias a los mismos. Algunos pasajes documentan la preocupación de Quiroga en lo que respecta a sus escritos. Así, en la carta 14, de 10/I/1913, donde se queja porque en la publicación de *Los inmigrantes* (Fray Mocho, Buenos Aires, Año I, N° 32, 6/XII/1912) “fuera de los disparates chiquitos, había uno no despreciable” (donde decía Liberia debía decir Silesia) y porque en *La reina italiana* (id., id., id., N° 35, 27/XII/1912) “falta por ahí una línea entera, enflaqueciendo el párrafo”, lo que le arranca este comentario: “Me apena, porque casualmente ese párrafo me gustaba bien. Pídele, pues, protección.” Hay, en otras cartas, otras referencias. No es necesario comentarlas. Pero sí vale la pena llamar la atención sobre otra preocupación quiroguiana: la del producido financiero de su labor literaria. No sólo pone en evidencia su estrechez económica sino también su sentido de la creación literaria como actividad profesional (tema al que dedica algunos artículos, como, por ejemplo, *La bolsa de los valores literarios*, aparecido en *El Hogar*, Buenos Aires, N° 742, 4/I/1924). Al respecto, es significativo lo que escribe a Ezequiel Martínez Estrada, en carta de 26/8/1936: “...valdrá la pena exponer algún día esta peculiaridad mía (desorden) de no escribir sino incitado por la economía. Desde los 29 o 30 años soy así. Hay quien lo hace por natural descarga; quien por

*vanidad; yo escribo por motivos inferiores, bien se ve. Pero lo curioso es que, escribiera yo por lo que fuere, mi prosa sería siempre la misma. Es cuestión entonces de palanca inicial o conmutador intercalado por allí: misterios vitales de la producción, que nunca se aclararán."*

#### 4.2. *Amor por el verso*

En su primer libro, *Los arrecifes de coral* (Montevideo, Imp. El Siglo Ilustrado, 1901), Horacio Quiroga intercala verso y prosa. El libro no fue un éxito de crítica y sólo fue alentado el autor por Leopoldo Lugones, que le anunció un gran porvenir como prosista. Y a la prosa se dedicó Horacio Quiroga. Pero su amor por el verso no desapareció nunca del todo. En estas cartas, el autor de *Los arrecifes de coral* no trata explícitamente el tema, pero implícitamente está contenido en ellas: según hábito mantenido con otros corresponsales, la carta 2, de 28/VII/1910, es una epístola en verso, y más tarde aún, el 3/VII/1913 (carta 10), le anuncia el envío de unos versos, que se publican a continuación de la carta, y de los que dice le parecen tener "*cierto dejo de cantata romántica que no ha de desagradar a las doncellas.*" Aunque, desconfiado de la validez poética de la composición, agrega: "*Lo que sí, no deseo firmar eso. Si le gustan para su revista, póngale título y firma que le parezca bien. No la mía.*" El amor al verso no le impide ser lúcido. Aunque bien versificado, el poemita es débil y tiene un dejo modernista que extraña en quien ya había escrito cuentos de tan recia textura como, entre otros, *A la deriva*, *El alambre de púa*, *Los pescadores de vigas*, aparecidos en *Fray Mocho* en los meses anteriores.

#### 4.3. *Los trabajos y los días*

Las cartas a Luis Pardo abundan, como era inevitable, en referencias a la actividad literaria de Horacio Quiroga, pero aluden también continuamente a su actividad de pionero agrícola. Como las cartas se motivan en la primera actividad, estas alusiones a la segunda confirman la verdad de esta aseveración: "*Me siento tan bien y tan digno cardando como contando*", que figura en carta de Quiroga a Ezequiel Martínez Estrada, datada el 22/VII/1936. Lo cierto es que en su correspondencia —no sólo ésta sino también las mencionadas al comienzo de estas páginas— Horacio Quiroga entremezcla equilibradamente los temas literarios y los agrícolas, como si no pudiera escribir sobre los primeros prescindiendo de los segundos. En esta correspondencia, los temas literarios y los agrícolas aparecen en forma de rápidos chispazos, porque la mayor parte de los textos son apenas misivas rápidamente escritas con objeto de comunicar un hecho bien concreto. Pero esos chispazos son iluminadores y adquieren otra dimensión en las dos cartas más importantes del conjunto: la 17, de 23/IV/1913, y la 38, sin data, pero que, como se ha indicado, corresponde al año 1925. La

primera da una imagen cabal y muy completa del hombre Quiroga en su ambiente misionero y tiene un hermoso extenso pasaje donde narra vivamente la mordedura de víbora sufrida por una sirvienta y la posterior búsqueda del ofidio. Este pasaje, además, prefigura un episodio intercalado en un cuento, *El peón* (*La novela semanal*, Buenos Aires, Año II, N° 9, 14/I/1918), escrito casi cinco años después. En el cuento figura, incluso, la misma exclamación (*¡No me hallo con esta mordedura!*) que el dolor arranca a la sirvienta. En relación con esta carta conviene consignar que “*madama mi suegra*”, según expresión de Quiroga, es la madre de la primera esposa de Quiroga, Ana María Cirés, que, al enviudar en enero de 1911, se radicó en Misiones, en predio próximo al que ocupaban Quiroga y Ana María. En cuanto al Soiza mencionado en la carta, es el periodista Juan José de Soiza Reilly. Fue un periodista de talento pero sensacionalista y egolátrico. Sus artículos están escritos con brillo pero plagados de inexactitudes. Contribuyó a crear el mito de la morfomanía de Julio Herrera y Reissig, con artículo publicado en *Caras y Caretas* (Buenos Aires, 10/I/1907) y titulado *Los martirios de un poeta aristócrata*. En cuanto a la carta 38, complementa, con nuevos datos, la visión de la vida selvática de Quiroga. Especialmente, en lo que atañe a la vida familiar, como se ve en las referencias a Eglé y Darío. Recuérdese que en esos años, Quiroga, viudo, debe atender la dirección de la casa. Y que su viudez explica su exclamación hacia el final de la carta: “*No hay aquí una mujer que merezca el nombre de tal. Perra cosa.*”

#### 4.4. *Personas*

Como en casi todas las cartas de Horacio Quiroga, éstas abundan en mención de personas a las que recuerda desde su soledad misionera o requiere datos sobre ellas o de las que comunica rasgos, si son las que conviven con él en San Ignacio. Sobre algunas de esas personas, ya se ha informado en el curso de estas páginas. Hay tres más sobre las que conviene decir algo. El *Romerito* tan citado en estas cartas es Rodolfo Romero, del grupo de *Fray Mocho*, y que escribió una breve presentación de Horacio Quiroga precediendo la publicación de *Un drama en la selva: El imperio de las víboras* (*El cuento ilustrado*, Buenos Aires, Año I, Tomo I, N° 1, 12/IV/1918, con dibujos de Málaga Grenet y Sirio, también citado en las cartas). Este cuento tomó después otro título: *Anaconda*. Se menciona, asimismo, con frecuencia a Glusberg, escritor chileno, con larga actuación en la Argentina y que se firmaba Enrique Espinoza. Es imprescindible, por fin, una mención a Isidoro Escalada, citado en la carta 38. Fue durante años el fiel peón de Quiroga y casi un segundo padre para Eglé y Darío. En la ya citada obra de Delgado y Brignole, estos lo definen así: “...*vecino estimadísimo, hombre de trabajo, humano, bueno y servicial, en quien Quiroga depositaba una confianza absoluta, dejándolo al cuidado de su casa y de su predio cuando venía a Buenos Aires.*” Se conocen 16 cartas que Horacio Quiroga escribió a Isidoro Escalera y cuyos originales no se custodian en *Archivo*

*Documental de la Biblioteca Nacional. Fueron publicadas en: El mundo ideal de Horacio Quiroga y cartas inéditas de Quiroga a Isidoro Escalera. Prólogo y estudio preliminar de Antonio Hernán Rodríguez. (Centro de Investigación y Promoción Científico-cultural - Instituto Superior del Profesorado "Antonio Ruiz de Montoya", Posadas, 1971).*

ARTURO SERGIO VISCA

- \* En el año 1963 fue incorporado a la *Biblioteca Nacional* constituyendo su *Departamento de Investigaciones*.
- \*\* Existen —o han existido, si se perdieron o destruyeron— otros conjuntos de cartas de Horacio Quiroga. La segunda esposa del escritor, por ejemplo, me ha comunicado personalmente que posee 40 cartas dirigidas por Quiroga a ella.
- \*\*\* En carta a Ezequiel Martínez Estrada, a quien Quiroga le abrió como a pocos su intimidad, sólo se lee este escueto comentario, escrito el 12/VIII/1936: "*Por fortuna, todo pasa, como pasó el trastorno formidable que fue para mí la muerte de mi primera mujer.*"
- \*\*\*\* En: Horacio Quiroga. *Cuentos escogidos*. Selección y prólogo de Guillermo de Torre. (Madrid, M. Aguilar, 1950).

CARTAS INEDITAS  
DE  
HORACIO QUIROGA

— 1 —

Alto Paraná - Britania, Diciembre 23-7

Mi estimado amigo. Envíole lo adjunto. Por aquí hay increíble cantidad de alimañas aéreas, pues parece que hace 14 años no había llovido tanto en primavera. Con todo, buen país. La maquinita del amigo de ahí presta sus servicios, bastante medianos, á decir bien. Espero llevar algo interesante. Supongo no habrá novedad en esa sana casa. Entre tanto, lo saluda cordialmente, con afectos.

H. Quiroga

Por cualquier inesperado asunto, estaré hasta el 15 de enero en Misiones. dirección *Posadas* — y desde esta fecha en adelante, dirección *Corrientes*.

— 2 —

S. Ignacio, Julio 28 - 10

Amigo Pardo: No sé  
qué efecto pueda causarle  
esta manera de hablarle  
en lenguaje que es de usted.

sea tan sólo en la forma  
llamada, por mengua, verso;  
si el tal me saliera adverso,  
que a Usía sirva de norma.

Es el caso que antes de hoy  
pensé escribirle, diciendo  
todo lo que voy haciendo  
en mi vida de cowboy.

Y así sabrá que he comprado  
una vaca con su cría,  
y una señora cabría  
con un chivato endiablado.

Y que tengo dos caballos,  
una oveja, chica aún,  
un agutí mamón, y un  
diorama de grandes callos.

En el semestre corrido,  
planté tres mil pies de yerba,  
puestas, por hoy, en conserva  
(perdone la v su oído)

de estación; vale decir  
que brotarán en Setiembre  
ó en octubre ó en noviembre:  
¿qué más le puedo decir?

El amigo don Vicente  
que parte para ésa el viernes,  
con una aventura en ciernes,  
según decir de la gente,

informará a Vda. mismos  
de cuanto quieran saber.  
Por lo pronto, mi mujer  
porta un infante en abismos.

Entre tanto, le diré  
que esa mordaza que ha puesto  
el cancerbero indigesto  
de la agencia policial

a papelco y revistas  
es una cosa estupenda;  
de aquí, luego que suspenda  
su folletín de anarquistas,

siendo así que el tal escrito  
veniales de perilla,  
como una forma sencilla  
de aprovechar el delito.

Y algo de cuestión interna,  
que le enumero por lista:  
¿Qué fin tuvo la revista  
de aquéllos largos de pierna?

¿Y es posible que no sea  
más director de Pebete,  
aquel alto mozalbete,  
cuñado de su Correa?

¿Y por qué Ruas llenó  
en tan zonzas confusiones  
cierto cuento de elecciones  
que nadie a concluir llegó?

Siendo así que su evidente <sup>(1)</sup>  
Sinfonía de la moda,  
sabíale casi una oda  
inacostumbradamente.

Y así, Cristóbal de Castro  
paréceme que ha de ser  
poeta de gran valer,  
según su incipiente rastro.

Para final, dé recuerdos  
al atleta Romerito,  
y a aquel hombre tan flaquito  
que no nos tuvo por cuerdos

a Romerito y a mí,  
por cierto Gustavo Adolfo  
que era apenas llorón golfo  
para el ex dios de Mimí.

A Ruas, que se sujete  
y que no ajedrice tanto  
su muy natural encanto  
de retruécanos al cohete.

Para Hohmasai, mi saludo  
de cofrade singular.  
¿Es que olvidó el dibujar?  
Ya no veo su peludo

sistema de medio estopa,  
con la asiduidad de antaño.  
Acaso le falta paño,  
ya que anda escaso de ropa.

Hubo también un doncel,  
Ortiga, por nombre propio  
que era, de gracias, acopio;  
¿qué demonios se hizo de él?

Y Flores, larga delicia,  
carrerista de primera,  
que no ganó una carrera  
con verdadera injusticia.

---

(1) De Vd., Pardo.

Y Cao, discreto, que las  
discusiones siempre elude,  
y a cuya casa no pude  
llegar sin Pernaud, jamás.

Y en fin, amigo, mi afecto  
a todos los ya nombrados,  
y a los otros malhadados  
de quienes no hablé al respecto.

H. Quiroga

Con prosa pausada, prométele la próxima semana dos  
cuentos, uno de 1 página y el otro de 3.

— 3 —

S. Ignacio, Setiembre 26 - 10

Amigo Pardo: Recibí su factura, llena de interesantísimas noticias sobre esos sus súbditos y aliados. Sabrá que le he de contestar muy largamente —siempre en verso— invitando-os á gozar de los sanos placeres campestres.

Esta, entre tanto, tiene por simple objeto advertirle que me debe Vd, por compasión al ausente, un mes de plazo para el artículo de número almanaque. Esto es, lo recibirá Vd. a fines de Octubre. Y tendrá *dos* solas páginas. Ya ve bien merece esa espera.

En estos días irá cuento de una página. Se trata de una pandorga. Si uno de esos que dibujan ilustra desde ya un sujeto remontándola, con fondo de bosque, se gana tiempo. Hasta pronto, le saluda con cariño

H. Quiroga

— 4 —

S. Ignacio, Noviembre 28 - 10

Amigo Pardo: Va artículo 1 página. Además va este pedido: ¿Le es posible pagarme adelantado un folletín de cinco números que irá á principios de Enero? El asunto sería cierta venganza de una familia de tigres, uno de los cuales ha sido apresado, amaestrado y obligado á hacer piruetas en un circo, hasta que se escapa. Acechan y reducen a los [malfatores?], hasta que los pescan. Todo por el estilo del primer folletín que hice.

Si le parece bien, hágame remitir el dinero. Y el relativo á este anticipo, si no lo toma a mal.

A todo evento le mando recibo de folletín.

Y con mucho afecto

H. Quiroga

Posadas. Diciembre 16 - 10

Amigo Pardo. Recibí su carta y giro, contentísimo de las tiernísimas entrañas de esa honorable empresa. En cuanto a lo de Payró, puse así para localizar un asunto de por sí endiablado. Entendí que cuanto más difícil de ser creído es un asunto, tanta mayor necesidad de *ubicarlo*. Todo esto, si Vd. perdona. — A mi vez, y con formato ajustado al suyo, si Vd. cree que las esferas administrativas de la revista se van a desquiciar por esa malhadada cita de un valor trivial, quítela, amigo Pardo. Sabe Dios que ni Miguel Mihanovick ni Zum Felde —a quienes cité una vez— me han retribuído el homenaje. En fin, haga lo que le parezca.

Escribí al Romerito, pidiéndole algún dato sobre máquinas fotográficas. Si lo tiene siempre á mano, avívele el seso.

Vine ayer a Posadas, so pretexto de retirar ciertos títulos definitivos de mi chacra. Héme esta vez propietario en realidad, y con derecho a pisar, pisotear y sacar 500.000 m<sup>2</sup>. ¡Cuán poco es Vd. y sus mezquinos 400 ó 500 m<sup>2</sup>, comparado malignamente con aquello! Sé por ahí que Blasco Ibáñez había salido por estas tierras. Si no lo ha hecho aún, animelo a bajar un par de días en S. Ignacio. Vería clima y yerbales.

Entre tanto, buena salud personal y la que puedan contribuir a darle sus chicos. Afectos por ahí, y siempre suyo

H. Quiroga

S. Ignacio, Diciembre 26 - 10

Amigo Pardo: Va artículo dos páginas. Como Vd. debe saber y sabrá notoriamente, mi situación de fortuna no es espeluznante como excesiva. De aquí que si tuviera Vd. la amabilidad de hacerme enviar el importe de los paparruchos lo más pronto que sea posible, mucho ganaría con ello el bienestar de mi casa.

Por igual motivo de pobreza brava no mandé más que diez pesos por Giménez. Pero con gran cariño accedí a los veinte más que Vd. me indicó. Puede Vd. descontar ellos del importe de este artículo.

Qué tal ahí? Por aquí sin novedad, a no ser una sequía descomunal.

Afectos a los muchachos y siempre suyo

H. Quiroga

Hoy le hago telegrama. Cuando le pedí los doscientos pesos a cuenta del folletín me olvide de decirle que tenía apuro, pues el nuestro chico está por nacer muy pronto, y apenas si dará tiempo a que se le compre una ombliguera —sic—.

S. Ignacio, marzo 6 - 11

Amigo Pardo: Llegó carta y dentro, giro. Va cuentucho, pasablemente largo: ¿qué haces, Dios mío?

Hacia el 25 de éste —no más— saldrá de aquí folletín melancólico, llamándole así no por su asunto, sí que por haberme gastado en sucios pañales su pulcritud literaria. Vd. sabrá bien de ello.

Soy, ciertamente, padre efectivo, por más que su reticente *efectivo* pudiera hacer creer que me he vanagloriado alguna vez de hijos ajenos. Es una chica flacucha y forzada, hambrienta y fastidiosa. Esto me cohibe correr ante el bosque y gritar abriendo los brazos: ¡soy padre! — cuan indudablemente hizo Osés en la su ocasión.

El Romerito anda escaso de epístolas conmigo. Últimamente me pedía con urgencia que le escribiera para sostener su desamparo avicultor. Como ahora seguramente se come sus pollos, no precisa segundo.

Me considero capaz de otro folletín para el transcurso del año, siempre que Vd. se considere capaz de *solicitarlo*.

¿Y el dibujo de Aurelio? Vea que me costó 30 pesos, 10 por derecho propio y 20 que me regaló Vd. Suyo, mande cuadro.

Afectos a los muchachos, y muy suyo

H. Quiroga

S. Ignacio, Abril 27 - 11

Amigo Pardo: Va cuento de dos páginas. Si Vd. insiste en imprimirlo como “los ojos sombríos” y otros, en tipo grande, podrá dar tres páginas. Pero en el fondo de mi conciencia yo cuento dos, porque no pasa todo el artículo de 2.300 palabras, cifra máxima y fatal de las dos páginas.

Cobré giro en Posadas. Me obligaron a cobrarlo allá sine qua non dinero. Gasté 20 pesos de viaje. Por todo lo cual envíeme modesto giro epistolar.

Hace frío y parte correo.

Hasta otra. Suyo

H. Quiroga

S. Ignacio, Agosto 24 - 11.

Amigo Pardo: van dos historietas, tasadas en 1 página y 1 ½. En el próximo correo le envío aún otro de 1 ½. Mucho es, amigo, pero su apetito, más o menos grande, ha sido siempre fuerte de los artículos a que llaman cuentos. Perdona?. Venga algún día carta suya —larga dice Vd.— y lo saluda su amigo

H. Quiroga

¿Le es bien mandarme colosal importe todo junto al recibo de mi próximo bodrio?. —

San Ignacio, julio 3 - 1912

Mi amigo Pardo: Le envío versos que a ejemplo de Giménez Pastor, hago en la vejez. En verdad, estaban casi hechos de mucho tiempo atrás, cuando Lugones me perseguía en mi propia factura. Los he arreglado, pareciéndome tienen cierto dejo de cantata romántica que no ha de desagradar a las doncellas. Lo que sí, no desco firmar eso. Si le gustan para su revista, póngale título y firma que le parezcan bien. No la mía.

Enviaré en próxima semana folletín y acaso artículo. ¿Recibió uno *A la deriva*? Me extraña Romerito no me haya dicho nada.

Cuando Gozalbo bajó a ésa, busqué a outrancee la famosa urraca azul, sin hallarla. Mas ella ha de ir, aunque deba llevarla yo, cuando Dios quiera que vaya.

Muy bien por aquí, salvo algún contratiempo de que Romerito acaso le hable. En este caso, le ruego haga acordarse a aquél de responderme enseguida.

Le desco paz en su casa, prosperidad en ésa, y lo saluda su amigo

H. Quiroga

Tengo en el fondo de mi cerebro,  
bajo la cripta de mis amores,  
una capilla, donde celebro  
la corta misa de mis dolores  
¡Pobre capilla de mis amores!

. . . . .  
Lloro en silencio; con ese llanto  
en que tus lágrimas están conmigo  
como mis penas en ese encanto,  
vuelvo al pasado con ese llanto,  
toda esa dicha que fue contigo!

Y todo muerto, todo pasado!  
como aquel cielo de luz clemente,  
como ese cielo que se ha velado,  
y sólo vive de ese pasado  
la luz de dicha que hubo en tu frente!

En las más dulces tardes de otoño,  
surgen las rosas de tu sonrisa  
y las violetas de tu alto moño.  
Como esa dulce tarde de otoño,  
mi alma contigo se diviniza!

Graves, morían en tus pupilas  
nuestras fatigas. En la callada  
sombra, morían las tardes lilas...  
y a la caricia de tus pupilas  
mi amor, de nuevo, se desvelaba.

. . . . .

Y cuando en torno de ese miraje  
que de ti tiene su íntimo encanto,  
emprendo el diario y oscuro viaje;  
y mi alma vuelve de ese miraje  
pura, de haberte querido tanto,

dejo en la cripta de mis amores,  
triste santuario que creó tu olvido,  
todo el recuerdo de lo que ha sido  
la corta historia de mis dolores...  
¡pobre capilla de mis amores!

— 11 —

San Ignacio, noviembre 6 - 12

Mi buen amigo Pardo: Después de largo silencio escribo hoy mandándole artículo 3 páginas, bastante sucio por haberse embarcado en un temporal de días atrás. Vd. me disculpará ante los señores tipógrafos.

Me he acordado también de la cancelación de los \$ 300 consabidos. ¿Es que debo pagar mucho aún? (supongo que a Vd., que había tenido la cortesía de hacerlo por mí). He perdido cuentas, aunque creo deber aún. A efectos de ello, le ruego me retenga \$ 60 del artículo, mandándome el resto por giro.

Fastidios, quehaceres agrícolas y en especial falta de voluntad, me han hecho haraganear más de lo debido. Prométele más asiduidad colaboratriz, entendiendo que siempre mi *coparticipación* en Fray Mocho *les es grata*, según me decía nuestro director otrora.

Ayer probé en definitiva una muestra de vino de naranja que hice. Quien dice entender lo halla muy bueno —oportó, jerez— y cuando las pruebas que he repetido hoy estén a punto, mandaré a Vd. para que se enterezca en él. Va también miel.

H. Quiroga

— 12 —

S. Ignacio, diciembre 6 - 12

Amigo Pardo: Extrañado de no haber recibido sobre colorado. ¿Llegaron las historias? Como Vd. sabe, muy pronto es fin de año, y aunque juez de paz, quisiera pagar a algún acreedor. Por iguales fines mando en próximo correo artículo de dos a tres páginas, rogándole se ponga Vd. bien en la cabeza lo violentísimo que me sería entregar un asunto que requiere varias páginas, relatándolo en una. ¿Entendido?

Afectos a los chicos, y amigo suyo

H. Quiroga

S. Ignacio, diciembre 9 - 1912

Amigo Pardo: Va historia prometida. ¿Quiere decirle a Romerito si me puede hacer mandar cuatro cajas flacas  $9 \times 12$ ? No tengo un centavo y las necesito para notas. Descontaríamos. Priere de no olvidarse.

Suyo

H. Quiroga

San Ignacio, enero 10 - 1913

Amigo Pardo: Expondré primero mis quejas. En el artículo "Los inmigrantes", fuera de algunos disparates chiquitos, había uno no despreciable: los inmigrantes esos eran de Silesia, alemanes desde luego. En F.M. dice Liberia. Es tan raro un sujeto de este país, aquí! Pero como la letra de mi mujer debe de tener la culpa, paso al otro. En "La reina italiana" falta por ahí una línea entera, enflaqueciendo así el párrafo. Me apena, porque casualmente ese párrafo me gustaba bien. Pídele, pues, protección.

Van en un fardo postal dos tarros de miel, utilidad mía, uno para Vd. y otro para Romero. Tal vez por la saca, la miel está un poco azucarada, y el perfume no es excesivo. Pero los sendos chicos de Vds. la apreciarán. Les mandaría mucha mayor cantidad si hicieran mención al respecto. La tacuara es para Cao, por ser éste vagamente selvático. No está demás recomendar cuidado para abrir la hucha, pues rebosa de miel.

En próximo correo mandaré muestra de vino de naranja. Irá también artículo, bueno y largo, esto después de lo otro.

Buenos afectos

H. Quiroga

S. Ignacio, enero 14 - 1913

Amigo Pardo: Va historia largucha. Pídele buena intención para con ella, porque me place muy mucho como ha salido. Si así le place a Vd. también, dignese mandarme su importe lo más pronto posible. Acuérdesse de su juez de paz de antaño, y piense que yo soy aquel buen hombre, y el cliente pobre además.

A Romerito mando instrucciones sobre el vino de naranja. Llámelos Vd. al orden si quieren macanear. Muy suyo

H. Quiroga

Febrero 24 - 1913

(como el drama de Werner)

Viejo amigo Pardo: Después de uno y medio mes de silencio, hacia Vds. salvo al amigo Glusberg, me evoco a su memoria de Vd. mediante un dulce de guayaba que acompaña a ésta. Buen dulce, a fe, que a pesar de guardar algunas semillas, no dañan éstas a su gusto. Podría agradecerle, eso sí, la devolución del envase, propio de víboras, como Vd. bien ve. Un frasco así hace las delic/i/as de cualquier aficionadillo.

He de llevar otras golosinas, que comeremos juntos en el almuerzo que Vds. me deben — y desde años! Hoy por hoy vamos andando alegres, con el tiempo ya contado, pues estaremos de vuelta a fines de marzo.

Espero que se halle Vd. bien, a pesar de Franco. Y hasta pronto, entonces.

No recuerdo si toman mate en su casa. Al alemán le envió un poco de yerba. Hágaselo saber, por si se ha mudado.

H. Quiroga

S. Ignacio, mayo 28 - 1913

Querido amigo Pardo: Buen placer con su largo documento. Quiero creer que a falta ese día de correspondencia sin estampilla, empleó su tiempo en escribirme. Bendito desahogo, que me agradecerán los colaboradores.

Pláceme también que le gusten noticias coloniales. Dado su urbanismo a toda prueba, no creí que detalles de carpidas o goteras lo fueran. Le contaré, pues, varias cosas.

Respecto a goteras, no podré ir a ésa a charlar con nuestro amigo Lugones, a causa de una infinidad de aquéllas que me hacían la vida muy dura. Menos mal en verano; pero en invierno cuando viene una lluvia de 70 milímetros en dos horas (Vd. no se figura lo que es esto; es una cosa horrible) las cosas se volvían imposibles en nuestra pieza. Así es que con los 200 pesos que hubiera empleado en el viaje a ésa, compré chapas coloradas, y estoy acomodándolas como Dios quiere sobre el primitivo techo de tejas de madera. Idem: compré las chapas a crédito; pero para ir a B. A. hubiera tenido que recurrir a Vds. y estaba ya un poco cansado de vivir pagando lo que ya me había gastado. Es así que desde hace un año y medio no percibo directamente un centavo de lo que escribo. Entre pagaré del famoso Banco Industrial, y una pareja de ellos aquí, me llevaron todo. Recién ahora, con "El Solitario", tengo unos pesos para mí.

De todos modos, iré allá hacia octubre o noviembre. Los 200 pesos que Vd. me ofrece con otro folletín, servirán para eso. Claro es, iré solo, por 15 días. Ya se que estaba inquieto por eso de los folletines. Como el anterior demoró bastante en aparecer, y como fue ilustrado de un modo más bien peregrino, temía por él. Bien sea su ofrecimiento.

Todo esto no es justamente confidencias coloniales, según promesa; pero sigamos charlando. Vi en nota de morfomanía de Soiza, alusión a mí. Me alegra por él, probando su recuerdo que no obstante el espacio que ocupa en el arte, deja lugar a los otros. Por lo demás, este Soiza me ha apreciado siempre, aunque luego diga Vd. que no me honra mucho esto.

Me parece que el Ruas? anda un poco en decadencia; ¿no le parece? Un poco más de ideas o menos —o igual— juego malabar, no le vendría mal. ¿Es que Terra, Alberto Terra, no está más con Vds.? Vi algo suyo en C[aras] y C[aretas] de donde la inquietud a su respecto. Esta revista de C. y C. se parece como un huevo a otro a una revista ideal que estuviera hecha por Puga, Villalobos viejo y Castellanos. Sé que el 1º y el 3º impulsan a C y C; pero los tres citados solos lo harían igual. Lo cierto es que me pierdo en ella, como en “La Argentina”.

Estuvo por aquí por 3 días y hace otros tantos, un tal Hauman-Morck, botánico, que vivió en casa, y a quien no conocía. Sujeto magnífico, con mucha mayor cultura literaria que la mía. Quedé encantado con él, y supóngase los relinchos que daría yo, después de un año y medio de soledad. Me vino con una tarjeta de Posadas; lo acompañé a ver yuyos, y a la [media?]. Pero nos descubríamos mutuamente la coyuntura. Lo llevé al hotel, donde había dejado su valija, pero allí me confesó que si no me molestaba, volvería de noche a casa a charlar aún. Luisa, se quedó hasta las doce, para volver al día siguiente a tomar café con nosotros y no dejarnos más. Indudablemente, para mí, uno de los hombres de inteligencia más alta que haya conocido. Y excelente muchacho, menor que yo, con el que volcamos juntos de nuestro sulky. El preámbulo es para esto: me dijo que tenía gran estima por Cándido Villalobos. ¿Es creíble esto? No sé nada de Villalobos, fuera de un aforismo de la mala lengua de Romero: “el gran hombre”, le llama. Ilústreme al respecto; tengo muchas ganas de saberlo.

Cuando vaya a ésa, llevaré buen stock de veneno de víbora, y con Hauman Morck, que es profesor de la Facultad de Agronomía de la Chacrita, haremos experimentos sobre llantén-veneno. Si resulta, como espero, estamos de fiesta los que vinimos por aquí. Este año las víboras han hecho de las suyas. Volvieron a mordirme otra sirvienta, sin éxito; por suerte. La muchacha, llorando de dolor, decía: “¡no me hallo con esta picadura!”. Desde algún tiempo atrás se decía que cerca de casa —tres cuadras— vivía una yarára descomunal. Hace un par de meses fue vista en el sendero que va de casa mía a la de mi suegra. Al día siguiente pescó a una foxterrier de aquélla que alcanzó asimismo a vivir cuatro horas. Mi mujer, que la vio y curó —malamente, porque madama mi suegra no resistía a la inquietud de la perra con las inyecciones de permanganato— me

dijo que los dos pinchazos de la víbora tenían una separación de tres a cuatro centímetros. Total, al otro día, de buen sol y viento [norte?], me fui a buscar a la víbora. Lo curioso de esta búsqueda —y por eso se la cuento— es que tenía que hacerla en un yuyal de 60 centímetros, apartando con buena cautela el yuyo para poner el pie, y una vez en firme tantear [...]. Mondieu, al cabo de unos minutos los nervios se ponen de una cobardía única; el menor yuyo movido, la más vaga coloración en el suelo casi invisible, hace cosquilleo. Algo como la superstición que agarra en tal circunstancia al hombre menos supersticioso. Lo cierto es que estaba seguro de que el bicho tenía que estar infaliblemente por allí, y de aquí lo anterior. La encontré, por fin. Pasó por delante de mí, tocándome casi las botas, bien despacio. Se paró a mirarme, y le estropecé la cabeza con el machete. Tenía 160 de largo, buen tamaño para yarará. Le saqué 24 gotas de veneno. Algo de esto va en una nota para Romero.

Entre las mis muchas profesiones, tengo la de ser perito en cuestión ofídios. Nadie aquí ni en todo el norte, las conoce como yo. Pero son también incalculables los informes de oídos y de visu que tengo. No hay cosa de mordedura en hombre o animal que no me lo haga contar con mínimos detalles, y es por esto que cuando el gobierno me cree una estación de seroterapia ofídiana, seré útil a la humanidad. Hay mordeduras que dan parálisis súbitas, y otras del mismo animal que no dan casi nada. Fuera de la receptividad, diferentes en los sujetos, del lugar de la mordedura o de la casualidad de pinchar un vaso, de la época, etc., hay sobre todo una observación de Calmette, por la cual se ve que todos los individuos que se asustan mucho con el percance, tienen síntomas más graves. Vds. tienen allí el mismo fenómeno en las epidemias.

Le cuento largo estas quisicosas, porque interesan a los hombres que viven bajo los cables eléctricos. Pero sépase, amigo Pardo, que en mi tierra donde ayudé a florecer a mi infancia dando de palos a toda víbora, hay muchas más que aquí, y entiendo que lo mismo pasa en esa provincia inmediata. Lo que asusta aquí es el tamaño de los bichos, y en especial, que todo se sabe. Mi registro civil abarca más de 150 leguas cuadradas, y el año pasado ha muerto un solo individuo de mordedura de víbora, y ésta una vieja de 70 años. En Francia hay anualmente 400 casos de mordeduras. Esto va no tanto para Vid., que tiene nervios discretos, como para Romerito que en hablando de víboras subtropicales se vuelve una doncella.

Hauman Morsk, el hombre de que le hablé, al enterarse mal que bien de mis finanzas mezquinas y de mis especialidades concomitantes, me ofreció el puesto de abastecedor de yuyos del Museo de H. Natural y de otras cosas. Debo juntar pastos y hojas de árboles de toda especie, poner tres ramitas entre 2 hojas de papel, anotando fecha de la prueba de la recolección y de la floración, si es posible. Por ello pagan 25 centavos la muestra. Hauman dice que aquí había (alrededor de casi, no más) 3 a 4 mil especies. ¡Curioso, todo esto! Luego, habiendo sido propuesto yo por tener en casa una estación meteorológica —que está en este momento en otra, poco idónea por ausencia del observador— Hauman moverá la cosa, muy contento

de hacerlo porque no le acepté un termómetro que me quiso dejar. De modo que armaré el más grande disparatadero posible en cuanto a procederés para ganar plata.

La gente continúa cayendo en este país. Hay dos nuevos establecimientos de yerba mate, y en visperas de fundarse otro. En total, cuatro empresas con ideas de llegar a 500 hectáreas cada una. La más antigua tiene ya 600 hectáreas plantadas. Hay yerbales particulares de 50 hectáreas con aspiración a más, y mi suegra se ha ingeniado para tener 10. Yo tengo 9 plantadas, en las que he hecho un cerco vivo so pretexto de ... a los curiosos plantadores.

Gozalbo y compañía no sé cuantas hectáreas, pero algunas en unos cerros tan raros que cuantos van a visitarlas prometen no volver a hacerlo nunca. Cuando Gozalbo no quiere que un sujeto vuelva a verlo, lo lleva a sus parajes. No sé, en verdad, cuánta gente tiene; pero sí que está trabajando siempre en plantar más. Se me ha mostrado un poco apenado del ofrecimiento de [...] y Ruas. Le dije que cada cual sabe donde le aprietan los succos y los zapatos, y se reserenó.

Tenemos ahora un médico de verdad. De donde Gozalbo volverá a su farmacia exclusiva, con más eficacia para su bolsa.

En el ensanche de la planta urbana que han creado, hay fracciones de  $\frac{1}{4}$ ,  $\frac{1}{2}$  y 1 hectárea, a \$ 10 la fracción mínima. Para cualquiera, tal compra no tendría interés, pero para un yabebirense acaso le agradara el asunto. Cierto es que hay obligación —escrita, por lo menos— de edificar en piedra, hacer pozo, alambrear. Pero como hay 3 o 4 años de plazo para esto, no sería nunca plata perdida, previo traspaso. Hay lindos lugares lindantes varios con la chacra de mi suegra. Yo he reservado una hectárea, la más próxima a mi chacra, de la que dista 500 metros, justos y cabales.

La carta no salió carta. La hallé larga de más, porque hoy por hoy, incluso Gozalbo, soy lo más interesante de este país para Vd. Pero como recibir a fondo ayuda mucho cuando el receptor se entretiene un tanto, acúseme dos líneas de recibo agradable. Entonces le mandaré miel, una especie de marrón glacé de mi subiduría, y más cartas largas.

Recuerdos a los muchachos, y un afecto de su siempre amigo

H. Quiroga

— 18 —

San Ignacio, octubre 2 de 1913

Amigo Pardo: El deseo de escribirle más largamente fue acelerado anteayer con la llegada a mis manos de un papelito amarillo de Puig [Caradino?], amable y profundo administrador de *nuestra* revista. Aquel era una cuenta, un cómputo o una planilla, en que estaban perfectamente especificadas mis colaboraciones, su valor y las remesas a mí enviadas. Por cierto que el término: "nuestra entrega en efectivo", término que estoy harto de leer en las cuentas de las casas

de comercio de aquí, y aplicado esta vez a cosas un poco espirituales, me conturbó. Mas lo malo viene luego, cuando en pos de la alegría de ser tasada en \$ 200 la nota de víboras, vi que no era acreedor más que a cien pesos. La cosa me era tanto más dolorosa cuanto que creía recordar bien que antes de la citada nota, estábamos a mano. ¿Error en Puig? ni pensarlo.

Mas he aquí que mi mujer, persona interesada si las hay, y que había comenzado en esta aventura por abominar de Puig, se puso a olfatear la planilla por aquí y por allí, leyendo y releendo, hasta que salió con la suya: faltaba la nota "El oro vegetal", cuestión de yerba. Y como por ésta se abonó cien pesos, allí estaba la diferencia, que consiste en \$ 200 a mi favor, en vez de cien. ¡Benditas sean las mujeres propias! Yo ni me atrevía siquiera a escudriñar la planilla, convencido de la infalibilidad de Puig, viendo así que este maligno sujeto se equivoca en contra del más lejano e infeliz colaborador.

Este es el asunto famoso de la cuenta de Puig. Por cierto que hoy mismo le escribo, diciéndole que lejos de prestar conformidad a su cuenta, pido que se me mande lo que es mío.

Nuestra estúpida tarea —mi mujer y yo— es contar las páginas de avisos de F. M. en cuanto llega. Después vemos C y C, y muy contentos cuando notamos suba y baja. El Romero, que con sus pretensiones es bastante iluso, no ha sabido nunca ser un poco explícito respecto al profundo problema de los avisos. Verdad es que él fía en Puig, así como yo fío en Romero. Cuando vaya a ésa trataré de entender algo más. Se que pasaron pellejerías al principio, cuando tenían 44 a 52 páginas. Pero no comprendo cómo ahora, con un número semejante de aquéllos, van mejor. Menos mal que hay infinidad de cosas que no comprendo, y que Julio Castellanos, por ejemplo, debe entender bien.

Este Castellanos es un tipo de agallas, creo que tan grandes en negocios como en escribir, que es a lo que me refiero. A este respecto, he recordado la definición de Vd. y Romero: "es un infeliz". Realmente, llega apenas a eso.

Como le decía a Romero en carta anterior, la nota de víboras me ha acarreado un pedido del Museo de Historia Natural de esa, consistente en bichos de aquéllas, y especialmente de los citados en la nota. Hace tiempo ofrecí 0.50 por ejemplar a efecto de obtener veneno, pero me trajeron dos malas. Ahora he recurrido a la gente ofreciendo de \$ 1 a 10 por ejemplar, según tamaño y clase, y ya tengo tres, una víbora y dos culebras. Me dijeron ayer que en tal sitio, un cazador halló cuatro vararás de cola blanca, variedad muy exterminada y bastante rara. Lástima esa pérdida.

Apronto además mi herbario, que tiene ya trescientas y tantas muestras cada uno —son dos herbarios—. Así es que con esto y la futura estación meteorológica de que hablé a Romero, me convierto en hombre casi científico.

Tengo algunas cosas lindas aquí. En primer término, un porterito de  $\frac{1}{4}$  de manzana, que rocé, quemé, carpí y llené de cierto pasto llamado aquí polaco, famoso para los animales. Trasplanté una por una matas de pasto de los caminos o de casa de mi suegra,

donde hay algunos manchones. Hice cosa de veintitrés mil veces la operación, en la que empleé cuatro meses, porque no trabajaba sino de mañana temprano, antes de la hora de oficina. Luego en la primavera creció el yuyo, tapando mi pasto. Ayer concluí de cortar éste a machete, y da gusto ver el potrerito ahora, verde y raso lo que era [...] [...] es monte echado abajo y que ha rebrotado. No hay expresión —creo— en español para denotar eso, pues —le renuevo, que no es exactamente lo mismo. El gusto es particular para mí, que la sudé como un perro. Seguramente la satisfacción del gran esfuerzo corporal es más íntima que el intelectual, se *siente* más, porque entró el elemento sudor. Vd. hombre bendito, no conoce más que la segunda.

Tengo además chirimoyas que transplanté esta primavera, habiendo averiguado que a despecho de lo que se dice, la chirimoya soporta muy bien el trasplante, y aún prende de gajo; esto es importantísimo. Me avisan de Posadas que chirimoyas de allí han fructificado a los cinco años. Como yo tengo ya algunos pies de cuatro, espero comer de ellos. (Este “de ellos” me hace acordar de un muchachote negro del país, abrasilerado y zonzón, que se trajo días atrás una mujer con tres hijos, no se sabe de dónde. Alguien le preguntaba cuantos falsos (?) le había celado la primera noche, y él respondió: “dois de ellos”).

Cuento para Soiza, o para el autor de “El perro de Morgan”. Sabiendo que un poco de hollín (?) tiene tal complicada fórmula química, y que el más insignificante yuyo la tiene extensísima, [...] el progreso de los epitafios a grabar en un tubito de ensayo que contenga las cenizas del difunto, su fórmula química:  $C^2H N O^2N Fe S^4$ . Una etiquetita así, en el tubo bien [...] con sus compañeros en una caja de homeopatía que lleva en el bolsillo o guarda el jefe del Registro Civil, haría efecto. Si se quiere más escrúpulo, la impresión digital bajo la fórmula.

---

Envié a Romero fotografía de este Yabebirí y parte del yerbal. Este marcha muy bien, no obstante la paliza del año anterior que costó a La Yabebirí el 80 % de las plantas de ese año. Pero como la “Plantadora de yerba mate” perdió el 85%, y un Sr. Alcaraz, el 90, todo va bien. Para darle una idea de lo que es una sequía aquí, le diré que mi suegra había plantado 5000 pies en agosto, justamente cuando comenzó la seca. En enero, a fines, fui a ver aquello, y sólo había 30 o 40 plantas muertas, vale decir menos del 1 %. La seca siguió, y al mes siguiente el 20 % estaba perdido. En esto de las sequías pasa lo que en el frío, porque si bien uno se expone cinco minutos tan sólo, sus efectos se prolongan 20 minutos más.

En otra le charlaré más de yerba. Hoy le mando artículo para almanaque, confiando en que tendrá tiempo de estar allí antes de su publicación para echarle otro vistazo.

Hasta muy pronto, pues, y con afecto lo saluda su amigo

H. Quiroga

San Ignacio, marzo 1º 1914.

Amigo Pardo: Va artículo, con planilla de palabrejas, que puede ser útil a los gramáticos de ésa y aún a Vd.

Sabrá Vd. que por aquí tuvimos una sequía atroz, como pocas veces la hubo. Había plantado en sociedad con un muchacho una hectárea de caña de azúcar, y la seca nos llevó la mitad de cañitas.

Supongo que la inquietud de un dueño de revista debe ser tan grande como la de un chacarero cuando hace rato no llueve; pero aquél no tiene nada que ver, y el último se lo pasa mirando el cielo, el viento, y una porción de pavadas, setecientas veces por día.

Ahora, con lluvia desde una semana atrás, vuelve el ánimo, dispuesto a replantar la caña muerta, y a hacer negocios de [...], por lo cual me está llegando alambre Page, que compré adelantado a trueque de un herbario que encargaron. El mismo de la caña será el mayordomo de los [...], lo cual está bien.

Rota la pesadez literaria —porque cuando ésta anda, difícil es resistir— comenzaré mañana el folletín. Y no se olvide Vd. de hacerme enviar plata de *Los Mensú*, apenas la haya disponible para mí.

Desde aquí escribí a Constancio Vigil, reprochándole un tanto que fuera tan difícil para el público, pues cuando traté de verlo allá, me dijeron que sólo el martes y el viernes es posible hallarlo, y eso de 10 a 11. De paso, le decía que no escribiría en su opúsculo, por razones de amistad con Vds. Me contestó el hombre felicitándome por mi decisión, que honraba, etc. Curioso el sujeto, no?

Veo que siempre anda F. M. de los 40 a los 44 de avisos, sin que C y C pase tampoco de los 8 o 10 más.

Escribí el otro día a Sirio, diciéndole cuanto me agradaba, pero rompí la carta, por temor a esta probabilidad, por más lejana que parezca:... “y tal es así, que hasta los colaboradores de tales revistas reconocen a nuestros dibujantes...” Mas lo cierto es que Sirio me encanta.

Me dijo Romero que Vd. se llevó para sus chicos miel, rapadura. Ojalá les sea liviana, y que tan barata les sale. Miel no prometería, pero si quiere rapadura, puedo enviar.

Quiero hacer recordar a Romero cierto metal que le pedí; me urge.

Maldito folletín el “anillo venenoso” de Conan Doyle. Pero tal hombre y nombre es mezquina cosa.

Y desalojada ya un tanto la bilis, saludalo con la amistad de siempre

H. Quiroga

San Ignacio, noviembre 16-1914

Amigo Pardo: Le envió dos cosas, una de dos páginas para número almanaque, y otra corta. Aunque no muy corta cabe en

una página, pues no es más larga que algunas que aparecieron en color en viejos tiempos. He reducido lo posible, mas no se puede honradamente más.

Demoré algo en enviar, siendo culpable de esto el correo, endemoniado hasta ahora. Calculo que ésta le llegará el 19, según esfuerzo postal que he hecho. Felicidad a Vd. y todos, de su amigo

H. Quiroga

En cuanto sea posible, le ruego me envíe lo que pueda. Tengo mis dudas de que algo, pues Puig es un tanto olvidadizo con los colaboradores de campaña.

— 21 —

San Ignacio, Noviembre 20 - 1915

Mi estimado amigo Pardo: le mando artículo, que salió bastante largo. Como el haber escrito, después de un año de gran depresión en todo, es ya mucho para mí, no hago ni poco ni mucho hincapié en la cuestión pago.

Como acaso le haya dicho Romero, ando gestando el vino de naranja. Confío en que dentro de un mes sabré ya si ha salido como se desea. En este caso, iré por esa en otoño. Quiera Dios que así sea.

Afectos en ésa, y con la amistad de siempre

H. Quiroga

Si hubiera tiempo, me agradecería corregir pruebas dado que quepa el artículo.

— 22 —

San Ignacio, marzo 7 - 1916

Amigo Pardo: Va larga historia-cuento para muchachos chicos, que creo gustará. Tengo 8 o 10 de esos hechos en la cabeza —cada uno de media página—. Si le agradan, mándemelo decir con Romerito para evitarme trabajo de escribirlos en balde.

Escribo hoy a Cao, invitándolo deferentemente a que quiera hacer unas cuantas viñetitas para el cuento ese. El lo hará muy bien.

Hasta pronto, acaso, lo saluda

H. Quiroga

— 23 —

San Ignacio, marzo 29 - 1916

Amigo Pardo: Le mando artículo. Recibí ayer su epístola, con la sorpresa imaginable. Como entre mis varios defectos, tengo el de ser —si no más amigo— más comunicativo que mis amigos, creí

que se caía el cielo al reconocer su tembleque letra. Le he de escribir largo, según deseo.

Afectos de su amigo

H. Quiroga

— 24 —

S. Ignacio, mayo 22-1916

Amigo Pardo: Le envío 20 cuentos chicos. Le advierto que las páginas 12 y 13 están, por error, en la misma hoja. Más corto de lo que ha salido, imposible. La otra vez me equivoqué al hablarle de cuentitos de  $\frac{1}{2}$  página. Algunos pueden caber en esa extensión, y si se quiere, todos. Pero quedan muchísimo mejor en un poco más de desahogo, para autor y lector. Si el comentario ha de hacérselo al chico de 5 años el padre, mejor que se lo haga el autor, con un poco más de virtud, acaso.

Muy suyo

H. Quiroga

— 25 —

San Ignacio, junio 23 - 1916

Amigo Pardo: El motivo de mi telegrama fue ganar tiempo, pues temiendo que no fuera aceptado, me apresuré a confeccionar el cuento de chicos que le adjunto para que pudiera darlo hoy.

Me apena que no aparezca "Meningitis". Como le pedía, devuélvame. Esperaré un buen momento para ver si lo pueden dar. Mas como quiero retocarlo bien, hágame el bien de mandármelo.

Creo que Romero le habló de mis apuros de dinero. Mandé por ello artículo a Vigil, mas he parado, y seguiré así mientras haya en F. M. frecuencia de colaboración.

Muy suyo

H. Quiroga

— 26 —

San Ignacio, julio 28 - 1916

Amigo Pardo: ¿Me querrá mandar "La meningitis y su sombra"? Me hace real falta.

Conjuntamente con artículo enviado últimamente, iban ilustraciones. No tienen nada de famosas pero acaso sirvan para ganar tiempo. En caso de que se publicaran póngales N. N.

¿Qué tal Vda. y la revista? Les deseo a ambos toda buena suerte.  
Suyo

H. Quiroga

Misiones - San Ignacio, agosto 18 - 1916

Amigo Pardo: Recibí carta y comuniqué solicitud al Gozalbo. Este sufre en sus yerbas la crisis genérica, aunque se libraré con mejor año pecuniario y menos heladas y secas.

Algo me cuenta Romerito de la aporreada vida de F. M. pero todo tan sucintamente como Vd. ¡Pobre F. M.! por lo poco que entiendo de esas fórmulas sindicales, me permito creer que si no murió cuando la junta de médicos, tiene para rato aún.

Evidentemente, § 20 es irritante y desagradable como Vd. dice muy bien con dos adjetivillos benévolos. Mas qué hacer! Preciso es vivir, y por eso le ruego que me publique cuanto le parezca.

Van ya dos veces que Vd. me promete carta más detallada. Hágalo, sea siquiera tocando esto: ¿siguen interesándole cuentos de chicos? ¿Quiere que siga en lo hecho, o que alterne? Dígame también si un tal Ortiga que conocí allí de sustituto, es el mismo señor que redacta "El Hogar".

Y esto otro: ¿vive Vd. con holgura o no? Esto me interesa, pues nunca, ni antes ni después de esta época, consigo figurármelo a Vd. desprovisto de sus bien planchadas ropas.

Vaya, en fin, el viejo afecto

H. Quiroga

Misiones - San Ignacio, abril 12 - 19

Amigo Pardo: No desespere de sus cigarros, ni del intermediario. Irán, y lo mejorcito. Salude a los compañeros de aquel infectísimo local del [...]

Espero que las novedades de *Plus Ultra* no han afectado a nadie. ¡Pobre Mayol! Anda como un chico pudiente con un juguete que no entiende.

Cariños a los muchachos y a Vd.

H. Quiroga

Junio 11 - 19

Amigo Pardo: ¿Querrá creer que se acabaron los cigarros de marras? Los hay, pero infumables, aún para Vd. Ayer conseguí 8 nada más, que me recomendaron. Irán el sábado próximo, siquiera para que no me crea infiel. ¿Vio cierto artículo del Ruas en la [...]?

Supongo el comentadero a que dará lugar la situación actual. Que no naufraguen Vds.

Afectos ahí

H. Quiroga

Amigo Pardo: ¿Me querrá hacer el bien de hacer llegar esta carta a la administración? Como verá, leyendo, son un poco informales allá abajo, y necesito el dato.

¿Bien, allí? No dejo de pensar en la inquietud de su revista, a pesar de la serenidad milenaria (!) de Vd. Iré allá en enero, y charlaremos. Suyo siempre

H. Quiroga

Amigo Pardo. Recibí su telegrama, tan corto y especioso como mi miel. ¿Quiere más? Fíjese en que yendo de por medio gula y salud de sus chicos, cumple respuesta.

Mando artículo, estimo 1 ½ página. Como tengo mi techo demasiado goteante, agradecería remisión del importe de aquél. Perdón. Anímese un día a escribir dos líneas. Gran gozo.

Suyo

H. Quiroga

Por Dios, que no corrijan mal del todo.

Amigo Pardo: La historia. Nada sé si llegaron miel y vino. Bueno sería saberlo. Comuníquelo al Romero. Y si quiere más miel (presumo que al vino lo echó Vd. al diablo junto conmigo) diga también.

Suyo

H. Quiroga

Distinguido señor y amigo: Ayer, por equivocación, le entregué un cuento que no era el destinado. Si no lo ha leído aún, mañana de mañana traeré el otro, cuyo carácter creo sea más apto para C.[aras] y C.[aretas].

Muy atte. lo saluda

H. Quiroga

Mi distinguido amigo: Mucho agradecería que cambiara el título: *La voz de la Patria* de mi último cuento, por este otro: *Episodio*. Siempre suyo

H. Quiroga

H. Córdoba 728.

Amigo Pardo: Van 1 ½ páginas. Se me ha ocurrido, leyendo historietas romanas de Conan Doyle, un folletín sobre asuntos similares: aquella vez que los pretorianos pusieron en subasta al imperio, y tras fuertes pujas lo adquirió un comerciante milanés, que reinó 2 meses. Hay incidentes, y se crearía alguno, muy interesante. Me extraña que Doyle haya desaprovechado este trozo de folletín romano. ¿Qué le parece? Ruégole una contesta[ción]. Muy suyo

H. Quiroga

Agosto 12.

Amigazos: Desde días atrás Glusberg me ofrece recibirles a dúo. Ahora el hombre está escribiendo a máquina; supongo que dando órdenes editoriales. Hace un frío de todos los diablos. Pasado mañana le escribiremos ambos, en versos que hará Glusberg, y yo corregiré. El Glusberg volverá a fin de mes. Yo, a fines de S/e/t/iem/bre. Hasta la carta en verso.

H. Quiroga

Amigón Pardo: Por obra y gracia del pique original, la herida casi curada se reabrió, y aquí me tiene desde el jueves muy maltrecho en cama, hospitalizado en casa de mi hermana, para una discreta curación. Creo que tengo para 15 días o un mes, en el mejor de los casos. Y lo idiota es que cuando yo lo quise, los médicos no quisieron cortarme el dedo. Y ahora que será utilísimo, no se puede más por la extensión de la infección. — De todos modos, desde el sábado marcho mejor, y creo no habrá tropiezo. — Saludos a los compañeros. Diga a Alonso que para fin de semana le mandaré artículo para "Plus". Suyo

H. Quiroga  
[Billinghorst?] 1720  
(U.T. 403 Palermo)

Marzo 30

Para ser leída en el *Aucs* y por Pardo, que conoce la letra.

Cuando fui hace tres días al correo, con Darío y la moto, el jefe de la oficina me dijo que había un telegrama para mí, pero que venía observado desde B. A., por el texto incongruente. El telegrafista, un uruguayo acorrentinado, se sonreía al darme el papel, sin comprender jota de lo que me daba. Como lo de *quirogiana* no le iba, puso *quiero ganancias*.

Así, pues, quedé muy contento de las noticias de Vds. El hecho de telegrafiar a las 10 1/2 desde el *Aves*, sin cenar aún —casi seguro—, es indicio de andar cerca del último. Me alegré también de ver la firma de Bilbao (Bilboa, en el texto, como dicen en inglés). Sería bueno que alguno se encargara de telefonarle anunciándole que han llegado noticias de la moto, así se quedan otra vez hasta las 10 1/2.

Llegamos aquí el sábado 22, cansaditos y satisfechos de estar en casa. A la mañana siguiente fuimos con los chicos a hacer los héroes en moto, con éxito estupendo. Desde ese día creen a pies juntillas que un día u otro nos vamos a romper la crisma. Hoy fuimos con Darío a explorar el Yabebirí. Perro camino. Me clavé en un bañado, y Darío tuvo que descalzarse y hundirse en el agua para empujar la moto. Pero como dice mi chico, “esto sí que es turismo”.

He andado también de negrero, echando un vistazo a la zafra de yerba. Aquello es un campamento yerbatero del Alto Paraná, con 18 o 20 peones, y sus peonas, perros y guitarras. Tienen un cuerno con un chanfle en la punta, por donde un muchacho muge para llamar a los peones cerealeros. Un mensú, blanco y con cara de gitano, lleva un pañuelo en la cabeza, atado con grandes nudos a lo pirata. Escalada, mi hombre, dirige y manda todo. Pero yo soy el patrón, y los tipos se pasman de verme sin camisa. Paran un momento el trabajo para decirse: “Allá se siente la máquina del patrón”. Creo que saldrán once mil kilos de yerba. Tá bien.

Gozalbo, a quien vi un instante, me dijo brevemente que él había sido demandado, y que los propietarios de la sociedad vendieron las chacras a X.X. Urge, pues, que vean al maldito apoderado. Gozalbo pesa como cien kilos, y tiene ahora un tremendo machucón en la frente, de haberse caído borracho contra las piedras, seguramente. Está lloviendo por fin, después de un mes de seca. Buena cosa haber cenado bifés con huevos y mandioca frita, bizcochuelo y dulce de batata hechos por Eglé, y café, hecho por Aureliana. Son las 8 1/2, el cinc truena con el agua, y escribo bajo el farol de nafta, que tiene 300 bujías (esto, para Estuch).

Tenemos un coati criado guacho en brazos, mimoso como una criatura, y ladrón de pan como él solo. Se llama Tutankamón. Esta mañana tuve el primer encuentro con mis amigas las víboras. Una de coral, 80 cms., y estirada ya entre 80 alfileres.

En la chacra de mis chicos, vecina con la mía, tenía un casero, Ayala, excelente muchacho que carneaba para el pueblo. Pero resultó que carneaba también de noche reses ajenas, y fue pillado. Parece que enterraba los cueros por entre el yerbal. Cuando los comisarios hacían hacer pozos entre las yerbas para encontrarlos, Escalada dijo: “De todos modos, el cuero es un buen abono para las plantas”.

Comencé esta tarde a hacer una cama para Eglé, porque la que usa es la grande de matrimonio que yo tenía. El elástico tiene dos o tres varillas de acero rotas, que saltan de repente a uno u otro lado del colchoncito. Lo que no está bien.

Pasé la semana entera instalándome. Por temor de robos, había vaciado el taller, encerrando todo aquí en casa. Hay que ver lo

que es volver a ordenar mil herramientas, frascos, útiles. En fin: la pieza de Agüero, decuplicada. Hoy por fin he podido orientarme y hallar las cosas.

Pero el país, amigos: Aunque [...] y Glusberg piensan a la sordina en venir, no vendrán. Si vienen, verán lo que es bueno. De modo que no queda otra esperanza que la promesa de Bilbao. Comprométanlo, si gana cinco mil pesos en el año, a que compre para la sociedad un billete del millón.

De la yerba del año pasado, hice guardar unos veinte kilos, canchada. La mandaré moler, y enviaré muestras a Bilbao y Bravo. Y a algunos otros.

Películas de celuloide, me hacen falta todavía.

Don José Francés me reiteró pedido de cuento, retrucándome con una historieta suya. Se la llevaré a Pardo para que la lea.

Escribí a Glusberg, apenas llegué aquí, en son de negocios.

No hay aquí una mujer que merezca el nombre de tal. Perra cosa. Abordo, conocí a una tucumana, cosa así, que embarcó en Paraná, con destino a Barracón, Misiones. Cuando llegué aquí, después de seis días de viaje, transbordos y retransbordos, ella tenía para tres días de vapor aún, y luego tres días a lomo de mula, por entre cuarenta leguas de monte. De noche, dormir en el monte, con lluvias como la de hoy. Recién ayer había llegado a su Barracón. Y es maestra de allá.

Adios, amigazos. Piensen en lo agradable que es ir a buscar correspondencia de Vds. escandalizando al país con la moto. Por el momento, feliz como una uva. Igual cosa les deseo, y un abrazo para cada uno.

H. Quiroga



**ARTICULOS SOBRE LA GUERRA DE 1904**

**PUBLICADOS EN "LA TRIBUNA POPULAR"**

**Por ARTURO P. VISCA**

**Presentación por**

**JOSE PEDRO BARRAN**



## ARTICULOS PERIODISTICOS DE ARTURO P. VISCA

Cuando Arturo P. Visca tenía 24 años, a mediados de octubre de 1904, asistió como lúcido testigo al desarme del ejército revolucionario blanco. Este periodista, habituado al drama y la ópera de su tiempo como cronista teatral en diversos diarios montevideanos, supo entrever la caída del telón para las revueltas rurales de un Uruguay moderno que pugnaba por nacer.

Arturo P. Visca había nacido en Montevideo el 10 de abril de 1880. Sobrino del Dr. Pedro Visca, inició sus actividades periodísticas en la revista literaria "La Alborada", pasando luego a "La Tribuna Popular", "La Razón" —dirigida en esos primeros años del siglo XX por Samuel Blixen— y "El Siglo". En sus crónicas teatrales y de información general utilizó a menudo el seudónimo de "Sergio Gránico".

Hombre de múltiples intereses, viajero infatigable, con el ojo alerta para observar el rasgo revelador de una conducta o una situación determinadas, Visca fue un buen cronista, surgiendo de sus relatos una visión descarnada —por lo objetiva y desapasionada— de las realidades que le tocó transmitir a sus lectores.

La primera serie de artículos que aquí se presentan versan sobre lo que comentáramos al iniciar esta presentación: el fin de la última revolución blanca acaudillada por Aparicio Saravia en 1904 contra el gobierno de José Batlle y Ordóñez. Fueron publicados en octubre de 1904 por el diario "La Tribuna Popular", cuyo director enviara a Visca como corresponsal al centro del desarme: Nico Pérez.

De entre la morosa descripción del desarme de los nacionalistas surgen algunos hechos claves que impresionaron al periodista, quién a pesar de su objetividad, no pudo menos que seleccionar lo que a él más le conmovió. Así, el gran ausente, Aparicio Saravia, es también figura omnipresente de todos los despachos.

En el primero Visca anota la salva de 21 cañonazos que disparara la artillería revolucionaria antes de ser entregada a las fuerzas gubernistas "in memoriam de Saravia por ser ayer (10 de octubre) el primer mes de su fallecimiento". Luego, las informaciones sobre la llamada Paz de Aceguá —24 de setiembre de 1904— que pusiera fin a la guerra civil, colocan otra vez sobre el tapete lo que pudo haber sido del destino de la Revolución —y el del país— de haber seguido con vida Aparicio. La desorganización y la anarquía que cundieron entre las filas nacionalistas al sabérsele herido, la no totalmente aceptada jefatura de Basilio Muñoz (h), las curiosas y reveladoras dudas de soldados y jefes sobre la muerte del caudillo, todo es objeto de una descripción sagaz, en la que nunca se impone la figura del narrador en detrimento de lo narrado.

La frase atribuida a Mariano Saravia cuando se le pregunta acerca de la muerte de Aparicio resume, sin duda, la sensación que el Partido Nacional —y con él, de seguro, más de media campaña—

scatían en aquel instante: “¿Muerto? —dijo Mariano— en la... perra vida”.

Esta guerra de 1904 que creó un foso infranqueable entre Batlle y el medio rural —de tan nefastas consecuencias para ambos—, es vista en sus miserias —aspecto de los revolucionarios, estado de la campaña al concluir la contienda— como en sus alardes de heroicidad y caballeridad entre enemigos leales a ciertos valores que planeaban por encima de ellos: la figura de Carmelo Cabrera, la carta conmemorativa a Tomás Berreta que aquí se incluye, son pruebas de todo ello. También se filtra la nota del desaliento blanco en breves apuntes que denotan el dolor de la derrota. Esa atmósfera de desencanto no pasó inadvertida para el hombre a quien el teatro habituara al gesto simbólico: “En la estancia de Camilo Rodríguez treinta y tres revolucionarios —cifra histórica— hicieron fogones con la madera de sus fusiles, abandonando los caños entre las brasas”.

Después de los artículos periodísticos de 1904, se ha incluido una carta de Arturo P. Visca a Tomás Berreta, flamante Ministro de Obras Públicas en 1944. Ella complementa la visión del conflicto civil y de otros acontecimientos no menos interesantes ocurridos en el Uruguay de las dos primeras décadas del siglo XX.

\* \* \*

La segunda serie de artículos fue publicada por el diario “La Razón” en 1908. De nuevo el periodista actúa como corresponsal y relata lo que observa directamente. Creo que si hubiera que buscar un hilo conductor en esta segunda serie, él sería el de la vida en la frontera, esa frontera tan viva entre Uruguay y Brasil.

La frontera vista como línea política: las relaciones uruguayo-brasileñas en el contexto de las en ese entonces tensas argentino-brasileñas; las posibilidades de rectificar el daño que se nos infligiera por el tratado de límites de octubre de 1851, acordándonos el dominio sobre las aguas del Yaguarón y la Laguna Merín.

La frontera observada como realidad social: la descripción del caudillo riograndense Joao Francisco en su feudo militar y ganadero del Caty y sus relaciones con nuestra vida política desde 1893 a 1908.

La frontera como peligroso lazo integrador en lo económico, como factor que desdibuja la soberanía: el contrabando de ganado en pie, la vida en los saladeros Barra Do Quarahi y Novo Quarahi, propiedad de orientales, las solidaridades que la economía crea y la política quiere eliminar.

La frontera como algo a conquistar por el gobierno central de Montevideo: la construcción del ramal Nico Pérez-Melo, esa vía férrea que iba a hacer más por la unificación del Uruguay que la batalla de Masoller.

Todo salpicado de vida, del dato concreto que el buen periodista retiene y luego el historiador observa apasionado: en el tendido del ramal férreo Visca observa “cuadrillas de (trabajadores) japoneses y chinos”. He allí, en la crónica cotidiana y local, el rasgo universal: el uso de la barata mano de obra “oriental” —tan común por aquel entonces en todo el mundo americano— en esta tierra que para ironía de aquellos obreros se autodesignaba también ella “oriental”.

José Pedro Barrán





Llegada a San José de la 3ª División del ejército revolucionario al mando de Cicerón Marín, después del desarme y licenciamiento. (1897)

EL DESARME  
Entrega de la artillería

LLEGADA DE GALARZA

Salva de 21 cañonazos en memoria de Saravia

(por telégrafo)

*Comunicaciones oficiales*

Al Excmo señor presidente de la República— comunico a V.E. que ayer empezó el desarme del ejército insurrecto habiendo sido desarmadas las divisiones al mando de Nepomuceno Saravia, Trias, José González y Juan José Muñoz, faltando hacerlo con fuerzas que están del otro lado del Olimar, que está crecido.

El ejército a mi mando hállase todo acampado cerca del ejército insurrecto que está en Paso Rubio Benigno del Olimar.

Estos días bajaré a la capital Manini y Ríos a dar cuenta detallada a V.E. de todo lo ocurrido. — Coronel *Pablo Galarza*. — Olimar, Octubre 10.

---

Dice "El Día":

Según un telegrama del general Vázquez, recibido también esta mañana, las fuerzas insurrectas que han quedado al sur del Olimar Grande se dirigían a Nico Pérez, llevando algunas carretas.

Y habiéndosele pedido informes sobre este particular al coronel Acuña, jefe de las fuerzas que se hallan en Nico Pérez, se le ha comunicado al Presidente de la República que uno de los chasques llegados hoy, pasó entre aquellas fuerzas insurrectas y dice que se dirigían a Nico Pérez con el objeto de efectuar allí el desarme por no haber podido vadear el Olimar Grande, que se hallaba desbordado; pero que habían recibido órdenes de contramarchar para entregar las armas al coronel Galarza y que iban a hacerlo.

El general Vázquez observa de cerca el movimiento de las fuerzas insurrectas.

*De nuestro enviado especial*

A las 10 de la mañana recibimos el telegrama siguiente, de nuestro enviado especial:

Nico Pérez, 11. — A LA TRIBUNA POPULAR. — Esta madrugada llegó chasque de Galarza, anunciando haber empezado el desarme ayer en las proximidades del Olimar.

Los revolucionarios entregaron el parque y artillería.  
Hoy comenzará el desarme por divisiones.  
Antes de entregar la artillería, los nacionalistas hicieron una salva de veintitún cañonazos in memoriam de Saravia por ser ayer el primer mes de su fallecimiento. — *Enviado Especial.*

“LA TRIBUNA POPULAR” Año XXV N<sup>o</sup> 7812  
Montevideo 11 de octubre de 1904

## EL DESARME SU REALIZACION

### NOTICIAS OFICIALES Y PARTICULARES

Nuestras correspondencias  
UNA INTERVIEW CON EL Sr. NOBLIA  
Revelaciones interesantes

### DISGUSTOS POR LA PAZ

El desarme del resto del ejército revolucionario que está acampado en las proximidades del Olimar, en el Paso del Rubio, comenzó anteayer, según lo anunció LA TRIBUNA POPULAR antes que ningún otro diario, y terminará de un momento a otro. La extinción total de la guerra que ha arruinado al país y abierto profunda brecha en la familia oriental, se puede dar por consumada. Con paz o sin ella, —que esto constituye un problema de difícilísima solución— el año 1904 —fatal para la República— terminará sin mayor derramamiento estéril de sangre... Es una conquista que debe congratular a todos por más que ella tenga por base un montón informe de cadáveres, la desaparición de todos los progresos materiales y morales realizados en cuarenta años, y el florecimiento de la maldita pasión partidaria, ideal supremo de una buena parte de nuestro pueblo, y única causante de todas las calamidades que han caído, caen y caerán sobre el país... si la Providencia no nos manda el remedio radical que las evite...

### *Telegramas oficiales*

El presidente de la República recibió anoche cantidad de telegramas de Nico Pérez, relacionados con el desarme de las fuerzas revolucionarias. El coronel Galarza expresa en uno de esos despachos que está muy satisfecho de la forma en que se realiza aquel acto, principalmente por la legalidad con que proceden los revolucionarios.

### *Detalles del desarme*

Nico Pérez, 11 — A LA TRIBUNA POPULAR. — Como les noticié, ayer comenzó la ceremonia del desarme. Del campamento continúan llegando grupos de revolucionarios. Están aquí los señores Percovich, Todelín, Ganzo Fernández y otros.

Las divisiones a cargo de Carmelo Cabrera, Cicerón Marin y otras, han acampado cerca de esta localidad. Conducen sus armas y parques respectivos. Mañana temprano se desarmarán. El coronel Acuña, jefe de la división Canelones, es el encargado de representar al gobierno en la ceremonia.

El señor Alejo Morcira, revolucionario, convino con el mayor Tomás Berrata, ayudante del coronel Acuña, la forma del desarme. Esta noche conferenciarán Acuña y Cicerón Marin con el mismo objeto.

Me consta que el ejército del general Vázquez está en Cuchilla Grande, paraje denominado Valentines. — *Enviado especial.*

### *Disgusto nacionalista*

Nico Pérez, 12 — A LA TRIBUNA POPULAR — Montevideo. — Puedo garantizarle que todos los oficiales revolucionarios que han llegado aquí, no ponen mucho empeño en demostrar poco agrado por la patria. Dejan comprender también que entre los jefes se han producido serias discordias. — *Enviado especial.*

### *La comisión delegada*

Se dice —nosotros no hemos podido confirmarlo—, que recién hoy, a los tres días de empezado el desarme, partirán para Nico Pérez los delegados del gobierno encargados de pagar las armas a los revolucionarios. Como se sabe, esos señores son los mismos que, en el desempeño de dicha misión, se trasladaron inútilmente hasta Artigas.

Se presume que la tarea de los delegados sea poca, en virtud de no haber a estas horas, en el paraje del desarme, más que los restos del ejército revolucionario. Este detalle puede agregarse a los muchos y muy curiosos, dignos de cantarse en aleluyas, que han precedido al acto que hoy realizan las fuerzas del gobierno.

### *Correspondencia interesante*

De nuestro enviado especial.

Nico Pérez, Octubre 10 de 1904 (4.35p.m.) — Señor Director de LA TRIBUNA POPULAR. — Amigo Director. —Después de un *delicioso* viaje— teniendo ante la vista la *pintoresca* perspectiva de un cielo gris, enteramente gris, que no cesaba de derramar una lluvia tan copiosa como irritante; teniendo también que agradecer a la

casualidad la buena suerte de llevar por compañero —hasta Cazot solamente— al doctor Alfredo Castellanos y a un oficial de la división Tacuarembó— pobre víctima del sostenimiento de las instituciones, más ansioso de volver a sus lares a trabajar en paz por los intereses de su casa, que de aprovechar de los privilegios y prerrogativas que le da su galoneada divisa, después de todo esto, he llegado a Nico Pérez sin que un mal descarrilamiento viniera a romper la monotonía de las últimas horas del trayecto.

Los informes primeros —referentes al trascendental suceso, que con tanta ansia espera la población de Montevideo, y sobre el cual aun se vive allí a oscuras, o a medias luces, por lo menos— son los siguientes: El desarme —según las más serias fuentes de información—, se verificará, o no se verificará, en el correr de la presente semana. Los ejércitos —a la hora que esto escribo—, se encuentran distanciados, y ocupando las siguientes posiciones: Lo que puede llamarse vanguardia del ejército revolucionario a cinco leguas de Nico Pérez, habiendo pasado por el Paso de la Jahona de las Pavas hace días; el resto —diseminado desde ese paso hasta el Olimar Grande—, a 20 leguas de Nico Pérez. En este último paraje se encuentra Basilio Muñoz (hijo), con el parque, que se sabe, es muy pesado. Las fuerzas que marchan a la vanguardia son mandadas por Pancho Saravia y Aldama.

El total de revolucionarios, en la actualidad asciende a *cinco mil* pero a diario se producen deserciones, viéndose los campos cruzados por pelotones y soldados sueltos, que a pie o a caballo, hacen rumbo a sus pagos huyendo del ceremonial del desarme.

El coronel Galarza se encuentra en Santa Clara de Olimar a 18 leguas de Nico Pérez. Hace sus marchas en muy malas condiciones, por falta de medios de traslación. Es creencia general, que la abundante lluvia caída desde el sábado, dificultará aún más su acercamiento al grueso del ejército revolucionario, y éste, por lo tanto no podrá ser desarmado oficialmente tan pronto como de desear fuera. La generalidad de los revolucionarios, abandonan el ejército desarmados. En el trayecto de Nico Pérez a Santa Clara —según personas que acaban de recorrerlo—, se nota una singular mezcolanza de divisas rojas y blancas, cuya fusión nadie se explica, pero que indudablemente es un síntoma de la desorganización con que se llevan a cabo todas las operaciones de desarme.

Anoche deben haber celebrado una conferencia Basilio Muñoz (hijo) y Basilio Saravia, en la cual han de haber quedado ultimadas las negociaciones, para el licenciamiento de las fuerzas.

El general Vázquez con la extrema vanguardia de su ejército se encuentra acampado desde ayer en las sierras de Valentines teniendo por cuartel general, la pulpería de Guianza. Se cree que se moverá hasta Nico Pérez.

Aquí, el pueblo se encuentra *víctima* de una animación extraordinaria y con vivísimos deseos, especialmente los que en él tienen comercio, de que el desarme se haga cerca de él, como en estos momentos, me dicen es probable se haga.

\* \* \*

(9.30 de la noche) — Acabo de visitar al coronel de las fuerzas nacionalistas, don Isidoro Noblia, ex jefe de la división Cerro Largo. Ha llegado esta mañana al pueblo, con cinco hombres, y se aloja en casa de uno de los más respetables vecinos de aquí, el señor Antonio Cora. El señor Noblia, dejó al ejército nacionalista anteayer, entre el Olimar y las Pavas, llegando a Nico Pérez con una licencia del ex coronel Lamas, jefe del estado mayor revolucionario. Le ha sorprendido tanto como disgustado las medidas que con él se han visto obligados a tomar la comandancia militar a cargo del coronel Acuña, en virtud de órdenes superiores sin duda.

El señor Noblia venía en la perfecta convicción de que podía trasladarse tranquilamente hasta los Molles de Godoy —donde piensa demorar un tiempo— sin que nada le importunara, tanto por los documentos que para transitar tenía, como por la sencilla razón de que suponía ya todo terminado, el país en completa paz, pues es uno de los jefes firmantes de ella, y de los más entusiastas de ella también; ha llegado aquí y se le impide seguir viaje hasta nueva orden, previa consulta al señor presidente de la República, y mientras tanto no viniera la contestación, se le daba el pueblo por cárcel. Este detalle inesperado también fue conocido por Visillac, Irureta Goyena y todos cuantos revolucionarios han llegado aquí.

Según los datos del señor Noblia, el ejército nacionalista al abandonarlo él, se hallaba muy reducido, no alcanzando a mucho más de seis mil hombres que disminuirán seguramente a medida que se acerquen a Nico Pérez. Preguntéle sobre el efecto que la paz había producido entre los soldados revolucionarios y contestóme, tras una corta vacilación, una de esas vacilaciones, tan cortas como características del país, *que no quiere comprometerse* y sabe dar vida a la voz de la prudencia.

—Regular...! Buena...! Sí! regular, eso es.

—Y cree Vd. que sea duradera?

—Sí! Cómo no? ¡la hemos firmado todos! —dijo como argumento irrefutable.

Enseguida de esto, preguntéme con sumo interés, si conocía el paradero del coronel Pampillón, pues éste, hasta el sábado último, no se había incorporado con sus fuerzas a las que manda Muñoz, y en el ejército nacionalista nada se sabía de su vida y hazañas, después que con tan poca suerte cruzó el Uruguay. No pude informarle respecto al punto que le interesara, pero ello no fue motivo para que no continuáramos ocupándonos del *hombre*, quien, según Noblia, es como jefe y caudillo, de gran valimiento, habiendo sido recibida la noticia de su *pasada* con gran alegría en el ejército revolucionario.

—Si se hubiera incorporado a tiempo —me dijo— todos los jefes lo hubiéramos proclamado el sucesor del general Saravia.

Preguntéle si era cierto, que después de Masoller —batalla en la que se encontró mandando la extrema derecha, frente a la artillería gubernista— habían dejado un parque considerable en Caty.

—No, señor! me contestó rotundamente.

—Sin embargo, el mayor Visillac, así lo asegura en reciente reportaje...

Volvió a vacilar el paisano viejo, y luego, con alguna ironía:  
—No se... El sabía más que yo... mejor que yo.

Después de esto, quedó algo reconcentrado, y habiendo decaído por lo tanto el ánimo de charla, me retiré. Noblia dehe marchar mañana de Nico Pérez, pues la orden de *liberación* no debe tardar en llegar.

\* \* \*

Al caer la noche, ha cesado de llover aquí, pero ha seguido a la lluvia un chispeo bastante molesto, especialmente para los que pensamos aprovecharnos a la brevedad posible de campos y caminos.

Ha refrescado mucho, y esto según algunos *Teydes* rurales que he consultado, es síntoma de buen tiempo. Dios los oiga o acierten, pues también mi espíritu, como el de Osvaldo —el personaje ibseniano—, está ansioso *di sole, di un po di sole!*

Hasta pronto... por carta.

Arturo P. Visca  
Enviado especial

## EL DESARME

Sorpresa en Nico Pérez  
Revolucionarios Armados y con Divisa

BASILIO MUÑOZ EN MARCHA — ¿Y EL CORONEL GALARZA?  
COSAS CURIOSAS — ¿MUERTE DEL CORONEL GONZALEZ?

(POR TELEGRAFO)

De nuestro enviado especial.

Nico Pérez, 12. — A LA TRIBUNA POPULAR. — Amplió con nuevos datos mis despachos anteriores.

Ayer a tres leguas de aquí, en Sierra Sosa y estancia Gadea, acamparon las fuerzas revolucionarias al mando de Aldama, Marin, Carmelo Cabrera y Pancho Saravia, armados y con divisa. Tal acercamiento causó sorpresa en el pueblo y autoridades, que sólo esperaban llegaran grupos desarmados.

A las 10 a. m. el coronel Acuña con su escolta salió a reconocerlos regresando sin llegar al campamento blanco. Aquí espérase desarmarlos a todos hoy, como ya dije.

Anoche esperóse llegaran los jefes de esas fuerzas a tratar el desarme con la comandancia Militar pero no vinieron.

En el día resolveráse.

Basilio Muñoz se encuentra en Olimar en marcha hacia aquí, con el grueso del ejército sin parque ni artillería, que afirmase ya entregó.

Un revolucionario llegado de allí, dijo que el coronel José González, jefe de la división de Flores, cayó el lunes fulminado de un ataque apopléjico.

Llovió torrencialmente hasta anoche. - *Enviado Especial.*

(En "LA TRIBUNA POPULAR" - Año XXV N° 7813 - Mont. miércoles 12 de octubre de 1904. - Pág. 3, col. 1.)

## EL DESARME

Últimas informaciones - Telegramas de Nico Pérez  
Los festejos de la paz

### OTRAS NOTICIAS

La demora en el desarme y la repentina e inesperada aparición de gente armada en las inmediaciones de Nico Pérez, unida al pesimismo de las gentes, produjo ayer cierta desazón y fue causa de que se entibiaran los entusiasmos de algunos que quieren grandes festejos, muchos cohetes, cantidad inmensa de bombas, farolillos y judas, para celebrar lo que muchos llaman "la terminación de la paz". El ánimo público ha decaído sensiblemente, por otra parte, sin necesidad de semejantes nuevas. Es que el júbilo espontáneo de los primeros momentos ha desaparecido, y lo ha sustituido el razonamiento frío, ese que ve las cosas con calma, a la luz de los hechos, tales cuales son, despojados de las galas con que en un momento de entusiasta irreflexión las vistió la fantasía. Los festejos se harán sin embargo.

Se han nombrado comisiones, recolectado fondos y, sobre todo, se han adquirido ya los adminículos indispensables: todo lo cual dificulta una vuelta atrás, o, para expresarnos en el lenguaje del pueblo, la devolución de la plata. Pero, con toda seguridad no alcanzarán las proporciones que se esperaba. El pueblo ha comprendido esta vez que lo ocurrido es más digno de meditación que de ser celebrado. Y hace bien. Hay muchas desgracias amontonadas, mucho hombre muerto, mucho capital destruido, mucha ruina sobre todo, para que sean ahogados el sentimiento y el dolor comunes, en el seno de la indiferencia popular.

\* \* \*

La idea de que se declaren feriados el viernes y el sábado venideros de que dimos cuenta ayer, ha causado la peor impresión, especialmente en el comercio, cuyas transacciones sufrirían considerablemente con la adopción de tal medida.

Por fortuna, la iniciativa no pasará de proyecto, pues la moción, para llegar a tiempo, debió hacerse ayer en el Senado, y esta Cámara no celebró sesión y no se reunirá hasta el viernes.

Nos felicitamos de ello. La idea de dos días feriados es prematura e inoportuna. Lo primero, porque aún quedan muchos problemas por resolver, y es menester ver la marcha y el rumbo que toman las cosas.

Lo segundo, por las razones ligeramente apuntadas arriba: porque la gente no tiene el ánimo para fiestas, y al concurrir a la celebración de ellas, temería hacer una especie de profanación e insulto a la memoria de los numerosos caídos.

Nos consta que, si apesar de todo, hay quienes insisten en la idea de los días feriados, no faltarán en el seno de la Cámara quienes hagan sentir su voz para protestar contra ella. Entre otros

diputados dispuestos a no votar una moción de esa especie, y a combatirla francamente, se cita el nombre del señor Rodó, espíritu reposado y ecuánime.

Coincidiendo con estas ideas, dice "El Tiempo" de esta mañana:

"La intensa expectativa producida por las últimas emergencias y la demora en el desarme han entibiado los entusiasmos populares que fueron apagándose por grados a medida que informaciones sucesivas confirmaban la realización definitiva de la paz. No quiere esto decir que se acoja con desgano tan fausto acontecimiento, sino que no se experimenta ya el vivo anhelo de expansiones que al principio hubiera hecho quemar cohetes y bombas por días enteros.

"Y sino, véase la frialdad con que ha sido recibido el acto final. Es que hay cansancio, la pacificación está descontada y la gente se preocupa de cosas apremiantes que embargan toda su atención, quiere salir cuanto antes de esta situación precaria y pisar terreno firme para dedicarse de una vez a sus asuntos.

"La mejor fiesta sería desmontar la máquina de la guerra que está pesando todavía sobre las espaldas del país. Todo urge, hay necesidad de recuperar el tiempo perdido, y no se puede en consecuencia malograr los días hábiles. Según el diario oficial, es cosa resuelta por el gobierno que los festejos tengan lugar el sábado a la noche y el domingo, quedando así desechado el propósito de declarar dos días feriados para ese objeto, lo cual habría perturbado las transacciones y ocasionado perjuicios al comercio y a los hombres de negocios.

"No se necesitan días de fiesta sino días de trabajo."

## DE NUESTRO ENVIADO ESPECIAL

(Por Telégrafo)

Nico Pérez, Octubre 12 — A LA TRIBUNA POPULAR. — Acabo de llegar del ejército revolucionario, que se encuentra en Sierra Sosa. Las fuerzas que hay allí las constituyen las avanzadas de las divisiones de Carmelo Cabrera y Marín, en total mil seiscientos hombres en el más lastimoso estado que pueda imaginarse. La mayor parte de las marchas últimas las han hecho a pie.

Conversé con Carmelo Cabrera, que hoy recibió chasque de Basilio Muñoz ordenándole contramarchar a Olimar. Le contestó Cabrera que opinaba que era mejor quedarse aquí por serle casi imposible retroceder dadas las condiciones de la tropa. Le agregaba que sería más conveniente efectuar el desarme en Nico Pérez.

El desarme se realizará mañana ante una comisión delegada revolucionaria compuesta de los señores Juan José Muñoz, Rafael Zipitría, Cicerón Marín, Cortinas y José Sosa. Esa comisión trae poderes para tratar con la comisión que designe el gobierno para la distribución del dinero. Todos ellos se reunirán temprano en Nico Pérez.

La opinión general entre los nacionalistas es que la paz será duradera y que las guerras civiles han concluido para siempre. Los

que hasta ayer eran revolucionarios se preparan entusiastamente a disputar el triunfo en los comicios.

Opinan igualmente los jefes y soldados que la paz se debe a la muerte de Aparicio, pues desde ese momento faltó dirección al ejército revolucionario.

Se espera que venga también a Nico Pérez el Señor Basilio Muñoz a entregar el armamento y licenciar su división. *Corresponsal especial.*

Nico Pérez, 12. — Basilio Muñoz se encuentra muy cerca de Nico Pérez. Las fuerzas de Galarza y del jefe del ejército revolucionario están acampadas en el mismo paraje. Todas las divisiones están casi totalmente desarmadas excepción de las de aquí.

Han llegado también a Nico Pérez el doctor Matías Zeballos, Angel Oliver, Ganzo Fernández y otros oficiales que formaron parte de la revolución. — *Corresponsal especial.*

## POR CORREO

Nico Pérez, Octubre 11 de 1904. — Señor director de LA TRIBUNA POPULAR. - Señor director: Realmente la completa liquidación de la paz va resultando un arduo "affaire", y crea aquí, como ha creado en Montevideo, una situación de incertidumbre e idas y venidas, sumamente enojosas. Como telegrafíe esta mañana temprano, un chasque llegado en la madrugada a la Comandancia Militar, trajo el anuncio de haber comenzado el desarme cerca del Olimar Grande, habiendo hecho entrega los revolucionarios del parque y la artillería.

Esta noticia, que galantemente me comunicó primero el coronel José Luis Gómez, y el propio comandante militar, coronel Manuel Acuña después, produjo la natural satisfacción en el pueblo y entre la gente de armas que en él se hallan. Más tarde, sin embargo, se produjo alguna inquietud. A las 10 y 15 salió el coronel Acuña con alguna escolta hasta la Sierra de Sosa y estancia de Gadea, distante unas dos leguas de estos parajes, donde se decía que se encontraban algunos grupos pequeños de revolucionarios desarmados.

Volvió mal impresionado. *Los pequeños grupos*, sumaban casi tres mil, amagaban avanzar hacia el pueblo y tenían dos divisas y estaban armados. Aún cuando aquí se tiene la plena convicción de que la paz es un hecho, la aparición inesperada de ese ejército no dejó de ser molesta. Se decía que esa gente forman las divisiones de San José, Flores, Treinta y Tres, Minas y Durazno, y de los jefes que las mandan se nombra a Cicerón Marín, Pancho Saravia y Aldama, como no se hacía tan cerca de Nico Pérez a esas divisiones, y el hecho de no estar desarmadas, y en formación de marcha, se llegó a temer que hiciera un avance guerrero sobre el pueblo, repitiendo Aldama su acción del 23 del mes próximo pasado. Ese día el jefe nombrado atacó a Nico Pérez, con una fuerte partida, siendo repelido el ataque por fuerzas al mando del capitán Ríos, a quien mataron en la pelea, un teniente de apellido Prado, ex tipógrafo de "El Siglo".

Este ataque motivó la venida del coronel Acuña —que se hallaba en San Ramón— quedando desde esa fecha en la localidad con fuerzas considerables.

Con motivo de la inusitada aparición de esas fuerzas revolucionarias, el coronel Acuña tomó las medidas conducentes a evitar cualquier sorpresa, e hizo llamar a la Comandancia al ex jefe de la división Cerro Largo, don Isidoro Noblia, que como dije en mi anterior se halla detenido aquí, con el pueblo por cárcel primero, y el hotel Zarazola (el Lanata de Nico Pérez), después. Entre Acuña y Noblia hubo una entrevista, en la que el primero trató de obtener del segundo una explicación respecto a la rara actitud de los revolucionarios, pero sólo pudo obtener de Noblia la declaración de que él tenía la más arraigada convicción de que estaba hecha la paz por los jefes revolucionarios, y que ella tenía que ser un hecho, a pesar de lo que en contrario pudieran hacer suponer ciertos sucesos inesperados.

Al propio Noblia, de oír decir, con entonación de convencimiento y convencedora: ¿Si continuara la guerra, estaría yo aquí? De zongo me había de venir a meter entre ustedes. Yo haría falta en mi división, porque aunque sólo soy coronel de nombre, mando gente y no titeres. Porque está hecha la paz he salido del ejército...

A las cuatro de la tarde, llegaron al Hotel Zarazola, donde tiene sus oficinas la Comandancia, cuatro revolucionarios.

Vienen del grueso del ejército, desde el Olimar Grande.

Uno de ellos es hijo del comandante Antonio Mena, muerto en Masoller. De los otros tres, dos son ayudantes de Basilio Muñoz hijo. Se apellidan Franco y Amespil.

Me dicen que Muñoz ha quedado demorado en Olimar debido a las lluvias, pero a la fecha es casi seguro que ha bandeado el Olimar Grande, después de haber hecho entrega del parque, y debe encontrarse en marcha hacia Nico Pérez, donde licenciará sus divisiones.

\* \* \*

(9 de la noche) — En momentos de cerrar esta carta me llegan buenas noticias. Todo está tranquilo. Los revolucionarios que coronan la Sierra Sosa están acampados. El coronel Acuña ha puesto guardias para evitar dispersiones, y es casi seguro que mañana se proceda al desarme. Se espera que ellos manden antes una comisión para tratar con la Comandancia la mejor forma de llevar a cabo ese acto. Telegrafiaré en oportunidad. Me dicen que Carmelo Cabrera se encuentra entre la gente esa. Parece confirmarse la noticia traída por un chasque esta mañana, y que trasmití. Basilio Muñoz (hijo) no pudiendo avanzar por la creciente del Olimar Grande, ha hecho entrega del parque y artillería, en ese paraje.

Aquí ha llovido todo el día con breves descansos. En los momentos que esto escribo la lluvia arrecia.

\* \* \*

Un señor Betancourt, farmacéutico de Santa Clara de Olimar, comunicó —garantiendo la versión— a personas que han estado en las Sierras de Valentines, que durante la revolución, sólo dos personas

del ejército nacionalista, los señores Percovich y Segundo, recaudaron en concepto de impuestos, contribución directa, etc. la suma de doscientos mil (200.000) pesos, en los distintos pueblos que ocuparon, haciendo a los vecinos una rebaja de un 25 % de aforo oficial.

También el famoso pardo Adán recolectó unos diez mil pesos por el mismo concepto, en la frontera. Se dice que después se hizo *humo* con ellos, pasando al Brasil.

Arturo P. Visca  
*Enviado especial*

## EL DESARME

### EL ACTO DE AYER

La división de Cabrera y Marín -- Desfile de 450 hombres

### ARMAMENTO ENTREGADO

468 fusiles, 20.143 tiros, 3 bayonetas, 2 lanzas, 1 sable

Nuestro enviado especial nos telegrafía lo siguiente:

Nico Pérez 13 (9.30 p.m.). — A LA TRIBUNA POPULAR. — Montevideo. — Hoy a la 1.45 de la tarde comenzó, ante el coronel Acuña y jefes y oficiales de la división Canelones, el desarme de las divisiones que mandaban Carmelo Cabrera y Cicerón Marín. El acto se realizó en Sierra Sosa. En representación de Carmelo Cabrera asistía el mayor Pompilio Barrios. Cicerón Marín concurrió en persona. La división Cabrera entregó 298 fusiles, 14.508 tiros, un sable, una bayoneta, dos lanzas. Desfilaron 450 hombres. Las fuerzas de Marín entregaron 157 fusiles, 5.513 tiros y dos bayonetas. Desarmóse también una guardia de Juan José Muñoz, que entregó 13 fusiles y 122 cartuchos. Labróronse las actas correspondientes, enviándose las armas y municiones a la estación, en los carros, que también se entregaron como parte del parque revolucionario. Mañana estarán en Montevideo.

La distribución de dinero se hará en Nico Pérez una vez llegada la comisión gubernativa.

Los revolucionarios serán embarcados por divisiones en ferrocarril con destino a sus pagos. Los jefes gestionan los vagones correspondientes para conducir la caballada. Espérase que el gobierno acceda a este deseo.

En el acto del desarme hubo escenas de franca cordialidad entre jefes y oficiales de ambos bandos. El coronel Acuña y Cicerón Marín hablaron ante las tropas blancas y coloradas de la necesidad de concluir con las guerras civiles, y con las divisas.

Señálase el caso curioso, que sólo a la casualidad puede atribuirse, de que a la división Canelones prisionera de Marín en Fray Marcos, le haya correspondido el desarmar a la división vencedora.

Reina general y franca satisfacción en ambos ejércitos por la terminación de la guerra. — *Enviado especial.*

## EL DESARME

Las divisiones de Aldama, Saavedra y Saravia  
La Comisión de Auxilios — Ferrocarril para los revolucionarios  
La vanguardia de Vázquez — Los jefes revolucionarios y el Directorio

### OTRAS NOTICIAS

(Por telégrafo)

Nuestro enviado especial nos remite el telegrama siguiente:

Nico Pérez, Octubre 14 — A LA TRIBUNA POPULAR. — Han llegado las divisiones de Aldama, Saavedra y Pancho Saravia. En estos momentos sale el coronel Acuña para proceder al desarme. Acaba de llegar la comisión de auxilios, celebrando ahora que salgo para el desarme, una conferencia con los jefes revolucionarios Juan José Muñoz, Marin, Cortinas, Trias, Cabrera y otros para acordar la mejor manera de distribuir esos recursos.

El gobierno accedió a la conducción por ferrocarril de la caballería revolucionaria. Ha llegado la vanguardia del ejército del general Vázquez.

Esta tarde debe llegar el señor Basilio Muñoz (hijo).

Heme entrevistado con los principales jefes de la revolución. Es imposible orientarse por determinadas causas y actitudes en el asunto de las negociaciones de paz.

Una vez reunidos todos los jefes, se enviará hoy mismo quizá un documento referente a los arreglos efectuados dando explicaciones al Directorio.

Este jamás fue consultado por imposibilidad material, pero todos los jefes estaban acordes en reconocer su autoridad y sólo tratar la paz *ad-referendum*. Basilio Muñoz (hijo) está muy desconceptuado en el ánimo de todo el ejército.

Se asegura que no subsistirá en la jefatura militar del partido.

Confían los jefes revolucionarios que el gobierno procederá atinadamente para mantener la paz, observando una política amplia, haciendo efectiva la libertad electoral. — *Enviado especial.*

## EL DESARME

Los últimos trámites — Rectificando noticias

De Nico Pérez por telégrafo

La entrega de dinero

Nico Pérez, 16. — A LA TRIBUNA POPULAR. — Presente. Hoy comenzó la distribución de dinero. Se da once pesos a los soldados y doce a los oficiales. La entrega se hace de presente. *Enviado especial.*

## EL CORONEL GALARZA

Nico Pérez, 16. — A LA TRIBUNA POPULAR. — Montevideo. — Acaba de llegar, a ésta el coronel Galarza. — *Enviado especial.*

## EXPLICACION DE UNA ORDEN REVOLUCIONARIA

Nico Pérez, 16. — A LA TRIBUNA POPULAR. Montevideo. — El hecho de haber sido acordado efectuar el desarme en las costas del Olimar, explica la orden enviada por Basilio Muñoz (hijo) en la tarde del día 11 a los jefes de las divisiones que acamparon en la Sierra de Sosa, mandándoles regresar al punto nombrado para entregar allí el armamento. Esta orden, como ya noticié, fue discutida por los jefes Cabrera, Marin y otros, acordándose comunicar a Muñoz la imposibilidad de contramarchar, y la ventaja de desarmarse donde se hallaban como allí se efectuó. — *Enviado especial.*

## POR LOS FUEROS DE LA VERDAD

Nico Pérez, Octubre 16. — A LA TRIBUNA POPULAR. — Montevideo. — He visto con sorpresa que ahí se dan sumas abultadas a las fuerzas que se desarmaron el jueves. Puedo garantizar que mis guarismos son exactísimos. Vuelvo a tomarlos de mi memoria diaria: división 13 —Cabrera— 450 hombres; División 8, —Marin— 275 hombres. Es verdad que estos no constituían el total de las divisiones durante la revolución, y que esos mismos elementos, muchos sin armas, se veían diseminados por la sierra, pero esos fueron los que formados en columna, desfilaron ante el coronel Acuña. De que no había 2.500 hombres lo prueban las pocas armas entregadas, siendo dos de las divisiones que más han peleado, precisamente tal vez por el quantum de tiradores que tenían. Ver para creer. — *Enviado Especial.*

## DIVISIONES PAGADAS

Nico Pérez, 16. — A LA TRIBUNA POPULAR. — Montevideo. Hoy se pagaron las divisiones de Marin, Bruno González y parte de la de Saavedra. Mañana se continuará pagando a ésta, las de Juan José Muñoz, Cabrera y otros, pues van llegando paulatinamente. La gente que ha acampado hasta ahora suma más de cinco mil hombres. El embarque se hace con todo orden. — *Enviado Especial.*

## DIVISIONES EN VIAJE — EL REPARTO DE DINERO ¡UNA SEMANA TODAVIA!

Nico Pérez, 16. — A LA TRIBUNA POPULAR. — Montevideo. Cicerón Marin embarcó su división para San José. Fue la primera división que recibió el dinero. El reparto de éste se hace muy lenta-

mente debido a la forma personal adoptada. Los soldados son llamados por lista, formando por compañías. Hay más de cuatro mil. Tardará un semana, por lo tanto, en concluirse este trámite. Los revolucionarios echan rayos y centellas contra la comisión de Montevideo.

Para evitar desórdenes la comandancia hizo impartir órdenes a la policía de cerrar los despachos de bebidas. Varias divisiones fueron licenciadas sin esperar el dinero.

Casi todos los soldados dicen no volverán a tomar las armas porque después de los sacrificios realizados en nueve meses han concluido con un vergonzoso sometimiento.

Hay entre los revolucionarios disgusto contra Ganzo Fernández. *Enviado Especial.*

## EL EJERCITO LEGAL

Nico Pérez, 17. — A LA TRIBUNA POPULAR. — Montevideo. Basilio preparáase a desarmar su división dentro de pocos días. El ejército legal arde en deseos de ser licenciado para dedicarse al trabajo. *Enviado Especial.*

## LA MUERTE DE APARICIO SARAVIA INCREDULIDAD EN EL EJERCITO FRASES DE NEPOMUCENO, DE MARIANO Y DE BASILIO MUÑOZ

Nico Pérez, 16 — A LA TRIBUNA POPULAR. — Montevideo. — La mitad de los soldados y oficiales de divisiones no creen en la muerte de Aparicio. Refirióme un oficial de la división de González haber oído a Nepomuceno decir el día en que hacían salvas a la memoria de Saravia:

“Yo no ordeno honores. ¿Qué dirían ustedes si el general apareciera dentro de veinte días?”

Basilio Muñoz, a quien le dije que no se creía entre el elemento nacionalista de Montevideo la muerte de Saravia, hechóse a reír diciendo ser eso ridículo; pero más tarde agregó: “¡Se ven, sin embargo cosas tan extraordinarias que no sería difícil que resucitara un muerto!”

Un oficial me dijo haber oído decir a Mariano Saravia: “No tiren ni quemén las armas, muchachos; tal vez pronto las necesitaremos.”

Coronel, —dijode uno— está muerto el general?

“Muerto? —dijo Mariano— en la... perra vida”. —*Enviado especial.*

## LIBERTAD DE SAAVEDRA

Nico Pérez, 16. — A LA TRIBUNA POPULAR. — Montevideo. — Saavedra fue puesto en libertad. Parece que las acusaciones formuladas en su contra no tienen consistencia. — *Enviado Especial.*

## BASILIO MUÑOZ A MONTEVIDEO

Basilio Muñoz me dijo que se embarcará para Montevideo el jueves o viernes. — *Enviado Especial.*

De "LA TRIBUNA POPULAR" — Octubre 17 de 1904 — Año XXV N° 7818.

### EL DESARME

Los últimos pagos — Disolución revolucionaria

(POR TELEGRAFO)

*Las divisiones de Muñoz y González — Libertad de Ferrer*

Nico Pérez, 17. — A LA TRIBUNA POPULAR. — Pagadas ya las divisiones de Juan José Muñoz y González marchan a sus pagos esta tarde.

Fue puesto en libertad el revolucionario Ferrer, preso por las causas que ya noticié. — *Enviado Especial.*

*La gente de Saavedra, Trias, Mariano, Nepomuceno y Pancho Saravia*

Nico Pérez, 17. — A LA TRIBUNA POPULAR. — Montevideo. Hoy han sido pagadas las divisiones de Saavedra y Trias, y restos de las de Mariano, Nepomuceno y Pancho Saravia y cuya gente, en gran parte, licencióse sin esperar el dinero. Al llegar la noche quedaba la comisión pagando la gente de Cabrera.

Saavedra despidió a su gente con un discurso lleno de conceptos patrióticos y sentidas expresiones de agradecimiento. Coniéstóle en nombre de la tropa el segundo jefe Gerónimo Sovera. — *Enviado Especial.*

*Labor terminada — El desarme de Basilio Muñoz*

Nico Pérez, 17. — A LA TRIBUNA POPULAR. — La comisión terminó la distribución de dinero. Basilio, con la vanguardia del ejército del Norte, acércase al pueblo para licenciar y desarmar a su gente. Esto se verificará el viernes o sábado próximo. — *Enviado Especial.*

*La división Maldonado — Animación en Nico Pérez*

Nico Pérez, 17. — A LA TRIBUNA POPULAR. — Embarcóse con todo orden la división Maldonado. Reinaba gran entusiasmo en la tropa. Diéronse vivas al partido y a Aparicio, etc. El pueblo tuvo hoy un día de gran animación. Los revolucionarios que habían recibido

dinero recorrían las calles y casas de comercio, empilchándose. Las calles quedaron materialmente sembradas de estrafalarias vestimentas, con las que se cubrían en el campamento. Las escenas de fraternización son tan numerosas como emocionantes. — *Enviado Especial.*

### *Regreso de revolucionarios a San José*

El ministro de Gobierno doctor Claudio Williman recibió ayer el siguiente despacho telegráfico:

San José, Octubre 17 de 1904. — A ministro de Gobierno. — Montevideo. — Comunico a vuestra excelencia que acaba de llegar a esta ciudad el convoy que conduce parte de las fuerzas de la revolución disueltas en Nico Pérez.

Saluda a vuestra excelencia — *Secundino Benítez*, jefe político.

### *La proclama de Saavedra*

Nico Pérez, 17. — A LA TRIBUNA POPULAR. — Montevideo. He obtenido copia de la proclama de Saavedra.

Dice así:

“Compañeros de causa: Os dejo mi cariño y llevo de vosotros sentimientos de admiración por vuestro valor y vuestra constancia. Nueve meses habéis seguido la bandera del partido nacional que fue confiada a vuestra custodia, y puedo asegurar lleno de orgullo que al agruparos a su sombra la habéis defendido con honradez. Esto no es nuevo para mí. Lo esperaba y en esa confianza acepté la divisa que habéis visto en mi sombrero de guerra: “Adelante”. Sí, compañeros: Adelante! Vamos a nuestros hogares a trabajar para bien de nuestras familias, para ser útiles a la sociedad y a la patria, a conservar con todas nuestras fuerzas nuestros ideales y convicciones de hombres y ciudadanos.

Os despidó con estas ideas, persuadido de que siempre estaremos juntos porque marcharemos por el sendero de los buenos partidarios y ciudadanos.

Recibid un abrazo de despedida y contad siempre con vuestro jefe y compañero de causa.” — *Enviado Especial.*

### *Aparicio y los políticos*

Nico Pérez, 17. — A LA TRIBUNA POPULAR. — Montevideo. He oído referir la siguiente anécdota, que trasmito por la oportunidad que en los actuales momentos tiene:

Encontrándose José González en un cerro, departiendo con su humor acostumbrado, dijo que los políticos eran mucho peores que las víboras de la Cruz. Y agregó: Saravia tampoco los podía ver y la primera vez que me vio, me dijo: —Coronel, a los políticos hay que hacerles lo que a las basuras de las cocinas. ¡Sabe cómo se barre una cocina?, —General, le contesté, soy viejo pero pocas cocinas he...

Pues vea: Se empuja la basura con la escoba, se amontona contra la puerta y después, de un escobazo se la echa fuera. — *Enviado Especial.*

### *Las ametralladoras Colt*

Nico Pérez, 17. — A LA TRIBUNA POPULAR. — Montevideo. Tengo entendido que se va a levantar un sumario para averiguar el paradero de las famosas ametralladoras Colt, cuya desaparición se atribuyó en un principio a Saavedra. Me consta que Zipitría dijo a los delegados del gobierno que no tenía consistencia alguna la acusación formulada contra Saavedra agregando que, en todo caso, el responsable sería el mayor Visillac, que se encuentra actualmente en Buenos Aires.

Muchos afirman que fue un oficial de Abelardo Márquez quien cargó las ametralladoras en dos cargueros de mulas y se fue con ellas. *Enviado Especial.*

### *Basilio Saravia*

Nico Pérez, 17. — A LA TRIBUNA POPULAR. — Tan pronto como Basilio Saravia licencie su gente se trasladará a Montevideo con el objeto de saludar al señor presidente de la república. *Enviado Especial.*

En LA TRIBUNA POPULAR, Montevideo, 18 de octubre de 1904, Año XXV N°7819.

## DE NICO PEREZ

Una entrevista con C. Cabrera — Quién provocó la guerra LA PAZ — Intervención Fantástica — De la minoría nacionalista Poniendo las cosas en su lugar — El Sr. Pascyro y la mayoría La cláusula de los subsidios — El ofrecimiento de los 100.000 pesos

## RELACIONES CON EL DIRECTORIO

Los servicios de A. Márquez — Apreciaciones durísimas

## LA ACTUACION DEL CORONEL LAMAS

## REVELACIONES IMPORTANTES

Nico Pérez, octubre 17. — A las 6 y 40 de la mañana porque el jefe interino de la división número 13 es de los que juegan carrera con el sol para ver quien alcanza el día primero, me entrevisté con don Carmelo L. Cabrera, cuyo prestigio y acción eminentemente práctica durante la campaña revolucionaria, es inútil pase a demostrar. Lo encontré paseándose en el escritorio de su alojamiento, con la misma vestimenta semi pueblera con que lo vi en el campamento de la sierra de Sosa: traje de americana y pantalón oscuro, botas amarillas, chambergo color torcaz y además bastón de puño de

plata. Después de manifestarle el doble objeto de mi visita, despedirme y ponerme a sus órdenes en Montevideo, y obtener algunas opiniones suyas respecto a los últimos importantes sucesos ocurridos en nuestro país, entramos de lleno en materia, y a la primer pregunta, que fué: ¿Cuál es su opinión respecto a las causas que han determinado la conclusión de la guerra y qué participación tuvo Vd. en las negociaciones de paz? —contestóme con una franqueza, que según autorizadas referencias se exterioriza siempre en él y se manifiesta en todos sus actos y de la que jamás se arrepiente.

Las causas que han precipitado la paz, no es otra que la anarquía, la profunda anarquía existente entre los jefes. Cuanto a mi actitud, fue la de un gran partidario de la paz, cuando en virtud de eso, comprendí, que a pesar de los elementos o buen pie de nuestro ejército, —cosa que usted habrá podido apreciar— continuar la campaña hubiera sido una obra criminal, que podía habernos puesto más adelante en condiciones de imponer una paz más ventajosa.

Empezaré por manifestarle, que si el partido nacional se levantó en armas, no ha sido por cuestión de jefaturas sino porque se vio agredido por el superior gobierno, que en la noche del 2 de enero del corriente, abrió ya sus hostilidades, mandando asaltar por fuerzas del 4 y 5 de caballería la casa del respetable vecino de Corrales, don Juan M. Jaureguy, a pretexto de que en ella había armas escondidas. El hecho produjo la natural indignación en el departamento y el consiguiente alboroto entre los elementos nacionalistas, y en esa fecha, recibí yo, que como usted recordará ocupaba la jefatura política, un telegrama del ministro de gobierno, con los siguientes términos: “Imponga usted a los nacionalistas de Corrales, el respeto que deben observar a las fuerzas gubernamentales.”

Luego, la guerra estalló y los sucesos se desarrollaron hasta que hemos venido a parar en la paz esta.

—¿Podría decirme, cuál fue en ésta la verdadera intervención, o la actitud de la minoría nacionalista?

—¡Ninguna! Absolutamente ninguna, ni ellos la tomaron, ni nosotros lo hubiéramos permitido, decorosamente, la tomaran ¡Ni una sola palabra hubiéramos escuchado a esos señores!

—¿Y qué papel representaron los señores Ignacio Mena, Paseyro y Rodríguez, durante su estadía en campaña, y especialmente en el ejército revolucionario?

—Le diré a Vd. Yo fui casualmente quien primero trató con ellos, por el hecho de que mi división venía a la retaguardia, cuando ellos llegaron. El señor Mena se me presentó diciéndome que él no era ni había sido nunca de la minoría, que había salido de Montevideo impulsado solamente por sus anhelos de paz, sin llevar la inspiración de ningún partido, que era oriental y solamente como oriental, se presentaba ante nosotros deseoso de cortar nuevos derramamientos de sangre. A ese título es que lo admitimos. Dijome también que él venía trayendo los anhelos de paz de la banca, el comercio, y el Centro de Ganaderos; el señor Mauricio Rodríguez pertenece a la mayoría y en cuanto al señor Paseyro ninguna participación activa tuvo. Vino como un simple acompañante y no dijo

una palabra, en lo que hizo muy bien, pues no se lo hubiéramos permitido.

—¿Estuvo entonces el señor Pascyro en el ejército de ustedes?

—Sí señor.

—En Montevideo se dudó que llegara hasta el ejército revolucionario.

—No había por qué. El señor Pascyro podía venir tranquilamente a nuestro ejército, sin temor alguno. El conoce bien a los que fueron sus correligionarios y sabe que no son cobardes. Puede ser que algún loco suelto le pegue un tiro, pero en el seno de la colectividad su vida no corría peligro, sería respetado.

—¿Es cierto que el principal objeto de la ida de esos señores al ejército nacionalista era garantizar a los jefes que no sería motivo de obstrucción en los arreglos, el monto de la cantidad que se destinara a subsidios?

—Eso hubo en realidad, porque el señor Mena, me habló principalmente de ello, ofreciéndome que el gobierno entregaría  *cien mil pesos*, y que entre la banca y el comercio, se recolectaría dinero hasta redondear una suma no menor de doscientos mil.

—¿Qué importancia tiene la no participación del directorio en las negociaciones de paz?

—Importancia, ninguna. El Directorio tenía entera confianza en todos nosotros, y sabía que no habíamos de pactar una paz indecorosa, de manera que nosotros contábamos de antemano con su unánime aprobación respecto a cuanto hiciéramos. Sin embargo, las bases y contrabases presentadas durante las negociaciones, fueronle transmitidas por telégrafo, o debieron ser transmitidas, entienda usted bien, o *debieron ser transmitidas*, quedando encargado de ello Basilio Muñoz, quien el día 22 o 23 no recuerdo exacto, nos aseguró haberlo hecho, y que esperaba la contestación. Esta no ha venido hasta la fecha.

—¿Es cierto que ustedes enviarán un documento al directorio detallando las negociaciones de paz, y dándole explicaciones por la actitud que han observado?

—Es verdad. Nosotros vamos a enviar una comunicación en este sentido, ratificando además la decidida adhesión de todo el ejército y pidiendo a las personas que componen este directorio, permanezcan en sus puestos. Ellos han cumplido en su esfera, como nosotros cumplimos en el campo de batalla.

—¿Cuál fue la importancia, real y efectiva de los servicios prestados a la revolución por el señor Abelardo Márquez, quien, si no me equivoco, fue uno de los más activos brazos de ella?

—La conducta del señor Abelardo Márquez, desde el comienzo de la guerra, y antes del comienzo de la guerra, ha sido hasta la fecha la de un traidor...

—El término es algo fuerte: ¿Me autoriza Vd. para contarlo?

—El hecho de habérselo dicho, constituye una autorización. La de un traidor a su partido en cuanto a su acción política y militar; la de un corrompido, como Inspector General de Fronteras, puesto para el que desgraciadamente lo designó el general Saravia en el mes de abril, y cuya designación hubo de ser causa de mi retiro del ejército; la de un cobarde en el campo de batalla...

—¿Tuvo real y verdadera eficacia, la incorporación del coronel Lamas, a la revolución? ¿Su actuación en ella como jefe de Estado Mayor del Ejército, respondió a las esperanzas que en su nombramiento se tenían?

—Las vinculaciones de amistad, el respeto y el cariño que tengo por la señora Mercedes Delgado de Lamas, me impiden emitir juicio franco al respecto.

—Los diversos puentes contruídos en toda la campaña ¿son obra exclusivamente suya? ¿No tuvo usted un eficaz colaborador en el señor Ganzo Fernández?

—Le explicaré la única participación que tuvo el señor Ganzo, en la cuestión puentes. Cuando se trató de hacer el de Carpintería, el general lo comisionó para contratar un ingeniero en el Brasil, y arrimar al paraje designado, la madera correspondiente, Ganzo llegó con la madera, pero sin el ingeniero. En esos días llegué yo; y emprendí la construcción del puente, siendo puesto a mis órdenes el señor Ganzo, por ser considerado como muy hábil en la tarea de estirar alambre. En esta tarea —para la construcción de cables soportes—, lo ocupé junto con tres oficiales, el capitán Cardona y los hermanos Mier... Fue todo lo que hizo —y sólo esa vez— en cuanto se refiere a la construcción de puentes.

—Volviendo, señor Cabrera, a nuestro primitivo tema, la paz, ¿cree Vd. que ésta sea duradera?

—En manos del presidente está ello. Si él hace verdad, el conciso programa que las bases de paz encierran, puede tener la seguridad de que esta vez, como en todas las épocas de su historia, el partido nacional prestará su concurso dentro de la órbita de todos los derechos y por consiguiente de las leyes patrias. Los soldados del partido nacional han depuesto las armas espontáneamente —no obligados de ninguna manera por una situación precaria, en cuanto a elementos de guerra— y es de esperarse que como un justo tributo a su patriotismo, a la abnegación —podría decirse— con que han procedido, sean respetados en las prerrogativas, y libre ejercicio de los derechos, que como ciudadanos les corresponde. Yo creo que así será, y que las hostilidades del gobierno, sólo se limiten a llamarlos *insurrectos* o cosa por el estilo, y que se usará tacto y tino suficientes como para que no sobrevengan acontecimientos graves.

Aquí, puede decirse, terminó la faz interesante de nuestra entrevista, limitándose después a parrafear sobre los inconvenientes y trabajos pasados con la comisión llegada de Montevideo, de cuyos procedimientos se encuentra plenamente satisfecho el señor Cabrera, reconociendo que si algunas dificultades hubo para ponerse de acuerdo, con la Comisión de Hacienda revolucionaria, ellas fueron puramente en cuestiones de detalle, respecto a la forma y modo como se debía hacer la distribución, aunque sobre los principales puntos estuvieron de acuerdo desde el primer momento. Advirtiome sin embargo que se estuvo a punto de rechazar el dinero, dejando que con él regresara a Montevideo la citada Comisión, pero sólo habría ocurrido esto, si hubieran extremado la nota, en ciertas exigencias de que se llegó a hablar.

\* \* \*

El señor Cabrera, partirá para Montevideo en el correr de esta semana, pero no radicará allí. Se trasladará inmediatamente a Buenos Aires, donde piensa instalarse, y entrar en funciones en un empleo que desde el principio de año se le tiene ofrecido y que estaba dispuesto para ir a desempeñar cuando lo sorprendieron los acontecimientos que pusieron en convulsión al país.

Arturo P. Visca

de "TRIBUNA POPULAR". Montevideo, 19 de octubre de 1904. Año XXV. N° 7820.

## EN NICO PEREZ

### EL EJERCITO DEL SUR — SU DISOLUCION ORDEN DE GALARZA

Ayer acampó en Nico Pérez el ejército del Sur, que a las órdenes del general Muniz, primero, y del coronel Pablo Galarza después, tan activa actuación tuvo en la reciente campaña. A las 12 a.m., comunicó el coronel Galarza a sus fuerzas, que por orden superior se iba a proceder a su disolución, embarcándose para Montevideo los cuerpos que a esta ciudad le corresponde. Después de esta comunicación dictó la siguiente orden general:

"Artículo 2°. Para ser leídas a las fuerzas que componen el ejército a mi mando a la hora de lista principal se transcribe lo siguiente:

Señores jefes, oficiales y soldados del Ejército del Sur: Después de nueve meses de una lucha tenaz y sangrienta, brilla por fin en el cielo de la patria el Iris hermoso de la paz.

A ella habéis contribuido con vuestro denuedo y sacrificio. Mucha sangre generosa se ha derramado en holocausto a las instituciones, que es la causa del glorioso partido que fundara el inmortal Rivera, y hoy que la calma renace en los espíritus... debemos anhelar que esa sangre y esos sacrificios no sean estériles si queremos verla encaminada por la senda de la prosperidad y el engrandecimiento. Para ello, para hacer feliz a la patria, a la que una desgraciada cuanto inicua insurrección llevaba a la ruina y al desquicio, es necesario que con la misma buena voluntad y ardor con que empuñasteis las armas que ella confiara para su sostén y garantía, empuñéis ahora la no menos digna del trabajo que ennoblece y dignifica y arranquen de su fecundo suelo los frutos, que, exportados al extranjero, produce en el intercambio que hace a las naciones progresistas figurar en el gran concierto de la civilización...

Al retiraros a vuestros cuarteles y hogares podéis hacerlo con la conciencia del deber cumplido. Vuestro comandante en jefe sólo tiene palabras de íntimo agradecimiento por el buen comportamiento que habéis observado y por el desinteresado contingente que le habéis prestado para que pudiera llenar el delicado cometido que el Superior Gobierno le confiara, y ese agradecimiento me tiene tan ligado a las filas del ejército que si alguna vez allá en mis horas de aislamiento, mi semblante se oscurece por una nube de tristeza, no será

debido a los sacrificios y sinsabores pasados, pero sí a los de tantos compañeros ausentes y sobre todo al sacrificio de aquellos que, en cumplimiento del deber, tuvieron por tumba nuestros campos ya históricos. A estos últimos dediquemos nuestros verdaderos recuerdos...

Al despedirme de los señores jefes y oficiales y soldados que forman el ejército que me cupo la honra de mandar como comandante en jefe, espero me acompañen a dar un viva a las instituciones, otro al glorioso partido colorado y uno al eminente ciudadano que rige los destinos de la patria, al Excmo. señor Presidente de la República."

### *Las milicias*

La Comisión de Auxilios compuesta de los señores Alvaro Guillot, Serapio del Castillo, Luis Batlle y Ordóñez y Ubaldo Ramón Guerra, llegó ya a Nico Pérez entrando casi de inmediato en funciones para hacer entrega a las divisiones departamentales el subsidio que el gobierno les ha asignado y por el cual corresponde veinticuatro pesos a cada jefe, veintidós a cada oficial y veinte por soldado.

El reparto durará dos o tres días. Las divisiones de Minas, Treinta y Tres y Rocha que serán las que primero se pagarán, saldrán a caballo para sus respectivos departamentos.

### *Proclama presidencial*

La comisión nombrada ha llevado para ser repartida en los campamentos, gran número de ejemplares de la siguiente proclama presidencial:

#### **EL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA A LOS SOLDADOS DE LAS INSTITUCIONES**

Soldados:

Termináis la guerra enaltecidos por el triunfo. Habéis ofrecido y derramado vuestra sangre con abnegación. Habéis sido fuertes, consecuentes y estusiastas. La victoria ha amojonado vuestro camino. Vuestro valor queda consagrado. Podéis enorgulleceros también de la causa que habéis sustentado. No ha sido el interés ni la pasión de un hombre o de un grupo de hombres. No os ha llevado al combate ninguna ambición injusta de predominio. Habéis defendido la majestad de las instituciones; habéis luchado por el orden y por la libertad; habéis consolidado la unidad política de la República.

Debido a vosotros, el país renace; surgen ya numerosas iniciativas de progreso; se delinean apacibles perspectivas de un porvenir tranquilo; se difunde el afán del trabajo que crea el bienestar y la prosperidad; a las horas del esfuerzo y del dolor suceden las de la esperanza. Es que la Nación confía en vosotros. Sabe que ya nadie osará perturbar sus pacíficas tareas. Sabe que tiene bravos y abnegados defensores.

Volved a las ocupaciones de la paz con la conciencia de vuestro deber. Volved con el orgullo de vuestro esfuerzo, de vuestro desinterés y de la obra que habéis realizado. Llevad también el perdurable recuerdo de los que eligió la muerte a vuestro lado. Pero no deis entrada en vuestros pechos a los odios y rencores que engendra la guerra. Los que ayer, extraviados, eran vuestros enemigos en los campos de batalla, hijos de la misma tierra, hermanos vuestros, serán mañana, devueltos al cumplimiento de sus deberes, vuestros aliados en la tarea del progreso y del engrandecimiento de la patria.

En nombre de la República os doy las gracias por los grandes intereses que habéis salvado. Montevideo, Octubre 18 de 1904. JOSE BATLLE Y ORDONEZ.

### *Galarza y Basilio*

Se espera lleguen dentro de unos días a Montevideo, los coroneles Pablo Galarza y Basilio Saravia, dos de las figuras que más se han destacado en el ejército disuelto.

### *Son blancos!!!*

Una frase tomada al vuelo en Nico Pérez y pronunciada seguramente a raíz de un comentario a una de las causas a que se atribuye la pacificación del país:

—Amigo..., hemos llegado a una situación, que convierte en mentira aquel refrán: *Ellos son blancos y se entienden!*

### *Aquí yacen... fusiles y bayonetas*

Cuando el coronel Galarza abandonó los campos de Tupambaé —donde terminó el combate, sino por falta de combatientes, por la carencia de material con que combatir— iniciando y llevando a cabo el día 24 de Junio, la brillante retirada que lo reveló bajo una faz desconocida —la de militar previsor y cauteloso desengañando a quienes lo suponían solamente hijo del arrojo y la impetuosidad— según versiones nacionalistas algunas partidas revolucionarias que fueron a merodear por el terreno que ocuparon las fuerzas legales, encontraron buen número de tumbas, sobre las cuales se erguían cruces con epitafios del siguiente estilo: A la memoria del sargento Fulano de Tal, o aquí yace el cabo Zutano.

Las cruces estaban muy cuidadosamente trabajadas, y hasta no carecían de cierto gusto artístico en su confección. La casualidad o el instinto hizo que a alguien se le ocurriera, remover una de aquellas tumbas, y con esfuerzo o sin él, desentraña lo que enterraba. Júzguese del asombro del improvisado panteólogo cuando a su vista tuvo, en vez del *cadáver muerto* que esperaba, un buen número de fusiles, bayonetas, etc. que por medida de precaución sin duda, habían sido soterradas, por las fuerzas legales.

Demás está decir, que muchas otras tumbas de *cabos* y *sargentos*, sufrieron idéntica operación.

### *Cansancio oportuno*

Es bien sabido que el ejército revolucionario, después de Masoller, por distintas circunstancias, que no debían ser muy de su agrado seguramente, hizo una entrada en territorio brasileiro, donde tuvo que pasar no escasas peripecias y luchar con no pocas dificultades para vencer o eludir los obstáculos que las autoridades brasileñas, trataban de oponerle.

Muchas fuerzas estaduais fueron enviadas a su encuentro, con la firme intención de desarmar a los revoltosos y un oficial de ellas, decía más tarde dando cuenta a unos amigos de su campaña: Nuestras marchas en busca de los revolucionarios, fueron tan rápidas como desalentadoras para ellos, si los hubieran conocido. Pero nuestro esfuerzo sucumbía desgraciadamente por una circunstancia inesperada. Al llegar a... donde se nos informó que los revolucionarios eran como cinco mil, tuvimos que detenernos... las caballadas se nos habían cansado!...

### *Tupambaé número 2*

Me decía un oficial revolucionario: Si la paz no se hubiera hecho, si la suerte del ejército se hubiera acordado decidirla en una sola batalla, no hubiera sido difícil que hubieran sido buscados de nuevo los campos de Tupambaé, para allí caer o levantarnos para siempre!

ARTURO P. VISCA

LA TRIBUNA POPULAR, 21 de octubre de 1904. Año XXV N° 7822.

### EL DESARME

#### LA DIVISION ALDAMA Y SAAVEDRA

212 fusiles, 3.636 tiros, 3 sables, 1 clarín y 1 lanza — Armas quemadas

Efectos de la pacificación — Entrega de un asesino

Prisión de Saavedra — El general Vázquez y Basilio Muñoz

Las divisiones de Cabrera y Marin — Entrega de armamento

Cordialidad partidaria — Una nota femenina

Nico Pérez, 14 (4 p.m.) — A LA TRIBUNA POPULAR. — Montevideo. — Como lo anuncié, esta mañana a las 11 efectuóse en Sierra Sosa, y ante el mayor Berreta, el desarme de la división que a su mando tenía Aldama. Constaba de 450 hombres. Estos entregaron 114 fusiles, 1 lanza, 1 clarín, 3 sables y 3004 tiros. La división cuenta con muchos caballos, se ha presentado regularmente vestida.

Saavedra quedó en el paraje denominado Valentines, enviando una carreta con el siguiente armamento: 98 fusiles y 632 cartuchos.

El general Vázquez ha recogido en el trayecto recorrido por sus fuerzas muchos fusiles arrojados por los revolucionarios tan pronto como tuvieron noticias de la contratación de la paz.

En la estancia de Camilo Rodríguez, treinta y tres revolucionarios —cifra histórica— hicieron fogones con la madera de sus fusiles, abandonando los caños entre las brasas.

Aldama entregó en calidad de preso al comandante Acuña al soldado revolucionario Angel Samandú, de la división Durazno, acusado del asesinato de un anciano de 80 años, llamado Eusebio Pintado. El hecho ocurrió en el pueblo Sarandí del Yi, el mes pasado. *Enviado Especial.*

Nico Pérez, 14. — A LA TRIBUNA POPULAR. — Montevideo. — Hállase preso por orden superior, en la comandancia militar, el jefe revolucionario Saavedra. Creo que la causa es ocultación de armas.

Llegó esta tarde a la estación el general Vázquez, siguiendo viaje para el campamento del ejército, a distancia de dos leguas sobre la cuchilla Grande.

Llegó también Basilio Muñoz, formando su cuartel general en las proximidades de Nico Pérez. El ejército lo dejó a la entrada de Sierra Sosa muy diseminado. Esto facilitará la distribución del dinero. *Enviado especial.*

#### *Disgusto con Basilio Muñoz*

Confirmando los informes de nuestro enviado especial en Nico Pérez, dice el corresponsal de un colega de la mañana:

“He conversado con oficiales nacionalistas que se manifiestan amigos de la paz, pero disgustados por la forma en que la negoció el señor Basilio Muñoz (hijo). Creen que tenían elementos para esperar y obtener condiciones mejores. La opinión general se sintetiza en esta frase: “Cuando tuvimos armas, ya no tuvimos jefe.”

Parece convicción arraigada entre los nacionalistas que Basilio Muñoz (hijo) no ha correspondido a la confianza que depositó en él el ejército revolucionario. Dicen los oficiales que al saber las condiciones de paz, algunos viejos militares se retiraron descontentos de las filas.

Confiesan los jefes nacionalistas que la muerte de Aparicio produjo profunda anarquía entre ellos, siendo ésta la causa de que no se continuara el combate en Masoller. Todos muéstranse reservados al apreciar la conducta de Basilio Muñoz.”

Ganzo Fernández, ex secretario de éste, dice que el error de Basilio Muñoz fue hacer la paz en la forma en que lo hizo sin consultar con los jefes. Agrega que cuando el conoció las bases le dijo al general: “¡Pero esto no se lo aceptará ningún jefe!” Muñoz optó, entonces, por reservar los términos del pacto. Esto explica la actitud del ejército nacionalista.

Muchos al conocer las bases, pretendieron rechazarlas. Otros han falseado el cumplimiento de ellas ocultando armas. Otros han preferido arrojarlas o quemarlas. Dos de las cuatro ametralladoras han desaparecido; son las del sistema Colt.”

\* \* \*

Nico Pérez 15 (8 a. m.) -- A LA TRIBUNA POPULAR. — La causa que según informes que tengo, ha decidido la prisión de Saavedra, son ciertas declaraciones de Basilio Muñoz respecto de ocultación de dos ametralladoras Colt hecha por aquél. Parece que las referidas piczas se encontraban en un coche que aquél ocupaba y que ha desaparecido. — *Enviado especial.*

### *¿Vandalismo?*

Según telegrama de Nico Pérez, el miércoles aparecieron cerca de Las Pavas cinco cadáveres y fue asaltada una casa de comercio.

Antenoche cerca de Nico Pérez apareció degollado un soldado del ejército de Vázquez.

### *La distribución del dinero*

Se tienen noticias ya de la forma en que se hará la distribución del dinero. Los delegados nacionalistas, señores Juan José Muñoz, Carmelo Cabrera, Rafael Zipitría, Miguel Cortinas y Felipe Sosa, conferenciaron ayer con los delegados del gobierno.

El wagon en que se hallan los cien mil pesos destinados al reparto, está guardado por un piquete y por centinelas de la división Rocha.

Los delegados nacionalistas han facilitado la solución de pequeñas dificultades, señalándose en el curso de los debates por su espíritu conciliador Juan José Muñoz y Rafael Zipitría. Se ha acordado que las divisiones se trasladen a Nico Pérez para ser pagadas allí, solicitando los jefes revolucionarios se pida al gobierno el más pronto envío de convoyes para apresurar la remisión de la gente licenciada. Firmóse el acta de constatación de las bases concertadas y del procedimiento a observarse en el pago.

### *(Por correo)*

Nico Pérez, 14. — Señor director de LA TRIBUNA POPULAR. Señor director: Según telegrafíe ayer, efectuóse por la tarde en la Sierra de Sosa, el desarme de las divisiones 8 y 13, mandadas la primera por Cicerón Marín, y la segunda, por Carmelo L. Cabrera, que reemplazó en el cargo, después de Masoller, a Guillermo García. A recibirse del armamento, había salido de Nico Pérez, el coronel Cándido Acuña, jefe de la división de Canelones acompañado por los coroneles Peirán y Melo, Sargento mayor Tomás Berreta y capitán Neves, secretario de la Comandancia Militar, y oficiales Inocencio Ramos, Vázquez, Félix Acuña, Viera, Oscar Berreta, Juan Peirán, Lemos, Díaz Echemendy, una escolta de 100 hombres y el capitán-practicante de la división, Francisco A. Doglioti, que constituyó la nota original, y a veces cómica de la expedición lanzándose a desafiar las asperezas de la sierra en bicicleta, contra todas las leyes de la naturaleza y de la lógica, que le dieron en gran trecho, la poco agradable tarea de convertirse de conducido en conductor.

A la 1 y 30 de la tarde, en una explanada del campamento de la división Cabrera, se aprestó todo para comenzar el desarme. Se desplegó la escolta, formando el ala frente al sitio que debían desfilar los revolucionarios, y el coronel Acuña, acompañado del mayor de las fuerzas nacionalistas, Félix Pompilio Barrios, en representación de Cabrera, comenzó a recibir el armamento.

Inició el desfile el 1er. comando de la división, a las órdenes del mayor Laborde. Un remington *hizo punta* y poco a poco a sus costados, fueron amontonados máuser, carabinas, Dateaus, etc. que cada uno de sus poseedores iba dejando, acompañado de una acariiciadora mirada de despedida y más de una vez, de hondo suspiro, surgido de pecho curtido y bronceado, pero en cuyo fondo, latía más fuerte que de lo acostumbrado, el músculo de la sensibilidad.

Cuando estuvo desarmada la división, quedó un hacinamiento de fusiles, de varios centenares de lanzas y una rara mezcla de cananas y proveedoras, con el sello de la industria nacional revolucionaria, en las que se juntaban los últimos miles de cartuchos que Masoller no llegó a concluir.

A las 2 y 40 de la tarde no quedaba armado un solo hombre de la división 13, una de las más aguerridas del ejército nacionalista, y la que más recio fuego sufriera en la batalla de Masoller. Pasamos al campamento de Cicerón Marín, y allí el propio veterano de tanta contienda civil, hizo desfilar sus maragatos, que entregaron 157 fusiles y 5513 tiros, la mayoría de los primeros sistema Máuser, y con *olor* la mayoría a Fray Marcos, pues fue la división de Marín la que llevó la mayor parte de brega en esa acción y a la que le cupo en suerte hacer el mayor número de prisioneros.

En cada una de las entregas, se labraron actas duplicadas, del tenor siguiente:

En la Sierra de Sosa a trece de Octubre de 1904, se procedió al desarme de la división núm. 13 del ejército revolucionario efectuándola el coronel don Cándido Acuña autorizado al efecto por el excelentísimo señor Presidente de la República y mayor don Félix Pompilio Barrios en representación de su jefe don Carmelo L. Cabrera, constando dicho armamento de doscientas noventa y ocho armas, entre fusiles y carabinas, catorce mil quinientos ocho tiros, un sable, una bayoneta, dos lanzas y una trompa. Además se ha recibido como parque de la división una carreta y ocho carros con la dotación de buyes correspondientes. — *Cándido Acuña - Félix Pompilio Barrios.*

\* \* \*

*Segunda acta.* — En la Sierra de Sosa a los trece días del mes de Octubre de mil novecientos cuatro, se procedió al desarme de la división número 8 del ejército revolucionario efectuándolo el coronel don Cándido Acuña autorizado al efecto por S.E. el Señor Presidente de la República, y coronel Cicerón Marín jefe de la expresada división, constando dicho armamento de *ciento cincuenta y siete armas* entre fusiles y carabinas; cinco mil quinientos trece tiros, y dos bayonetas.

Se ha recibido también como parque de la división un carro.

Además se han recibido trece armas y ciento veinte y dos tiros correspondientes a la división núm. 4 de don Juan José Muñoz. *Cándido Acuña - Cicerón Marín.*

\* \* \*

No hubo una nota discordante en toda la ceremonia del desarme, por lo que a los hombres corresponde. Sólo se oían expresiones de condenación para las guerras civiles, y el tradicional: ¡Todos somos hermanos! surgía de los labios de casi todos.

Cicerón Marín alternaba cordialmente con su viejo y ex prisionero el coronel Manuel Acuña; y *ambos a dos* buscan en sus frases sencillas de buenos paisanos, los mejores conceptos para la glorificación de la paz y el trabajo, mientras un tierno cordero puesto al asador, hasta que quedó a punto y que el coronel Marín ofreció como plato único de improvisado banquete de confraternidad.

\* \* \*

He dicho más arriba: *por que a los hombres corresponde*, refiriéndome a la buena armonía y cordialidad que reina y que reinó en el desarme, y debo explicarlo. El acto no fue sólo presenciado por elemento barbudo: Hubo señoritas en él. Y fue una bella *nico perense* (?) — una morocha muy *blanca* por vocación y por efecto de no pequeña cantidad de polvos más o menos Roget y Gallet— quien encontrando que aquello debía ser deprimente para sus correligionarios, creyó de su deber hacerlo saber así al mismo Marín, a quien con un apretón de manos y alterada voz, dijo no sin cierto tonillo imperativo: Adiós! Y a ver si para otra vez, no hacen este papel, si se portan mejor!...

Y quedó muy ancha.

Hubo sonrisas, cuchicheos, etc.

Arturo P. Visca  
*Enviado especial*

de "LA TRIBUNA POPULAR". Montevideo, 15 de octubre de 1904. Año XXV  
núm. 7816.

## ULTIMO MOMENTO

Las divisiones de Cabrera y Marín — Su desarme

A última hora recibimos el siguiente telegrama de nuestro enviado especial:

Nico Pérez, Octubre 13. — A LA TRIBUNA POPULAR. — Montevideo. — En este momento los coroneles Acuña, Peiran, comandantes Melo, García, mayor Berreta y escolta de cien hombres, salen para sierra Sosa a proceder al desarme de las divisiones de Cabrera y Marín. — *Enviado Especial.*

de "LA TRIBUNA POPULAR" Montevideo, 13 de octubre de 1904. Año XXV  
Nº 7814.

## DESDE NICO PEREZ

El ejército revolucionario      Su marcha  
Reportaje a Juan José Muñoz      Un triunvirato inútil  
Las últimas escaramuzas      Las primeras noticias de paz  
Incredulidad general      Conducta de Basilio Muñoz  
Dos paces. La de Basilio y la del ejército — Relaciones con el Directorio  
Una propuesta de Joao Francisco — Desarme en el Olimar  
Lo de Masoller      La muerte de Saravia y la conclusión de la guerra

### Por correo

Nico Pérez, Octubre 15 de 1904. — Sr. director de LA TRIBUNA POPULAR: Nadie puede darse exacta cuenta, sino viéndolo de la manera rara y difícil, en que los revolucionarios han hecho las marchas y los elementos heterogéneos de que se ha echado mano para ellas. Caballos, yeguas, petizos, potrillos, burros, mulas, y... bueyes y vacas.

Después que entraron en la sierra de la Aurora, ya las últimas etapas de la revolución, faltos de caballos, y con los pocos que quedaban, transidos y arruinados, convertidos en verdaderos esqueletos andantes, las marchas se hicieron tan difíciles como dolorosas. Parte marchaba a pie con el recado al hombro; otros ancando malos jamelgos, que apenas podían con sus huesos y las monturas que se les ponían en los lomos. Entonces no faltó quien encontró buena la idea de hacer acémilas de los bueyes y vacas que se iban alzando por el camino, y como todo invento es susceptible de reforma, esta vino pronto. Se les convirtió en cabalgadura. Se enyuntaban los cornúpedos, se le forma una orejera y tanta maña se daban sus poseedores que en pocos días obedecían los bueyes a la orejera como un caballo a las riendas. Y así, muchos hicieron jornadas y más jornadas.

### Las vestimentas

El estado del ejército, en cuanto a vestimenta es malo, pero de todas las divisiones que he visto, las de Cabrera y Marín —como ya lo he dicho— es desastroso. Aquello es el *acabóse* en materia de prendas de vestir, y su aspecto, por lo desconsolador impone. No han llegado a la desnudez absoluta con la tradicional hoja de parra, tapa-rabo o cosa parecida, por puro pudor y por el frío. Todo lo que esa gente ha encontrado de lana, algodón, peletería, etc., en piezas o en trozos, ha sido aprovechado, y sin embargo, las carnes desnudas han tenido que desafiar la lluvia y los vientos, curtiéndose las pieles hasta tomar colores que hacían dudar de la raza originaria de quienes las mostraban.

—Y esto no es de ahora; es de mucho tiempo atrás. En Santa Rosa, donde los revolucionarios de café, plaza Independencia y otros lugares que están muy lejos de las campiñas desoladas, decían que habían sido desembarcados *veinte mil* ponchos, sólo se repartieron

de estas prendas cantidades equivalentes a un veinte por ciento de los hombres que componían el ejército, y las provisiones por otros puntos fueron tan escasas, que muy pocas veces se contó con ellas. Los que durante las travesías por la república lograban acercarse a sus pagos, conseguían empilcharse algo, y andar bien aviados por algún tiempo, pero los que no, tenían que esperar la poco agradable perspectiva del carcheo en los días de combate... si no les iba mal. Los de los departamentos muy al Sur, Sureste y Suroeste, han sido quienes más han sufrido, por la causa arriba expresada y por eso las divisiones de Marín y Cabrera son de las más castigadas, pues pertenecen a la primera gente de San José y Canelones, y a la segunda de Flores, Colonia, Florida y Soriano, etc., departamentos que —el primero especialmente—, no eran visitados desde muchos meses atrás.

Los uniformes argentinos son los que predominan. Un buen porcentaje de tropa y oficialidad lo usa, quien completo, quien sólo pantalón o chaquetilla más o menos en buen estado. Las bombachas son rurales, y los chiripás son por lo general, hechos con... con todo! La división Marín, verbigracia, parece que hubiera saqueado el más estrafalario de los bric-a-brac que rodean el Mercado Central. De todo he visto en ella: capotes de Hull, camisas de mujer con cartera, elegantes americanas de lona, capote de todas las edades y especies y en todos los grados de *descomposición* imaginables; restos de zapatos, botas, zapatillas de mil y una formas, clase y color, ponchos, frazadas, toallas, gorras, boinas, etc., etc. Las camisas y los calzoncillos son artículos de lujo, desconocidos en los campamentos.

Agréguese a esta mezcolanza tan rara, unas melenas a lo chamaco y barbas a lo... insurrecto, y se supondrá el imponente aspecto de esas tropas, que en aras del ideal partidario u homenaje a los odios tradicionales, se ha sostenido con tan singular tesón durante meses y meses en lucha abierta con la adversidad y con la naturaleza.

Y sin embargo, la alegría no es extraña en los campamentos, y como una nota de amarga ironía, la he visto retozar en la generalidad de los rostros, y hacer sus manifestaciones en las carpas o al abrigo de las rocas que se yerguen en las cumbres o se inclinan, cual si fueran a derrumbarse, en las pendientes.

### Pampillón

--¿Dónde está Pampillón?— pregunté a más de cien revolucionarios, entre jefes, oficiales y tropas. ¿Se incorporó a Vds.? Todas las respuestas fueron negativas y lo que es más, todos ignoraban su paradero, y hasta hubo jefe que, abriendo mucho los ojos me dijo: ¿Pero Pampillón pasó? ¿Está en la república?

Sólo una voz me dijo que debía encontrarse *matreriando* en los montes del Yí. Los demás, nada. Los más caracterizados jefes de la revolución están a oscuras respecto de la vida y milagros del zarandeado caudillo maragato. Sólo por tardías referencias conocían su pasaje.

La mayoría, entre los simples soldados principalmente considera a Pampillón perdido por la causa nacionalista, afirmando que su actuación de enero acá lo ha *suicidado* ante la opinión de sus correligionarios.

—Es un perniquebrado político, oí decir.

*Con Juan José Muñoz*

*La paz de Basilio — La paz del ejército.*

En la posada Giménez, al cabo de la calle que aquí llaman *Central*, encontré a Juan José Muñoz, el prestigioso jefe de la división Maldonado, que tan activa parte tomó durante la guerra, y cuyo nombre sonaba siempre que de horas de peligro, momentos de angustia o de lucha para la revolución, se hablaba en Montevideo. Harto conocida es su fisonomía para que la describa, y puedo decir que los rigores de la campaña en nada han alterado su físico, como creo que en nada ha variado su temple moral. Conocedor de la misión que a su alojamiento me llevaba, el señor Muñoz entró de lleno al asunto, con una buena voluntad y galantería generalmente extraña en las personas de algún valimiento cuando de interviews periódicas se trata.

No queriendo cansarlo con el relato de una narración circunstanciada de su actuación y de la de los demás jefes revolucionarios, en los sucesos y negociaciones que dieron por resultado la conclusión de la guerra de la manera y forma en que se ha hecho, le rogué me trazara a grandes rasgos los sucesos ocurridos después de Masoller. Comenzó a relatar de la siguiente manera:

“Herido el general en el anochecer del día 1º, se me nombró generalísimo del ejército al día siguiente; pero no considerando mis hombros lo suficientemente robustos como para cargar con tan grave peso, presenté a las pocas horas de mi nombramiento voluntaria renuncia de tan elevado cargo, explicando a mis compañeros mi resolución por esa causa. Aceptada ésta, se acordó la formación de un triunvirato, y se llevó a cabo, constituyéndolo el coronel González, Basilio Muñoz (hijo) y yo. La acción o eficacia de este triunvirato fue casi nula, pues nunca llegó a funcionar de una manera eficiente, y su autoridad puede decirse era ficticia. Fue una medida tomada por fórmula, pero sin resultado positivo, y en vista de ello, y para dar al ejército una dirección firme, una cabeza dirigente, se nombró generalísimo a Basilio. Entre tanto, durante esos días el ejército que había abandonado los campos de Masoller, se movía. El 2 marchamos hacia Sepulturas, llegando en el día, y el 3 de madrugada salimos hacia Cuchilla Negra, y al día siguiente descendimos por el Abra de Méndez hasta las puntas de Tacuarembó. El día 8, Galarza, que venía en nuestra persecución, dio alcance en Platón a nuestras retaguardias, mandadas por González y Fernández, este último jefe de la división Florida. Nos tiroteamos fuerte, en retirada. A eso de las dos de la tarde, mientras atravesábamos la vía férrea, fuerzas salidas de Rivera en ferrocarril

intentaron cortarnos el ejército, por la retaguardia, para coparnos el parque, que era custodiado por Trias, González y mi división. Los flanqueamos; y los tiramos lejos, rechazándolos hasta Rivera, haciéndoles prisionero al capitán González Garin, y tomándoles 4.000 tiros. Rechazadas esas fuerzas, que creo las mandaba el comandante Bachini, seguimos ya libremente pasando el paso Serpa, el 9 de mañana, todo el ejército. Continuamos avanzando sin novedad hasta Punta Corrales, donde nos alcanzaron Vicente Ponce de León y el doctor Cabello, de boca de quienes oímos las primeras noticias de arreglos, armisticio, etc. Encontré bueno esto último, y aconsejé aprovechar una tregua para organizar las fuerzas que venían muy deshechas y caídas después de Masoller.

Se continuó marchando, hasta tanto no se arribara a nada, y pasamos por Carpintería y el Espantoso, y el 17 fuimos a acampar en el Minuano, quedando el general en contacto con Basilio Saravia. El día 24 tuvimos las primeras noticias de haberse celebrado la paz, pero no era noticia oficial, sino un simple rumor, llegado al campamento.

En esto nadie creyó, pues nada se sabía, ni nada había sido comunicado. Basilio había procedido por su cuenta, por sí y ante sí, creyéndose sin duda con autoridad suficiente para proceder personalmente o tener de antemano el asentimiento de los demás jefes. Esta fue la primer paz que se hizo.

—De modo que hubo una segunda? —pregunté—, ¿dos paces?

—Si señor. La primera, que se pudo llamar *la paz de Basilio* y la que firmamos ahora nosotros que es *la paz del ejército*. Basilio, que había aceptado de lleno las bases del gobierno, nos citó para darnos cuenta de sus negociaciones. El 25 nos reunimos todos los jefes en Bella Vista. Allí, en esa reunión, tal vez Basilio no tuvo valor para darnos cuenta de que había aceptado ya las primeras bases, y nos pidió expusiéramos las ampliaciones que creyéramos convenientes a la fórmula de pacificación por él ya conocida. Para el efecto fue nombrada una comisión de la que formé parte, con Luis Alberto de Herrera y Bernardo Berro, y presentamos las ampliaciones solicitadas. Las nuevas bases contenían, la reforma de la Constitución, garantías reales y efectivas en las elecciones, reforma en el ejército, etc.

—¿Y fueron comunicadas al directorio?

—No señor. Al directorio no se le comunicó nada por la imposibilidad material de hacerlo. Se nos dijo que no le llegaban las comunicaciones...

—¿Estaban ustedes en disidencia con él?

—Todo lo contrario: ningún motivo de queja teníamos; pero ya le digo, no le dimos intervención por la *imposibilidad material* de hacerlo. Sin embargo, todos los jefes hicieron constar que nada proponíamos ni firmábamos sino *ad-referendum* en el entendido de que en su tiempo se le daría cuenta al directorio y tenían la plena fe de que éste no desaprobaba nada de lo que hiciéramos, y tengo entendido que en estos días se debe redactar una comunicación por la cual se le darán las debidas explicaciones, pues nosotros no podemos prescindir de él, puesto que constituye la autoridad del partido.

Volviendo a la paz. El 26 de setiembre tuvimos una nueva reunión en la que entregamos las bases ampliadas, y ellas fueron mandadas desde lo de Pintos por Basilio. Después... el 2 de Octubre se resolvió aceptar la paz, con las bases que ya son conocidas, porque la paz había que hacerla. El ejército no tenía jefe...

—¿Y Basilio Muñoz?

—El ejército no tiene jefe y todos optamos por la paz, en bien del partido.

—¿Es cierto que fue propuesto el coronel Morosini para suceder a Saravia?

—Sí, eso hubo.

—¿Es cierto que esa proposición fue hecha por Juan Francisco en una reunión de jefes que él solicitó?

—Es cierto, Juan Francisco nos habló de eso, pero creo que no tenía mayor consistencia. Se trataba quizá con ello de retemplar el espíritu de la tropa, de sacudir energías...

—¿Cree usted que esta paz sea duradera?

—Sí, siempre que se nos respete, y se respete lo pactado. En la buena política, en el acierto del gobierno estriba ello.

—¿Usted desarmó su gente en el Olimar?

—En el Olimar. Allí entregamos la artillería y el parque, haciendo el día 10, en memoria del general Saravia, una salva de 21 cañonazos, a la salida del sol; descargas de fusilería por división, y otra salva de cañón a la entrada del sol.

—¿Y cómo les fue en Masoller?

—Bien. El día 1º quedamos en el campo victoriosos.

—¿Y hubieran triunfado si atacan el día 2º?

—Seguramente.

—¿Es verdad que Saravia les transmitió la orden de hacerlo, por boca de Joao Francisco?

—Es verdad.

—¿Y cómo no lo hicieron?

—Pues... La pérdida del general había abatido a los jefes, y nadie quiso llevar la responsabilidad. Hubo vacilaciones, y se resolvió marchar y nos retiramos.

—¿Cree usted entonces que fue la muerte de Saravia la causa esencial de la conclusión de la guerra?

—¡Ah! Claro... ya no hubo cabeza...

La llegada de varios jefes, para acordar la entrevista a celebrarse con la comisión de Auxilios, me obligó a dejar el campo, llevando el sentimiento de no poder continuar mi agradable charla con el ex jefe de la división Maldonado, pues tenía el convencimiento de que aún quedaban algunos puntos que aclarar...

### *La pérdida de Saravia*

La misma pregunta que al señor Juan José Muñoz:

—¿Cree usted que fue la muerte de Saravia la causa de que la guerra concluyera?, la he hecho a casi todos los jefes de la revolución, a gran número de sus oficiales, a infinidad de soldados,

y siempre la respuesta ha sido afirmativa. He oído opiniones muy radicales y otras moderadas, pero todas concluyentes en ese sentido.

—Era el único jefe de la revolución, se nos llegó a decir, en un raptó de exaltación.

—Saravia no hubiera triunfado, pero, con los elementos que había logrado reunir, hubiera hecho *una gran paz*. Su propósito no era pelear, sino vadear el Río Negro, avanzar hacia el centro de la república, y allí tratar de paz porque era un gran partidario de ella.

Y sin embargo, he encontrado quienes, en el ejército, dudan de que *el general haya muerto!*

Arturo P. Visca  
Enviado especial

En "LA TRIBUNA POPULAR". 16 de octubre de 1904. Año XXV - Núm. 7817.

### DESDE NICO PEREZ

La distribución del dinero — Disidencias entre las comisiones  
Contrariedad de los revolucionarios — Las causas  
¿Rechazo de dinero? — Dos telegramas

Nuestro enviado especial en Nico Pérez nos remite los siguientes telegramas:

Nico Pérez, 15 (12 y 20 p. m.). — A LA TRIBUNA POPULAR. — Nada se ha resuelto respecto a la distribución de dinero hasta esta hora.

La comisión de hacienda de los revolucionarios celebró con la comisión de auxilio dos reuniones ayer tarde y anoche, sin poder acordar la forma y el lugar de pago. Volverán a reunirse hoy, esperando obviar los inconvenientes. La demora tiene disgustados a la tropa y a los jefes que están deseosos de licenciarse por la pérdida inútil de tiempo. — *Enviado Especial.*

Nico Pérez, 15 (a las 12 y 20 p. m.). — A LA TRIBUNA POPULAR. — Montevideo. — Los inconvenientes surgidos en las comisiones de distribución de dinero, consisten en que pretenden los comisionados del gobierno hacer entrega real y efectiva por soldados, manera que no creen conveniente los jefes revolucionarios por estar incompletas las divisiones y considerarla vejatoria, pues propusieron se les entregara por división a cada jefe. En la nueva reunión irán los revolucionarios dispuestos a rechazar el dinero. — *Enviado Especial.*

de "LA TRIBUNA POPULAR". (octubre 15 de 1904). Año XXV - Núm. 7816.

### DESDE NICO PEREZ

Una tarde serrana — Hacia el ejército nacionalista  
Los comandantes Cortinas y Marín — Entrevista con Carmelo Cabrera  
Recuerdos de la campaña — Quién construía los puentes  
La batalla de Masoller — Insistiendo en la victoria

Un telegrama del general Vázquez — La muerte de Saravia y la paz  
Declaraciones del mayor Moreira — En la carpa de Basilio Muñoz (h)  
Esperanza risueña — Por qué se hizo la paz  
La lucha del futuro — Reconquista de posiciones perdidas

(Por correo) — (Recibida con retraso)

Nico Pérez, Octubre 12 de 1904. — Señor director de LA TRIBUNA POPULAR. — Señor director: Aprovechando una salida del secretario de la Comandancia Militar, sargento mayor Tomás Berreta, quien llevaba una misión especial ante los jefes de las fuerzas revolucionarias acampadas a pocas leguas de aquí, entre las quebradas y rocosidades de la sierra de Sosa, he salido, por fin, del pueblo, deseoso de ver ese ejército cuya inesperada aproximación no dejó de causar sus trastornos, según expliqué en mi anterior.

Eran las 2 y 30 de la tarde, cuando en compañía del jefe nombrado, del enviado de "El Tiempo", señor Enrique Crosa, dos oficiales de las fuerzas aquí destacadas, y llevando como vaqueano al mayor nacionalista don Alejo B. Moreira, de la división Marín, hicimos rumbo hacia las prominencias que rodean a Nico Pérez, y tras de las cuales debíamos encontrar a las avanzadas de las divisiones revolucionarias. Hacía tiempo bueno por primera vez desde mi llegada. El sol, de quien ya casi no tenía el recuerdo, asomaba su faz algo paliducha, entre espesas y blancuzcas nubes, que el viento de la sierra llevaba y traía como si hiciera juegos malabares con ellas.

El tan cantado astro rey parecía tímido y con vergüenza, y entre la nubosa decoración nos *vichaba* receloso, como milico que ha faltado varios días a la lista. Pero su presencia era alegradora, bajo las caricias de sus débiles rayos, hacíamos galopar nuestras cabalgaduras. Marchamos casi una hora, en plena sierra y a nuestro paso, entre quebradas y valles, iban apareciendo algunos rasgos —no los más terribles— de la cruenta guerra que nuestro desgraciado suelo acaba de soportar: las patas de nuestros caballos se enredaban entre los alambres esparcidos por el suelo, restos de cercos que las necesidades de las marchas habían hecho destruir: nuestra vista encontraba amenudo, entre las asperezas del camino esqueletos de infelices rocines, a los cuales la muerte, por lo común compañera de la fatiga, había ido a sorprender entre la sierra, dejándolos allí tendidos conservando hasta lo último la más gráfica expresión del aplastamiento: las cuatro patas casi juntas y la cabeza caída con el hocico a pocos decímetros de los vasos; diseminados entre los cerros, algunas reducidas tropillas, mostraban humildemente sus escuálidas estructuras, tan destruidas y tan flácidas que no pude menos que pensar en la pintoresca descripción que nos hace Dumas, del famoso jamelgo amarillo del gallardo D'Artagnan. La presencia de las caballadas, era anuncio seguro de la proximidad del ejército revolucionario, y en efecto, a poco fuimos divisando surgidas de entre las rocas, las estropeadas —duro es el término, pero no encuentro otro que mejor cuadre— siluetas de algunos soldados nacionalistas. La campaña había hecho sentir en sus vestimentas de una manera ruda y cruel su acción destructora

dejándoles el aspecto —a muchos de ellos— cuyas carnes se resguardaban de las inclemencias del tiempo, por secciones, imperfectamente. La primer carpa que encontramos fue en la división Marín, y pertenecía al comandante Domingo Cortinas, que la habitaba en compañía de un hijo suyo, Ismael, una de las intelectualidades de la sociedad maragata, joven que ha sabido encontrar en el correr de la campaña, los paréntesis necesarios, para dar curso a sus aficiones literarias, dejando el arma en su *lugar de descanso*, para esgrimir el lápiz y anotar en su diario ideas y sensaciones. Seguimos viaje —gratamente impresionados por la cordial acogida del comandante Cortinas— en quien la cultura y buenas maneras trascendía a pesar de la vestimenta gauchesca que lo cubría— y en dos galopadas llegamos a una cumbre, tras la cual mirando al Norte, había plantado su carpa, el jefe interino de la 13 división revolucionaria, Carmelo L. Cabrera. Una banderola negra, gastada y rota, flameaba acariciada por las brisas serranas. Afectuoso salió a recibirnos el famoso volador de puentes, *el hombre explosivo* de todas las últimas revoluciones, uno de los brazos más enérgicos y también más útiles del ejército en la reciente campaña.

Vestía bien, casi traje pueblera, y tras una corta entrevista con el mayor Berreta —en la que se trató de la manera más rápida y fácil del desarme de las divisiones en esos parajes diseminadas— vino a formar rueda al pie de la carpa, donde entre sorbo y sorbo del amargo mate, nos habla de la guerra y de la paz, de los males de la primera y de los beneficios de la segunda; pero no pudimos encontrar en su mirada o en su gesto algo que nos revelara el pleno sometimiento de su espíritu agitador y bélico, a las quietudes de la paz en momentos que más ancho campo encontraba para sus belicosas expansiones. Sin embargo, yo iba en conocimiento de que era uno de los jefes que con más tesón sostuvo las gestiones de paz que se iniciaron ante ellos.

Nuestra conversación siguió generalizada, sin demorar sobre ningún punto, dando nosotros referencias de la ciudad lejana, y recibiendo en cambio breves notas y comentarios de la campaña terminada. En eso estábamos cuando *vino a caer* entre la rueda un hombre ya anciano, de espesa cabellera y poblada barba blanca, de simpático rostro, frente y mirada despejada y cuyo exterior revelaba al paisano en su clásica vestimenta, era el jefe de la división San José, coronel nacionalista don Cicerón Marín. Llegaba a la reunión mandado buscar por Cabrera para ponerse de acuerdo sobre el tema que acababa de resolverse con el mayor Berreta: el desarme.

Oída la opinión de Marín, *levantamos campo* y seguimos nuestra peregrinación por la sierra dejando a los dos jefes mano a mano, junto al asta de la negra banderola que flameaba siempre en la punta deshilachada y rota.

Seguimos encontrando a nuestro paso los signos palpables de la destrucción y ruina que la guerra originara, y estrafalarías figuras que aparecían un momento entre las piedras y luego desaparecían, como si las sierras se las tragan. La tarde comenzaba a declinar, el sol ya no lucía ante nuestra vista, ocultado por las nubes y la melancolía nos hubiera invadido, si nuestro baqueano, el sargento

mayor revolucionario Alejo R. Moreira, no nos hubiera entretenido con el relato siguiente, venido al caso tras unas breves referencias *al hombre explosivo*, a Cabrera.

—Es hombre que ha prestado muchos servicios al ejército... tan pronto volaba un puente al gobierno, como construía otro para el ejército.

—¿Cómo, pregunté, hacía puentes también?

—¡Cómo no! Todos los hizo él.

—¿Todos? Y los que hizo Ganzo Fernández?

—¡Si Ganzo Fernández nunca hizo un puente! Lo más fue preparar materiales para que otros lo hicieran.

—Se tenía entendido que él era el constructor oficial del ejército. En Montevideo y Buenos Aires goza fama de eso.

—No, amigo. Nunca, puede decirse, estuvo en la revolución. Casi siempre estaba en Bagé... En el ejército se le veía poco. Además, una tarde, Cabrera se encolerizó seriamente con él.

—¿Cómo?

—Acababa de hacer el puente de Carpintería, y ponderaba su construcción, uno de los jefes de nuestra división, diciendo que por ello había que felicitar a Cabrera, cuando Ganzo insinuó la afirmación de que el puente lo había hecho él. Cuadró la casualidad que el propio Cabrera pasara por allí y lo oyera. Dio vuelta el hombre y se expresó en términos durísimos, costando trabajo evitar que tradujera sus apóstrofes en hechos... Hasta echó mano al revólver y si no es por mí, quizás ocurre una desgracia.

A este punto llegaba el narrador cuando enfrenta uno a la carpa del comandante Miguel Cortinas, y ante una tan galante como insistente invitación, echamos pie a tierra, ganando bajo la lona para ampararnos del viento, que cada vez se hacía más frío y más cortante. Cuando salimos de allí, entre mil datos dispersos, que *se entreveraban* en mi mente, llevaba la siguiente relación que de Masoller y sus consecuencias, nos hiciera el dueño de la carpa.

—La batalla del día 1º, no debió tener lugar. El propósito del general ese día no era más que hacer gastar munición al enemigo, y pelearlo el 2, pero un avance demasiado arriesgado del general García, que fue el primero que entró en pelea, con orden de tomar un cerro, y que se pasó al patio, quedando en mala situación, pues lo agarraron entre tres fuegos, determinó la batalla. Hubo que mandar las divisiones para que se sostuviera y el combate quedó desde ese momento formalizado. Se peleó fuerte y bien, hasta caer la tarde. A esa hora llegamos nosotros al campo.

Venían marchando, sorprendidos de que se estuviera trabando combate, y el general, desde una altura, empezó a gritarnos que avanzáramos. Así lo hicimos. El enemigo estaba cerca, y cuando pasamos al lado del general, éste estaría a unos treinta o cuarenta metros del fuego enemigo, acompañado de su hijo Mauro y su ayudante Ponce de León.

—Retírese, general —le gritó con su modo peculiar, el coronel Marin—. ¿Qué hace aquí? ¿Está buscando que lo maten? ¡Mándese mudar! Se retiró el general, pero fue para acercarse a la línea de fuego de Nepomuceno, y allí, a los pocos minutos, lo hirieron. Llegó la

noche y cesó el fuego. La gente durmió sin saber en su mayoría la desgracia. Nosotros quedábamos en nuestras posiciones, y al otro día Juan Francisco reunió a los jefes y les transmitió la orden de Saravia de atacar al enemigo, que la victoria era segura. Más de la mitad de nuestro ejército no había peleado, y teníamos municiones abundantes.

—¿Y el general Vázquez?

—Estaba mal. Veo lo que mandaba decir al presidente, en un telegrama que lo tomamos en Tranqueras, y cuyo original tiene Basilio. Y nos enseñó un telegrama concebido en estos términos:

*“Puntas del Arapey, Setiembre 1º de 1904.— Peleamos a 3000 hombres en Masoller. Nos tomaron tres veces posiciones. Tengo muchísimas bajas. Municiones agotadas. Si enemigo ataca mañana tendré que retirarme. — VAZQUEZ.”*

—¿Y por qué no atacaron?

—Nos faltaba el general. Nadie quería hacerse cargo del ejército. Los jefes vacilaron, y se emprendió la marcha... Desde ese momento, la paz puede decirse que empezó a hacerse. La bala que hirió al general fue la que la inició, porque si el general no cae, nosotros hubiéramos vencido a Vázquez, y seguido el avance hacia el centro del país, y la paz se habría hecho, pero de otra manera.

\* \* \*

Nico Pérez, Octubre 14 de 1904. — A la hora en que el sol calentaba con más fuerza los pedregosos campos de este bendito pueblo —fríos como la nieve en los días de invierno, ardiente como el corazón de una criolla en el verano— llegué a la carpa de Basilio Muñoz (hijo) —*Basilio* como ya lo llamaban sus soldados— situada entre las primeras rocas de la Sierra de Sosa, con la entrada mirando al Este Nord Este, hacia Cerro Largo, los pagos de sus amores. Llevaba como guía y *presentador* *oficioso* uno de sus más jóvenes ayudantes, Guillermo Amespil, e iba conducido por un flete parejero que el famoso Pampillón, en sus apurados gambeteos, dejó entre las fuerzas legales, y que la amabilidad del mayor Tomás Berreta me proporcionó para el viaje.

Bajo la soleada lona, tendido en su modesta cama campera, encontré al sucesor de Aparicio y con una afabilidad que no desmiente su carácter franco y abierto, que tanto prestigio y adhesión le han hecho conquistar entre sus subalternos. Se entró de lleno a una conversación amistosa, que si por determinadas circunstancias no tuvo real y verdadero carácter de *interview* no careció de pasajes de interés para ser apuntados por el lápiz de un periodista.

Hablamos poco de la guerra y algo de la paz, y entre sus manifestaciones reveló desde el pimer momento el generalísimo, que ella se había producido, forzada por las circunstancias, necesaria y fatalmente; no cabía otra cosa después de Masoller, si se quería salvar los últimos principios de civilización, las últimas energías que aún quedaban al país.

—Fui —dijo— a la primer entrevista con Basilio, convencido de que ella debía y había de hacerse, y me aparté de Basilio convencido también de que la paz estaba hecha. Y ya ve usted, hecha está.

— Es cierto —dije—, pero en dos series.

—¿Cómo en dos series?

—Porque a la que se está festejando, la llaman la *segunda paz*, en virtud del fracaso de sus primeras gestiones.

—¿Pero si nunca hubo fracaso! Las gestiones sufrieron sus demoras y atrasos, debido a las dificultades naturales de los medios de comunicación, pero desde el primer día que se iniciaron, tuvieron éxito. Si algunos jefes se apartaron de ellas, marchando por su cuenta, en los rumbos que se les antojara, ello no puede constituir causa de fracaso. Esos jefes, al apartarse del ejército, perdían su derecho, se colocaban, puede decirse, fuera de la ley, y si a pesar de ello decidí consultarlos, fue para evitar escisiones graves, para no dejar otra revolución en campaña, para hacer obra buena, para que la pacificación la aceptaran todos, como la aceptaron cuando la reflexión y la sensatez se hicieron oír.

—¿Y el armisticio?

—Nunca lo hubo; jamás se celebró. Fue un simple acuerdo verbal que celebré con Galarza, conviniendo el cese de las hostilidades para evitar cualquier choque de consecuencias fatales. Si nuestras fuerzas se hubieran vuelto a encontrar en campo de pelea, todo se hubiera perdido. La guerra habría seguido entonces inevitablemente, y de manera desastrosa, pues toda idea de arreglo habría sucumbido en un ambiente de destrucción, de exterminio, en el que habría desaparecido quizá para siempre la fortaleza de uno de los dos partidos. Para evitar esos choques, y aún hasta el más pequeño tiroteo, fue que abandoné Aceguá, tratando de poner una regular distancia entre mi ejército y el de Galarza, pero lo hice en la creencia de que éste continuaría también la marcha detrás mío. No pudo ser así, porque se había quedado a pie, y yo seguí avanzando hasta el Paso de las Pavas, en el Olimar, donde me volvió a alcanzar Galarza, y donde se efectuó el desarme. Algunas divisiones que habían bandeado el Olimar siguieron marcha, y esas fueron las que hubo que desarmar aquí.

Ahora que estos hechos se han producido, que la acción material ha terminado, una nueva campaña tenemos que emprender. El partido ha realizado una protesta armada en la que ha probado que su valer es indiscutible, por su fuerza y sus proporciones; se ha derramado mucha sangre, se ha derrochado mucho valor. La lucha por las armas ha terminado; la lucha en otros terrenos debe comenzar, y comenzará seguramente con más vigor y más empuje que nunca.

El partido ha demostrado ser fuerte en la guerra; ahora tiene que demostrar su consistencia en la paz, y si todas las fuerzas y voluntades se unan, si todos concurren con su acción a la obra común, las conquistas del partido nacional serán más considerables de lo que se suponen. Si hemos perdido posiciones, por la razón y el libre ejercicio de nuestro derecho, hemos de reconquistarlas y en mayor número de las que pudiéramos materialmente haber perdido.

Y al decir esto sonreían los labios del “generalísimo” con sonrisa de esperanza y brillaban sus ojos con fulgores de triunfo, como

si sus palabras le trajeran a la mente un plan quizás madurado en la tienda de campaña, y dispuesto a ser llevado a la práctica en las mesas electorales, en el parlamento, en todos los sitios donde debe triunfar la razón y el derecho, abatiendo la fuerza y desalojando la arbitrariedad.

Animado por esas risueñas esperanzas, lo dejé en su modesta carpa de lona que el sol caldeaba y el viento norte sacudía hasta inspirar temor por la seguridad de sus puntales.

\* \* \*

Anocheía cuando llegamos a Nico Pérez, bien saneados los pulmones por el aire de la sierra y deseosos de ganar el comedor *del hotel* y la reparadora cama más tarde.

.....  
Que es lo que voy a hacer ahora.

*Arturo P. Visca*

(LA TRIBUNA POPULAR — Montevideo, octubre de 1904 — Año XXV N° 7818)

## RECUERDOS DE LA REVOLUCION

Notas de un curioso — En la guerra y después de la guerra  
Tiros sueltos — Bueyes trotadores

—Que la guerra ha costado miles de vidas de hombres es un hecho que sólo mentarlo parece ridículo; de que ella también en su destructor desarrollo ha concluido con una cantidad *jamás conocida*, de los acostumbrados elementos de traslación en nuestra campaña, tampoco es un misterio, pero por si respecto a esto último hay alguien que no se de cuenta exacta de sus proporciones, aquí va un detalle: la diligencia rápida que hace la carrera entre Melo y Nico Pérez tuvo época en que *hizo la carrera* arrastrada por yuntas de bueyes!

### *Emigración de Mariano*

He oído decir que Mariano Saravia va a *levantar campamento* de sus pagos, y a ese respecto tengo la siguiente versión de labios de uno de los oficiales más distinguidos de la división de Saavedra. En uno de los días en que los jefes se reunían para tratar la paz, halláronse reunidos Basilio Muñoz hijo, Mariano Saravia y Abelardo Márquez, y el primero, dirigiéndose al segundo le dijo:

—Mariano, tengo que hablarte a solas.

—Puedes hacerlo —contestó el interpelado—, delante de Abelardo, porque lo que tú me digas a solas, yo se lo voy a decir lo mismo a él.

—Pues bien. Acabo de hablar con Basilisio, y me ha recomendado te diga trates de arrendar tus campos y haciendas, y emigres del departamento.

—No ve, no ve! —contestó Mariano Saravia, con voz y gesto alterados— a lo que hemos llegado, que ya ni en mis pagos puedo estar garantido!...

### *Contadores*

—Los señores encargados de contar el dinero para distribuir entre los revolucionarios, debieron haber llevado a cabo su cometido hostigados por un gran apuro, o sumamente impresionados, a juzgar por lo que me dijo el “coronel” Saavedra: “Yo, y todos mis oficiales, quedamos sin cobrar. Venían los paquetes incompletos, faltando en algunos hasta quince reales!”

El hecho de haberse quedado Saavedra y sus oficiales sin recibir lo que les correspondía obedece a que ellos sacrificaron lo que les correspondía para cubrir en lo posible esas diferencias entre los soldados.

### *Gastos revolucionarios*

—Si las armas entregadas por los revolucionarios no han alcanzado a la cantidad que muchos esperaban, fuera de los motivos ya conocidos: deserciones, quemazones, abandono, etc., hay otros. Muchos *insurrectos*, encariñados con el arma que durante meses le sirvió de compañera inseparable, especialmente en las horas de peligro, han querido conservarla como una reliquia, y para el efecto, según algunas versiones y conversaciones aisladas que he oído, valiéronse de una estratagema que a casi todos les dio resultado. En los momentos del desarme disimulábanla cuidadosamente bajo el poncho —los que lo tenían— y pasaban así ante los encargados de recibir el armamento, a quienes contestaban con un ¡no! rotundo, a la pregunta: ¿usted no tiene arma?

### *Infancia belicosa*

—Confirmando aquella noticia que días antes de Fray Marcos dio “El Día” y en la cual se demostraba que el ejército revolucionario, se componía de chiquilines montados en potrillos, puedo decir que de los que con más gallardía entregaron el arma, en la Sierra de Sosa, fueron 3 chiquillos de la división Cabrera —muy menudos, muy guapos, según referencias—, y muy entusiastas, pero chiquilines al fin, que a las siguientes preguntas dieron también las siguientes contestaciones:

—¿Cómo te llamas?

—Anatildo Dubroca.

—De dónde eres?

—De Dolores.

—¿Qué edad tienes?

—Quince años.

A las mismas preguntas contestaron dos más: José Pintos, de Valentín Grande, Salto. Quince años. y Federico Vera de Nico Pérez. Catorce años.

### *Un epitafio... valiente*

De entre las cosas curiosas que de sus peregrinaciones por el Brasil me narró uno de los jefes nacionalistas cuya palabra es de insospechable veracidad, no puedo menos de referir lo siguiente, que si bien nada tiene que ver con la reciente guerra, es digna de conocerse, pues ella constituye uno de los rasgos más típicos del carácter brasileño, y de la mucha estima en que ellos tienen el aparecer siempre valerosos. Se trata de un epitafio grabado en la lápida de uno de los *apartamentos* de un cementerio cercano a Caty. Dice el letrero: "Aquí yace D. Fulano, de tal, y tal, y tal y tal y Machado, morto na rua Ouvidor, em Río Janeiro. Morreu sem testigos, mais consta que morreu como um valente!"

Táblcau, tres veces!

### *Balazos célebres*

Balazos célebres entre la gente revolucionaria: al joven Mena, hijo del señor Antonio Mena, muerto en Masoller, una bala le atravesó la cabeza, de parte a parte, a un centímetro de las sienes. El balazo fue recio, pero la vitalidad del joven Mena debe ser mucho más recia aún, porque lo he visto *sano* y *salvo*, pasear su casi gigantesca humanidad, por el pueblo de Nico Pérez y sus alrededores.

A un señor Miraballe, una bala, en Tupambaé, le entró por la frente y le salió por la nuca. Curó, causando la natural admiración a quienes estaban en conocimiento del hecho. Más tarde, creo que en Masoller, la desgracia fue más certera. Otra bala le penetró por la nuca, y le salió por el ojo izquierdo. Murió.

\* \* \*

Cuando Mena cayó herido lo fue en Paso del Parque, su señor padre a quien se le dio inmediato aviso, concurrió a su lado, y al ver la gravedad de la herida, dijo a varios compañeros que lo rodeaban:

—Déjenlo! no hay nada que hacer!

Pero el herido, que escuchó estas palabras, no fue del mismo parecer, y no pudiendo hacer uso de la palabra, levantó el brazo derecho y con un dedo hizo señas de que no estaba conforme con la opinión vertida. Esta fue su salvación, pues inmediatamente fue levantado, y conducido a lugar donde se le prestaron los debidos auxilios, tan eficaces que ocho días después se paseaba tranquilamente por el campamento.

*Arturo P. Visca*

de "LA TRIBUNA POPULAR — Montevideo, 20 de octubre de 1904 —  
Año XXV. — Núm. 7821.





Itacumbú (Dpto. de Artigas). Helada caída en la noche del 10 de Junio, (1897)

## RECUERDOS DE LA REVOLUCION

En la guerra y después de la guerra — Notas de un curioso  
Tiros sueltos — Hambre y desquite

De las penurias, sufrimientos, privaciones y otras yerbas, que la gente revolucionaria tuvo que soportar durante su pasaje por la sierra de la Aurora, en sus marchas después de Masoller, sólo ellos conocen la intensidad y sólo ellos pueden narrarlos, con el colorido suficiente, como para que el lector pueda tener una visión siquiera, de lo que fue la realidad. El hambre, es natural, entró a formar entre las plagas que los azotara. Los estómagos *habían sido declarados en huelga*, condenados a forzosa e implacable continencia; a una obligada abstención, parecida —*en su ramo*— a la que a sus correligionarios, respecto a cuestiones electorales aconsejaron hace algunos años los hombres más conspicuos del Partido Nacional.

Pero el impensado mandamiento: *No comerás*, que la necesidad —con verdadera cara de hereje— les había dictado e impuesto, fue al fin *revocado* por esa misma señora en otra de sus múltiples manifestaciones: la de mantenerse fuertes —lo más posible— para continuar las marchas y atender a las contingencias bélicas, que el mañana les pudiera preparar aún. Se había soportado, todo lo dignamente posible, la ausencia de vacunos y de ovinos, y salvado el honor... gastronómico, se apeló a la especie asnal sacrificándose buena parte —no toda— de los burros de la revolución, es decir, de los que los revolucionarios que pudieron hacerlo se apropiaron en distintos parajes, para suplir la falta de caballos.

Pero como todo tiene su compensación o su premio en este mundo, y para probar una vez más que nuestro país es el país de lo vice-versa... a la época de escasez egipciaca sobrevino una abundancia casi jaujana.

El vice-versa estilo faraónico se produjo. Las siete vacas gordas, vinieron después de las siete vacas flacas, de que nos habla la historia sagrada.

Cuando las primeras divisiones de revolucionarios llegaron a la Sierra de Sosa, —en vísperas del desarme— unas inocentes majadas ajenas por cierto... a las hambrientas intenciones de los desarrapados y desarropados huéspedes, fueron el pavo de la boda... *insurrecta*.

La carneada fue *jefe* y las pilas de cueros todavía frescos, que los días 12 y 13 contemplé, me dieron idea de su magnitud, y de las ganas que *a lo gordo* se tenía entre los carneadores se dará cuenta exacta el lector por el siguiente detalle: En un solo fogón donde *prosiaban* siete revolucionarios, otras tantas ovejas se asaban lentamente, ya algunas de ellas con anchas marcas de los cuchillos y la voracidad de sus poseedores.

### *Las últimas de Belén*

El Capitán Francisco Belén —*el niño Panchito*, como se le llamó en un tiempo— fue víctima de una veleidad quijotesca tan propia de los hombres de coraje, que unen a esta condición la audacia.

Quizo conseguir él, casi solo, lo que la batalla de Masoller —donde entraron en línea miles de hombres— produjo: la desaparición de Aparicio Saravia. Preparó un golpe a la tienda de “el general”, y momentos antes de intentar llevarlo a cabo le dio gusto a la lengua, haciendo en una pulpería apreciaciones pesimistas sobre la duración del prestigio —y creo que hasta de la vida— del jefe supremo de las fuerzas *insurrectas*.

La fortuna no lo ayudó, y una tumba fue el premio que la adversidad deparara a su audaz empresa.

Cuando *entró en acción*, el cazador resultó cazado. En la sola compañía de un indiecito, bravo como ají cumbarí, se vio impelido a luchar cuerpo a cuerpo con elementos a las órdenes del *general* que él, en su bélico extravío, soñó copar, y llevárselo en ancas, fuera de los campos dominados por sus fuerzas, atado de pies y manos como una odalisca robada por violencia a las quietudes del harem. En esos arduos momentos —en que varios sables intentaban achurrarlo despiadadamente— tuvo Belén la noción clara del peligro a que casi inconscientemente había ido, y pensó entonces, que podía ser el hombre a quien pensaba perder, el áncora de su salvación y las últimas energías que le quedaban, las empleó en defender el bulto naturalmente, y en prorrumpir en exclamaciones de este tenor:

—¡Ah compañeros, si estuviera el general aquí, no me dejaría matar!

El *general* no estaba *allí*, y lo mataron, pero hasta allí llegaban las sonoridades de unas estentóreas carcajadas —únicas en el ejército revolucionario— que un hombre, a caballo, y con un quitasol en la mano derecha, lanzaba a los callados ámbitos desde una media cuadra escasa del sitio del suceso, que dijera un cronista policial.

### *A pedradas!...*

El ínclito Julio Barrios —de cuyas hazañas por el Norte se ha tenido noticia en oportunidad, pero que jamás, seguramente habrá rendido cuenta exacta de ellas, ante quien corresponde— preparó una de sus acostumbradas emboscadas, en la sierra de la Aurora, el día 17 de marzo.

Colocó sus fuerzas —unos quinientos hombres— abarcando una gran extensión, y diseminados en grupos de a veinte, parapetados entre las rocas, sin orden ni distinción, como los *atenienses* aquellos, a que se hacía referencia en una crónica, con motivo de una reciente fiesta decadentista.

Fuerzas revolucionarias, de la división Durazno, fueron las que entraron en pelea con las huestes de Barrios, que hacían un incesante fuego a discreción desde las excelentes posiciones que ocupaban. El combate se trabó pronto recio y fiero, y avanzando entre un círculo de tiradores, los revolucionarios, se lanzaron a desalojar a sus enemigos, con esa audacia y valor y desprecio al peligro, tan característico de los nacidos en tierra uruguaya.

En su avance, llegaron los *insurrectos nacionalistas*, hasta entretenerse con los *insurrectos legales* de Barrios, y... me decía el jefe

de los atacantes, señor Prudencio Soria, llegó el momento en que las armas largas fueron abandonadas por inútiles, para apelar al revólver a la bayoneta y... hasta las piedras, dando el ejemplo de lo último uno de mis ayudantes, el joven Salvador Olivera, quien en esos momentos encontró en tan primitivo medio ofensivo, un gran recurso para combatir al enemigo!...

Arturo P. Visca

(LA TRIBUNA POPULAR. — 22 de octubre de 1904. — Montevideo, Año XXV, N° 7823).

## EL GESTO DE BASILIO

### La fuerza y el pensamiento

La acción de la fuerza material ha terminado; debemos pues, dejarla de lado, y aprovecharnos para futuras conquistas, de lo que como fuerza moral somos y valemos. (*Palabras de Basilio Muñoz (hijo), en su carpa de la Sierra de Sosa, en la tarde del día 15 del corriente*).

Hay circunstancias en que la fuerza material llega a primar sobre el derecho, ahoga la razón y mata el intelecto y es cuando esa fuerza la ejerce la arbitrariedad o la tiranía, y cuando al derecho lo definden la debilidad o la pobreza de espíritu. Hay circunstancias en cambio, en que la fuerza material —y aquí evoco uno de los cambios de ideas más simpáticos de mi reciente excursión a Nico Pérez— constituida por la masa que acciona, reconoce la voluntad y el imperio del intelecto, ejecuta sus órdenes, y aunque en su fuero interno crea ver resentidas a veces sus energías, obedece a la minoría que sabe y marcha fiada en el *quantum* de fuerza moral que de ella emana.

Como consecuencia de las diversas impresiones que en el análisis *sobre el terreno* de los sucesos que trajeron por resultado la terminación de la guerra, he hecho, he venido a formar la segunda opinión. En esa forma se me presenta el *caso de Basilio* y el ejército nacionalista. La fuerza colectiva y esencialmente material de este último, impregnada de ansias guerreras creyéndose fuerte por el conjunto, por la cantidad, aceptó, y llevó a la práctica, el pensamiento de Basilio Muñoz, pensamiento *pacista*, contrario al temperamento de la masa.

El pensamiento dominó a la materia, y la materia obedeció sus mandatos, sus designios, sin protesta violenta. *Basilio* dijo: *La paz se impone: las circunstancias la prescriben*, y el ejército, que *corcobeó* al recibir por primera vez el latigazo de tal cambio de frente, aceptó y acató la voz del jefe, cabeza de la minoría intelectual que lo dirigía y que lo mandaba deponer las armas, como había mandado esgrimir las, confiada, no en la mansedumbre absoluta de los mandados, sino en la fuerza moral que de ella —de la minoría intelectual— emergía. Como principio filosófico, es uno de los más bellos ejemplos el gesto de *Basilio* y demás jefes firmantes de la paz que impusieron, por la sola acción de la fuerza moral que representaban, su pensamiento a la masa rebelde, donde estaba encarnada la fuerza material.

Los que miraban los toros desde la barrera, así como los que no comprendieron a *Basilio* —y entre estos, gran número de los elementos que formaban la masa dominada— buscaron en su repertorio de vocablos hiriente, los más duros para calificar su gesto. Vieron a bulto y a bulto juzgaron. Vieron al ejército revolucionario fuerte por su número y no entraron a considerar si era también fuerte por su situación; vieron a *Basilio*, jefe supremo de ese ejército, *armado como nunca*, y su actitud pacificadora, cuando creyeron que la acción guerrera debía de determinar la contienda, les irritó sacudiendo la generalidad de los espíritus, tan accesibles a las turbulencias como refractarios a la meditación y a la calma. Se falló sin juzgar, accidente muy común en los pleitos populares. Pocos comprendieron que *Basilio* era hombre de las circunstancias, y que las circunstancias se le impusieron con marcado rigor, porque a su vez ellos lo habían impuesto, levantándolo hasta la cima del pedestal de la jefatura del ejército revolucionario; se esperaba sin detenerse a considerar si fuera de las condiciones personales *estaba en condiciones* de hacerlo, que relevaría a Aparicio, y más de uno, en el calor de los primeros entusiasmos, le atribuyó *ciertas cualidades* que lo hacían superior a éste. Y en realidad, quizá las tuviera y las tenga, pero no era Aparicio Saravia, —no era el “tornillo de cohesión” de que ya con mucho acierto habló un periodista *hoy* argentino— no era hombre que aunaba todos los esfuerzos, todas las voluntades, alrededor de cuya personalidad se deponían todos los odios y prevenciones del ejército, y a quién todos seguían por sincero cariño unos, por temor otros, por conveniencia los de más allá; no era Aparicio Saravia, ni tenía tiempo para hacerse tal, y, —hombre de más alto vuelo quizá, en su modo de pensar, de más claras vistas para darse cuenta perfecta de una situación, conocer el mal y acertar el remedio, — que las demás cabezas de la revolución,— tuvo la visión inmediata de la *verdadera realidad*, comprendió la necesidad de adoptar la guerra o la paz, pero sin términos medios, y guiado por un principio de civilización y humanidad, sin duda, y fue primero hacia la paz, en la perfecta convicción de que ella la imponían los acontecimientos, la carencia de cohesión —probabilidad de ineficacia por lo tanto— de los elementos de fuerza que él tenía a su mando, y porque —y esto lo aceptó muy principalmente— aunque la paz de hoy fuera parca en ventajas, vendría plétórica de halagüeñas promesas para su partido en no lejano porvenir.

Aceptó en principio —como jefe supremo del ejército— todas las responsabilidades que el pacto de paz significaba, como hubiera aceptado todas las responsabilidades de la guerra, porque no son condiciones de valor y energía las que se le pueden negar al jefe de la división en quien más rudamente se cebó la reciente campaña, pero ¿fue *Basilio* Muñoz el primero o el único que tuvo, casi a raíz de Masoller, la percepción de que la paz se imponía o era necesario buscarla, por lo menos? Si se ha de dar crédito a una versión muy generalizada en las filas revolucionarias —sin distinción de categorías— el señor Juan José Muñoz, apenas presentaba su renuncia de “generalísimo”, el día 2 de Setiembre envió un telegrama al señor Manuel Artagaveytia, indicándole la conveniencia de entrar en negociaciones de paz, pues en esos momentos el terreno era favorable para ellas; el jefe del

Estado Mayor, coronel Gregorio Lamas, y el jefe de la división Flores, don José González, son así mismo indicados como de los que más pronto y fácilmente se mostraron accesibles a la idea de la paz, y ésta pronto hizo carne hasta concluir por aceptarla todos —o casi todos por lo menos. Paz —o tratado de pacificación, mejor dicho— indecorosa? No, seguramente. No por los señores nacionalistas —cabe el reconocerlo en primer término— pues quienes la firmaron, no hubieran entrado por ella si con menoscabo de su decoro y de sus antecedentes, se la hubieran impuesto. Es que —y esto debiera ser un freno para ciertos criterios extraviados, para ciertos censores en quienes no cabe la simplicísima idea de que el no saber debe traer por consecuencia el callar— es que, decía, la razón triunfó de ellos, en virtud de los principios de que he hablado al comienzo de estas líneas, y vino el convencimiento de que la paz —mejor que la guerra a *ou trance*— se imponía, en virtud también de algo grave, muy grave, que ocurría en el ejército, y podía, en breve tiempo, minar su organismo, y agotar su vitalidad aparente. De otra manera, no es admisible que las principales cabezas del ejército revolucionario hubieran aceptado un pacto de paz, que estaba en sus manos rechazar, así como estaba en sus manos despojar de su investidura de “generalísimo” a quien había insinuado su aceptación, si lo hubieran creído capaz de fraguar algo contrario al decoro y a la dignidad del partido a que pertenecen. La misma autoridad en virtud de la cual se expidieron el 3 de Setiembre, mantenían el 25 del mismo mes.

La paz se ha hecho, la cabeza de la minoría directiva del ejército la aceptó desde el primer momento; la minoría la aceptaba también después y la masa dirigida —la fuerza material— se avino a ella más tarde, confiada, vuelvo a decirlo, en el pensamiento de quienes la dirigían. El hecho está consumado, y los señores nacionalistas, —principalmente aquellos que más fácil rienda dan a la diatriba desmembradora— deben hacer hoy práctica de estas palabras que en hora de franqueza me dijo el que en reemplazo de Saravia fue nombrado generalísimo del ejército revolucionario:

*La acción de la fuerza material ha terminado: debemos pues dejarla de lado y aprovecharnos para futuras conquistas, de lo que como fuerza moral somos y valemos.*

Es lo que corresponde. La era de recriminaciones, —que parecía haber comenzado con la terminación de la guerra— debe morir *non nata*, que en el interés de los que forman y sostienen el partido nacional, está ello.

Y terminaré diciendo: Es de suponer, que los que con motivo de los acontecimientos que determinaron la pacificación del país, tuvieron la entereza de usar para alguien la palabra *traidor* mantengan esa entereza para cuando la suerte les ofrezca oportunidad de pedir al traidor, personalmente, detallada cuenta de su traición.

Arturo P. Visca

en “LA TRIBUNA POPULAR”

Montevideo, 25 de octubre de 1904. Año XXV. Núm. 7826.

## CARTA A TOMAS BERRETA

Montevideo, octubre 11 de 1944.

Sr.

Tomás Berreta

PRESENTE.—

Mi querido y viejo amigo:

CORDIAES SAUDAÇOES!... Hace cuarenta años — casi una vida! — el 11 de octubre de 1904 — un joven periodista, largo, delgado y esmirriado; miope y de abundante pelambre rubia, tomaba en la Estación Central, el tren local Montevideo - Nico Pérez en viaje a éste, punto terminal de la línea.

Día sombrío y lloviznoso, como rezago primaveral de un invierno cruel y llovedor, cual fue el de ese año. De un par de semanas atrás el país cursaba las postrimerías de una sangrienta guerra civil con más de nueve meses de angustiosa duración. Momentos, en esa fecha, de incertidumbre popular a pesar de los anuncios oficiales.

La paz estaba hecha!... La paz no estaba hecha!... Las proposiciones de Basilio estaban aceptadas por el gobierno, y las de éste, a su vez las aceptaba el "Generalísimo" del ejército revolucionario. Pero la mayoría de los jefes *se sentaban* ante la fórmula Basilio - Batlle — y Nepomuceno — viva encarnación de la tendencia *saravista* pura, después de la turbulenta sesión en lo de Lucas, se había arrancado con *lista propia* abandonando el local en son de airada protesta, rumbo a Mazangano.

Momentos de inquietud; que agravaban *versiones ciertas* de que Aparicio no había muerto y que la revolución seguiría, o resurgiría... Con el resurgimiento, naturalmente, del "no fallecido" caudillo nacionalista. La paz sin embargo estaba oficialmente hecha y el desarme —dentro de las estipulaciones tratadas— debía realizarse en el todavía pueblo de Nico Pérez, o en las inmediaciones de La Ternera, si las transidas caballadas de los revolucionarios y las continuas lluvias, impidieran el allegamiento a aquella localidad recién nombrada. Tal era el itinerario que en su mente llevaba el joven periodista rubio y esmirriado, en esos momentos viajero del tren local Montevideo - Nico Pérez, con extensión complementaria hasta La Ternera o más allá.

---

El tren bufando con densas espiraciones de humo acre, repechaba lomas, o en galope holgado, aceleraba su marcha en el alivio de los llanos o en planos inclinados descendentes, mientras la llovizna iba poniendo una pátina lacrimosa en los vidrios del wagón-salón desierto casi, de pasajeros. Desierto *casi*, porque a media mañana, el azar banal de una ventanilla abierta y resfriante puso al periodista viajero con el único compañero de viaje que llenaba otro de los bancos del semi-desierto wagón-salón. Y ese otro viajero era el

Dr. Alfredo Castellanos — uno de los pocos puntales sobrevivientes del efímero Partido Constitucional, periodista de *autre fois*, de lucha y garra, que tuvo sus últimos vislumbres de tal, al frente del diario *LA CONSTITUCION*, en los últimos tramos de la presidencia de D. Juan Idiarte Borda, — fines de 1896 — ya sobre los azarosos días de la pre-revolución, que culminó con la invasión “Lamas-Saravia” en Marzo de 1897.

Más tarde, ya en coloquio de “*viejos conocidos de una hora*”, y en mesa común del “wagón-restaurant”, hablaron el periodista en *poniente*, el veterano que vivía del recuerdo en su voluntario retiro, y el periodista en *naciente*, que iniciaba su vida de tal, en plena actividad profesional y que en vez de la vida recordativa, vivía en la ilusión y en la esperanza de un porvenir auspicioso y lisonjero que lo llevara a ser *algo* en el mundo... Pasajeras, fugaces percepciones que la realidad supo esfumar con su implacable desdén por los jóvenes soñadores sin básica reciedumbre para el éxito...

Tejieron, sobre temas del momento el periodista de ayer y el de ese instante, una conversación de comentarios generales, cuyo motivo inicial fué el mal tiempo, para derivar de inmediato y de lleno al de los acontecimientos del año y de la hora, la revolución pasada; la incertidumbre latente, y la paz de hecho y de derecho, reconocida como cierta para ambos interlocutores.

—La guerra no me sacó de Montevideo — dijo el periodista en funciones — pero la paz me lleva a Nico Pérez y tal vez más allá, a La Ternerera, o a quien sabe a donde. Pero a donde haya que ir iré, en cumplimiento de la misión que me lleva, si puedo conseguir caballo, o cualquier otro medio de traslación seguro y efectivo.

El periodista en funciones dió entonces a conocer *su misión*: la de Enviado Especial de un diario metropolitano, con severo encargo de un eficaz diligenciamiento para transmitir la más completa información sobre el próximo desarme, interviws a los jefes desarmados y notas sobre la bélica jarana recién terminada.

—En Nico Pérez, encontrará usted a la División al mando del Coronel Acuña — manifestó el periodista de otrora — y sus movimientos le indicarán con precisión el lugar del desarme, pues al Coronel Acuña tocará la tarea de organizar la ceremonia de la entrega y recepción de armas.

Y agregó:

—Conoce usted a D. Tomás Berreta?

—No!

—Es el secretario y Mayor-Ayudante del Coronel Acuña. Es amigo mío. Hombre mozo, atento y servicial, su relación para sus tareas periodísticas puede serle muy útil. Voy a darle una tarjeta de presentación.

Y, sobre el pucho la escupida, o sobre la mesita del wagón-comedor, la albura de la cartulina y sobre esta el garrapateo de unas líneas con expresivas, aunque lacónicas frases de salutación y presentación.

—Tome —dijo el Dr. Castellanos textualmente (lo recuerdo como si fuera ayer) — no deje de verlo y darle esta tarjeta. Sabe ser amigo y lo va a servir bien!

El joven esmirriado y rubio, el periodista en funciones — que era el mismo que hoy — *cuarenta años después* — escribe estas líneas y hasta tiene el atrevimiento de firmarlas — recibió la diminuta credencial, y antes de las *cuarenta horas* de recibida ya pudo confirmar “sobre el terreno” que las palabras del Dr. Castellanos no eran vanas, ni sus aseveraciones “de hombre mozo, servicial y buen amigo”, con referencia a D. Tomás Berreta, tampoco eran ilusorias, ni dichas en el aire.

---

Al caer de la tarde, y al caer de una obstinada llovizna, que adelantaba el crepúsculo de esa tarde del 11 de Octubre de 1904, dejaba yo la estación de Nico Pérez, rumbo al pueblo del mismo nombre distante una veintena de cuabras, transportado en un modo de break, lentamente conducido por una yunta de flácidos jamelgos.

Una hora después — ya instalado en el Hotel Sarasola — pieza Nº 5 — reconocido lo que de inmediato debía de ser el campo de operaciones periodísticas y en compañía de un buen amigo, el Coronel José Luis Gómez — Juez de Instrucción Militar, destacado “en comisión” en la localidad nicoperence, me allegué a las “*oficinas*” del Estado Mayor de la División Canelones, instaladas en varias piezas, al frente del hotel. Minutos después, alguien nos puso en su presencia y reforzada la presentación “por tarjeta” del Dr. Castellanos con la “personal y directa” del Coronel Gómez, nos dimos usted y yo el primer apretón de manos, que fué, permítame el simil, *la piedra fundamental* de una amistad y mutua simpatía, mantenidas luego inalterables a través de cuatro décadas hasta el día de hoy... Por espacio de cuarenta años — casi una vida! — en cuyo curso el azar de diversos acontecimientos en el orden político, policial, administrativo, o simplemente “humano”, nos puso en contacto y a veces en “acción” y siempre — en nuestros ocasionales encuentros — animados recíprocamente — Ud. y yo — por el calor emocional y augural de aquel primer estrechamiento de manos que nos dimos en Nico Pérez en un sombrío atardecer del mes de Octubre de 1904...

Así nos conocimos — usted y yo — mi estimado Don Tomás, esa tarde — *y así nos seguimos conociendo ahora y siempre* “más allá de los años”, por sobre todos los acontecimientos producidos en el inquieto ambiente de nuestro buen terruño. Y espero que aun nos seguiremos conociendo así, por otros cuarenta años más!...

Digo más arriba que antes de las cuarenta horas de recibida la tarjeta-credencial del Dr. Castellanos, iba yo a poder confirmar que no eran vanas las palabras de éste, ni sus aseveraciones “hombre mozo, servicial y buen amigo”, al referirse a Ud., en beneficio mío. Lo comprobaré así, recordando hechos.

Al día siguiente de mi llegada a Nico Pérez, en la mañana del día 12 — supe por Ud. que en la tarde saldría una comisión — para tratar las condiciones del desarme, fijando sitio, día y hora, con los jefes del ejército revolucionario. La casi totalidad de las divisiones de éste se hallaba acampada en las asperezas de la sierra de Sosa, como a un par de leguas del pueblo. Yo — como periodista en “misión especial” — no podía perderme esa visita a los campamentos,

pero tampoco podía agregarme a la comitiva sin medio de conducción apropiado. Ese medio de conducción apropiado tenía que ser un *caballo* — elemento tan precioso como escaso en esos días, luego de las mortandades producidas en el curso de la guerra, e intensificadas en el transcurrir del cruento invierno, de *hecho* aun no desaparecido del todo... Era necesario un caballo “*en forma*”, con ánimo y fuerza suficiente para no quedar aplastado — dejando a su jinete “en la sierra y a pie”, como Güemes en Chile... Mi anticipado encargo telegráfico al agente-corresponsal del diario que yo representaba — Sr. Petrafessa — no había dado por mejor resultado — a pesar de las diligencias y buena voluntad de aquel — que la obtención de un escuálido caballejo amarillo, ejemplar redivivo del que inmortalizara Alejandro Dumas en “Los Tres Mosqueteros” al describir la llegada a París del airoso D’Artagnan. Diez veces, en dos horas, fui a contemplarlo en la caballeriza del hotel donde *yacía*, y a pesar de la sobrealimentación intensiva a que estaba sometido desde hacía varios días, poco o nada prometía a la vista el pobre animal. Al tacto, solo acusaba cuero y huesos. No había *caballo cierto*, ni para dar una vuelta a la manzana.

Ante esa triste realidad de “inconductibilidad equina”; ante la perspectiva de mi forzada inercia, de mi yacencia en el hotel, mientras los demás se moverían rumbo a la sierra de Sosa, y por ende a los campamentos del ejército revolucionario, fue que tuve la inspiración de poner a prueba las palabras y las aseveraciones del Dr. Castellanos con respecto a Ud.: “mozo atento y servicial cuya relación le será muy útil para el mejor desenvolvimiento de sus tareas periodísticas”.

La *relación* ya estaba hecha. Había que poner a prueba el resto. Y lo hice. Acudí a usted. Le expuse el caso de “parálisis profesional” a que me veía expuesto. Lo llevé a contemplar el arpa eólica y desfalleciente que el destino —malhadado destino— me daba como único medio de posible movilidad, o mejor dicho, de inmovilidad.

Ante tan triste cuadro —el del jamelgo— y ante mi periodística angustia, a Ud. —como al sargento Cruz de la obra de Hernández— “tal vez en el corazón le tocó un santo bendito”, porque, con una sonrisa y una palmada en el hombro, usted supo acallar mi inquietud del momento, y darme la certeza de mi tránsito cierto, entre el pueblo y la sierra de Sosa, con su respectivo y seguro viceversa.

—No se preocupe —me dijo Ud.— Yo le consigo caballo, y usted vendrá con nosotros.

Así fue. Un golpe de teléfono a la comisaría local; un pedido con ribetes de orden, y a las 2 de la tarde, en los fondos del hotel, estaba a mi disposición un caballito de media talla; oscuro, pico blanco, de *anca redonda*, campera y correctamente enjaezado.

No he olvidado —ni olvidaré nunca— la cara atribulada y las expresiones de ansiedad del “prestamista” oficial, sub-oficial, o simple agregado de la comisaría. No era moco de pavo en esos días desahacerse en préstamo, aunque sólo fuera por unas horas del pingo del propio andar, mantenido y sostenido, a fuerza de ración, en buenas carnes, casi gordo. Y tan luego para que lo abichocase, mal jineándose, un extraño, por añadidura “pueblero y maturrango, en fija!...”

—No me lo vaya a cansar, mozo —me dijo el prestador.— Es algo vivo pero manso; de buena boca y buena rienda... Tenga cuidado con el pedregal en la sierra... No vaya a dar un “trompezón” y se adicione... ¿Me lo devuelve hoy, no?

—No se preocupe, amigo —hube de contestarle.— *No porque ande vestido de lana vaya a creer que soy carnero.* Se lo que son caballos, y se lo que es andar a caballo y cuidar éste y *conservarlo*, sobre todo cuando es ajeno.

Y como el movimiento se demuestra andando —a pie o a caballo— quise hacerle una demostración que lo convenciera *de visu* de que aquella perla equina no iba a ser estropeada por ningún maturrango. Aflojé las pilchas; acomodé correctamente el recado; estiré las estribas —como para una anatomía de un metro ochenta y dos de eslora— y ya todo compuesto me enhorqueté en el pingo, con la agilidad propia de mis pocos años y pocos kilos y con soltura tal que hubiera envidiado el más veterano jinete de los húsares napoleónicos.

Por el abierto portón del hotel, saqué el pingo a la calle, para probarlo yo y para que me “aprobara” el dueño, cuyo *visto bueno* sinceramente deseaba, y obtuve. Pero no sin una renovación de prudentes —o temerosas— recomendaciones, finalizadas con la consabida preguntita: —¿Me lo devuelve hoy, eh, mozo?...

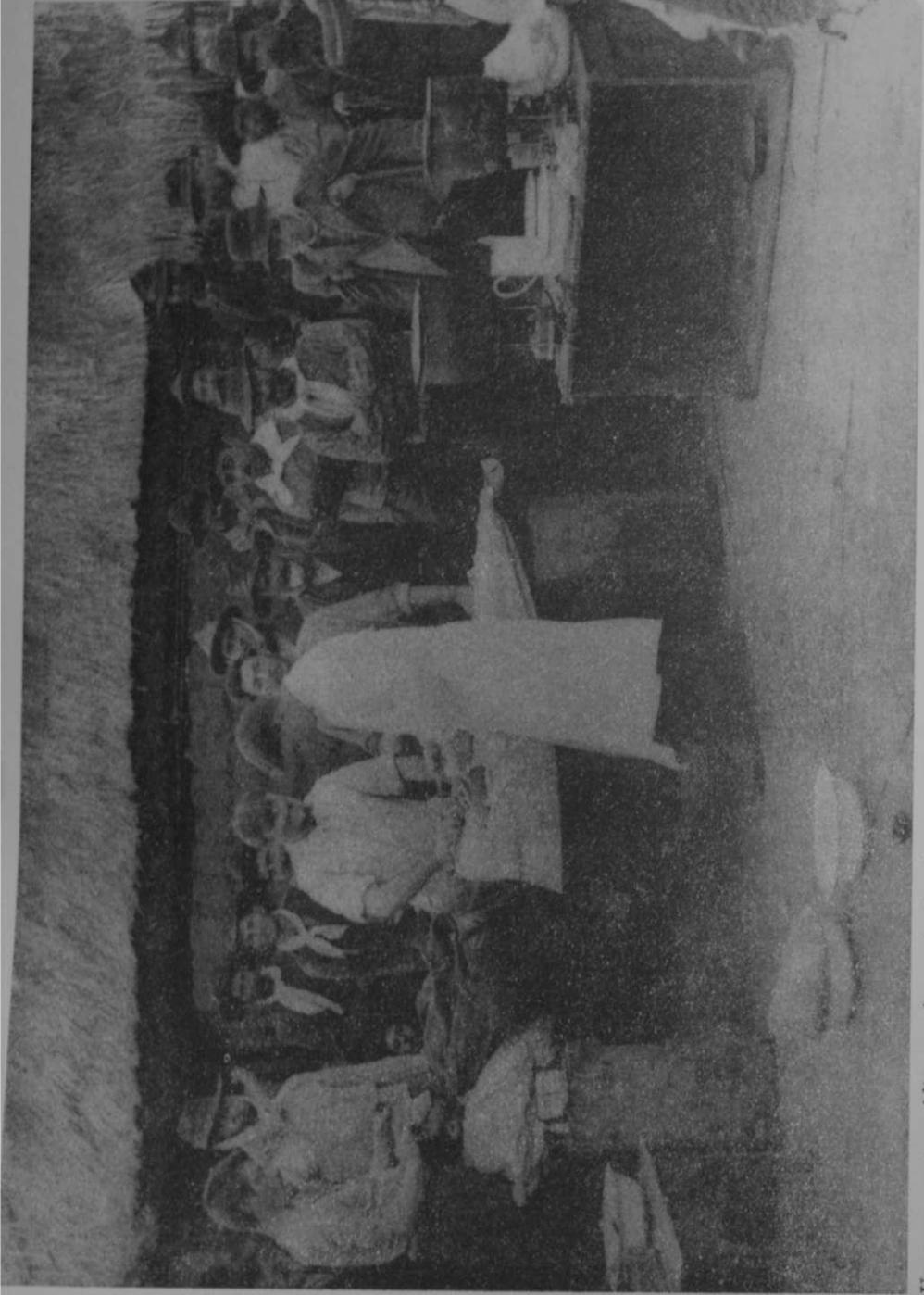
Así, por Ud. y gracias a Ud. pude agregarme esa tarde a la comitiva de excursión al campamento revolucionario, y pude hacerlo *bien montado* en todo sentido: por lo de abajo, y por el de arriba. Porque yo —en ese entonces— era lo suficientemente de a caballo, y lo bastante buen jinete, como para *hacer figura* entre la más garrida y aguerrida gente de caballería ante la que las circunstancias me impusieron actuar... Por algo me había acreditado yo como un “Pampillón Chico” a los quince años, en los rientes pagos del Rincón de Albano y sus alrededores: Valdez, Capurro, Ituzaingó, arroyo Las Virgenes...

---

En la tarde del día 12, llevando como guía o “baqueano” al “comandante” revolucionario, D. Alejo Moreira, de la División San José, al mando de D. Cicerón Marín, hicimos la marcha a la sierra de Sosa y nuestro primer alto fue en la carpa de D. Miguel Cortinas (padre de Ismael) jefe de uno de los batallones de aquella división. Allí mateamos y comimos tortas fritas en grasa de criadillas de toro... Luego, siguiendo la recorrida, llegamos al campamento de la División N° 13, que fuera la de D. Guillermo García y en esos momentos a cargo de D. Carmelo Cabrera, el “hombre-bombas”, o “salta puentes”, de la bélica campaña. Fuimos recibidos por él en persona, y más tarde se agregó, con su simpática fisonomía de paisano viejo y bueno, ruidoso y dicharachero, D. Cicerón Marín. Quedó allí concertado el desarme de esas dos divisiones para el día siguiente, aproximándose ellas más al pueblo.

Al descender de la tarde, una tarde de sol y cielo claro, emprendimos el regreso, aumentada la comitiva con la persona de Ismael Cortinas, que dejaba la aporreada vida del campamento por la más confortable del hotel del pueblo. Tengo un recuerdo intenso de esa





Un campamento médico en la revolución de 1897. El Dr. Baldo mero Cuenea y Lamas en el hospital nacionalista al aire libre de La Mina (Brasil)

tarde y de esa recorrida serrana; de las deshilachadas carpas, del cuereo de ovinos en masa, y de los senderos entre las pétreas aspe- rezas, jalonados a ratos por largas filas de osamentas de equinos, mudas pero elocuentes expresiones de un triste y doloroso pasado cercano.

Al día siguiente —miércoles 13— a la 1.45 se procedió al desarme de las divisiones: la de Cabrera y la de Marín, y el recuento de elementos de combate dio el siguiente resultado: 468 fusiles; 20.143 cartuchos; 3 bayonetas y 2 sables. Poca cosa para tanta gente!...

Entiendo que otras divisiones fueron desarmadas más arriba, hacia La Ternera, impedidas de llegar a Nico Pérez por las lluvias y por las crecientes.

Sobre el Olimar hubo también desarme, recibiéndose allí las dos piezas de artillería de que disponían los revolucionarios y que fueron copadas en la acción de Fray Marcos. Pero no aparecieron un par de ametralladoras, escamoteadas por arte de birli-birloque, lo que trajo el procesamiento y arresto del "comandante" Saavedra.

El jueves 14 —a media mañana— una comisión "chefiada" por usted, procedió al desarme de la División Durazno al mando del "coronel" Miguel Aldama. Formé, por atenta gentileza suya, en esa comisión, que integraba, como delegado de Aldama, un paisano joven, muy simpático y muy suelto de pico, de nombre Francisco Soria, capitán de la División Durazno, el que lucía en su sombrero blanca divisa, con la siguiente pintoresca inscripción: *Para Francisco Soria todas son glorias.*

Tengo bien en mi memoria —como un episodio de interesante colorido— la presentación y el desarme de la División Durazno. Estaba compuesta por 450 hombres y la figura ya anciana de su jefe, con pobladas patillas blancas, se me representó, fisonómicamente, como una reproducción viviente del inexplicable *Juan Orts*, el misterio- samente desaparecido archiduque de Austria. La División Durazno (que según versiones, hizo en las postrimerías de la campaña lo que el famoso Coronado en la guerra del Paraguay, vale decir, "se cortó" del ejército para campar por sus respetos, *trabajando por su cuenta*, de- jando en llanos y cuchillas ingratas memorias de su actuación) lucía, en destaque de las otras fuerzas revolucionarias, una sorprendente abundancia de caballada, en general bastante bien acondicionada. Gauchadas del jefe, que no era manco para arriar lo mismo hombres que cuadrúpedos, sin fijarse mayormente en pelo ni marca. Pecatta minuta para él...

Los 450 hombres de Aldama no rindieron mucho para el archivo de talleres del Arsenal de Guerra. En total 144 fusiles, 1 lanza, 1 clarín, 3 sables y 3.004 cartuchos... Como complemento, a falta de cosa mejor, el "coronel" Aldama entregó a Ud., para ser sometido a la justicia ordinaria, al soldado de la división Angel Samandu, autor del asesinato de un anciano de 80 años, Eusebio Pintado, hecho cometido un mes antes en Sarandí del Yi.

No quiero dar por terminado el relato de lo actuado esa mañana, sin destacar un detalle final de ese desarme parcial, detalle que ha quedado gratamente retenido en mi memoria.

Dábase ya el acto por concluido; ya habían hecho entrega de sus armas y trebejos de pelea oficialidad y tropa, cuando a mí me cupo observar que por distracción, seguramente, no lo había hecho “la cabeza de la unidad: el coronel Aldama, quien seguía ciñendo una —para su calidad civil-revolucionaria— exótica espada de jefe del ejército regular: espada de hoja recta y empuñadura chata, chapada en nácar, pescada en quien sabe que arroyo de aguas turbias y revueltas. Gangas de buen pescador...

Propicié un aparte con usted, le *pasé el dato*, o mejor, mi personal observación. Tuvo entonces Ud. un gesto de nobleza que me resultó *la mar* de simpático. Renunciando al “derecho de petición” que le correspondía, para hacer menos sensible la entrega del arma al imperativo de un pedido directo suyo, me encomendó diplomáticamente a mí esa misión, recomendándome que “*como cosa mía*” llamara la atención de Aldama sobre su olvido para que, “espontáneamente” le ofreciera su espada. Hice la advertencia a Aldama y éste —a mi juicio sinceramente, involuntario omiso— se apresuró a allegarse a usted, presentándole la rectilínea, envainada hoja. Y en esta nueva ocasión tuvo Ud. un gesto aun más caballeresco, al negarse a recibirla, o a que ella fuera entregada “a un adversario”, e indicó a su dueño la pusiera en mis manos, “campo neutral”, que al recibirla en calidad de tal algo atenuaba en el ánimo del recalcitrante y turbulento luchador y revolucionario, el doloroso trance de la entrega de la tajante insignia de su calidad de jefe!...

Y así, por esa especial cuan relevante circunstancia, regresé yo al pueblo de Nico Pérez como portador y custodia de la espada del jefe de la División Durazno, tan propia y reglamentaria en la mano de un jefe de línea, como inadecuada y exótica colgando a la vera de un tumultuoso caudillo de huestes revolucionarias!...

De ese mismo día —jueves 14— tengo otro recuerdo que no quiero pasar por alto. A mi llegada al hotel supe por conducto de revolucionarios amigos que el “generalísimo” Basilio Muñoz, creo que pocas horas antes, había estaqueado su carpa a la entrada de la sierra de Sosa. Saberlo y sentir la imperiosa necesidad de reportearlo fue todo uno. Pero había que ir hasta la sierra de Sosa, e ir a pie no era el caso.

Y para solucionar el caso se imponía un nuevo avance al Mayor Ayudante de la División Canelones. Recordé aquello de “al bueno hay que embromarlo” y decidí el avance. Resultado: usted “como una deferencia especial”, pero sin tantas recomendaciones ni ansiedades como el prestador del oscuro pico-blanco, puso a mi disposición un caballo. ¡Qué caballo!

“Era un overo rosao  
flete nuevo y parejito”

cabe bien decir, recordando la décima descriptiva de la introducción del inmortal poema gauchesco de Estanislao del Campo: Fausto.

¡Qué pingo!... Como que era el parejero y el crédito del coronel José Pampillón, requisado poco tiempo antes en su estancia de Ituzaingó, y mantenido con todos los cuidados y lujos de un verdadero "caballo de estimación". Pocas veces —o ninguna— he tenido la sensación y el placer de ir tan bien montado y tan bien sentado en un pingo con todas las de la ley, como en esa oportunidad. Y conste que en ese tiempo yo *sabía ser un buen "caballeiro"* y había jineteado en mi corta vida decenas de caballos de condición. Entre otros, el picazo más famoso de todos los picazos, —y de otros pelos— del departamento de San José: el picazo de la estancia de los Vale, galopador incansable, que había intervenido, sin aplastarse, en la memorable carrera de las "Cuarenta Vueltas", corrida en Octubre de 1892 en el hipódromo de Maroñas.

Con él, y sobre él, acompañado del joven Guillermo Amengill, ayudante del generalísimo, hice el doble recorrido Nico Pérez-Sierra Sosa-Nico Pérez, entonado y airoso, saludando y respirando la brisa serrana "con tal sombrero en la nuca", como el desafiante y altanero "entenaio" de Elías Regules.

Qué satisfacción me dio usted ese día, mi amigo don Tomás, con ese "préstamo preferencial". Todo mi "espíritu caballar", mi buena afición de equitador experimentado, rebotó en mi esa tarde, pues en ese doble recorrido pude apreciar que el overo rosado del campeón-centauro que era Pampillón —el hombre que mejor se sentaba a caballo en todo el país— por lo voluntario y la suavidad de su galope, en nada desmerecía del puro árabe —nombrado *El Kandabar*— que describe Chateaubriand en su *Itinerario de París a Jerusalem*: Capaz de conducir de galope un jinete que tuviera en una mano un vaso lleno de agua, sin hacerle derramar una gota!

Dejo de lado referirme a mi entrevista con Basilio —que con todos sus interesantes pormenores fuera publicada en inmediata oportunidad— para dejar el recuerdo de esa nueva salida mía de los extramuros nico-perences, concretado al "episodio ecuestre" recién expuesto; recuerdo vívido, uno entre muchos, de mis primeros días de relación con usted.

---

Pasó la semana de los desarmes y de otros acontecimientos de menor trascendencia, desarrollados en el no muy dilatado perímetro de Nico Pérez y sus contornos. Pasó esa semana y pasaron años. Lustros y décadas se fueron acumulando tras esos primeros días de nuestro conocimiento y mutuo aprecio, y en el correr de esos lustros y esas décadas nuevos hechos o acontecimientos volvieron a reunirnos, ya ocasionalmente, ya por acción deliberada, pero en todas las ocasiones bajo un mismo influjo de amistad cordial y mutua simpatía. Dentro de nuestra patria común y fuera de ella...

El vecino río de Santa Lucía nos vio juntos más de una vez. Ya remontándolo entre la furia de una de sus más devastadoras crecientes —(excursión, en compañía del comisario Gomeza a Aguas Corrientes, en 1914)— ya en plácidas horas sobre las barrancas de Belastiquí, campo y asiento de una extravagante encarnación mía en el plano astral del vivir agreste y rural...

Las trágicas diabluras del bandolero Aquino —a raíz de su triste hazaña que costó la vida al valiente mayor Cardozo y al buen comisario Román— volvieron a juntarnos —siendo usted jefe de policía de Canelones— en un sombrío domingo de 1913, y de Ud. obtuve para *La Razón*, la más completa información de los acontecimientos de la noche anterior, sobre el Paso de Arias, y de otros hechos previos a la tragedia del día anterior.

Más tarde, mucho más tarde —a treinta años casi de nuestro primer encuentro de 1904 en Nico Pérez—, un “azar a medias” —mis tareas de organizador de raids extra-fronteras— nos volvió a reunir, por varios días, en la ciudad de los cinco ríos, la amena capital de Río Grande del Sur: en Porto Alegre. Yo viviendo mis inquietudes de trotacamino: Ud. pasando las nostálgicas horas de exilado político, doblemente desterrado: desterrado de la tierra natal, y desterrado de... Terra. Y fue Ud. el primer compatriota que se llegó hasta mí —a pocas horas de mi nocturna llegada— en las primeras horas de una calurosa mañana de febrero de 1934. De ese encuentro —que ante la lejanía de 1904 puedo llamar “reciente”—, usted y yo conservamos muchos y variados recuerdos, personales y... *gráficos*.

Y así fueron pasando los años —y hoy— a cuarenta años de Nico Pérez, a treinta de Canelones-Santa Lucía, y a diez de Porto Alegre, en pleno 1944, las vueltas del mundo y de nuestras vidas, nos vuelven a juntar “*casi bajo el mismo techo*”: a usted como titular del Ministerio de Obras Públicas, y a mí —por su particular iniciativa— como “humilde colaborador” del mismo, en mi calidad de miembro integrante de una Comisión Asesora, adscripta a aquél...

---

Tal, mi estimado amigo Berreta —la sipnosis— algo despergeñada —pero real en los hechos y sincera en los conceptos— de nuestra relación amistosa de ocho lustros. De cuarenta años. *Casi una vida!*

Larga es esta carta, pero a mí me resulta breve y hasta sintética, para expresar lo mucho que entre Ud. y yo caben en esos cuarenta años. Larga —quizá pesada y en ciertos pasajes por demás extensa—, pero al final advierto que aun caben en ella *cuarenta abrazos*, que a uno por año, y en la levedad de estas carillas, pone su siempre afectísimo,

*Arturo P. Visca*

S/C. Juncal 1481 - Tel. 83132

TEMAS POLITICOS INTERNACIONALES  
INTERVIEW CON EL Dr. PEDRO MOACYR

La nueva orientación brasileña: Río Grande será un pacífico vecino  
Dónde y hasta dónde es personalidad João Francisco  
El presente halagador y el futuro grandioso del Brasil

En el hotel en que se hospeda nos entrevistamos ayer con el distinguido hombre público brasileño doctor Pedro Moacyr, diputado al Congreso de su país y una de las cabezas dirigentes de la política de Río Grande. El doctor Moacyr se encuentra en Montevideo de paso para Río Janeiro y en los momentos que nos apersonamos a él, tuvimos la fortuna de encontrar su espíritu favorablemente preparado para la interview periodística, no siempre grata y muchas veces molesta para el solicitado y aún a veces para el solicitante.

Acabo de hacer detenida lectura —nos dijo, apenas llegados— de algunos diarios de Montevideo de fechas recientes, y me he enterado de la publicación de algunos reportajes que tratan por extenso, temas relacionados directamente con el estado de Río Grande, de donde soy oriundo, y por donde acabo de ser elegido diputado. Veo que en esta capital se da no escasa importancia a los hechos y movimientos de por allá, especialmente a los que se desenvuelven con la intervención de las personalidades de la frontera sur. Influenciado por esas publicaciones, que han impresionado mi ánimo, por tratarse de cosas de la tierra, pensaba, precisamente, en estos momentos, hacer algunas manifestaciones públicas sobre los temas que tantas columnas de la prensa montevideana han ocupado.

—¿Hemos llegado, pues, en oportunidad, y por lo tanto con suerte? dijimos.

—Así es. Debo en primer lugar manifestarle que no todas mis impresiones son agradables, de las que he experimentado durante la lectura de que le acabo de hablar. Algunas son penosas, y hieren mis sentimientos de hombre amante de la libertad electoral, que rechaza por temperamento, todo lo que sea una incorrección fraudulenta, y por principio político, todo lo que signifique un atentado a la legalidad comicial.

—No acertamos con el rumbo de sus palabras.

—Enseguida lo conocerá usted. Entre las cosa que ha depuesto en un reciente reportaje una persona cuyo nombre se oculta, pero que —con el consentimiento de la misma— se asegura trátase de un miembro sobresaliente del Partido Nacional y personalidad prestigiosa en la frontera uruguayo-brasileña entre esas deposiciones, decía, está, casi con lujo de detalles, la de que en las recientes elecciones de gobernador de Río Grande, centenares de ciudadanos nacionalistas y por consecuencia uruguayos, dirigidos por jefes prestigiosos del nacionalismo, han prestado sus votos a la lista oficial para coadyuvar a su éxito, que era el éxito del partido republicano dominante.

Estas declaraciones, como es de comprender, delatan una agresión a la legalidad comicial de un estado; significan sencillamente un concurso fraudulento, vicioso, que, aunque no me han tomado de sorpresa, no han dejado de impresionar nueva y desagradablemente mi ánimo. Y digo que no me han tomado de sorpresa porque, en mi reciente estadía en Río Grande, fui notificado de ese atentado —no extraña el término— por el jefe federalista don Torcuato Severo, que me puso de manifiesto los fraudes llevados a cabo con elementos nacionalistas en el municipio de Don Pedrito, así como otras personas me enteraron de que igual cosa ha ocurrido en Bagé...

—¿Le impresionan y afectan hondamente, dijimos, la ocurrencia de tales hechos?

—¡Naturalmente!

—Ellos tienen, sin embargo, una explicación fácil y sencilla, agregamos. Los jefes, o por lo menos algunos jefes nacionalistas que tienen su sede en el Norte, buscan la manera de acentuar, o continuar acentuando la buena armonía y la mutua ayuda de republicanos y nacionalistas, que tan provechosa fue a éstos en la revolución de 1904.

La elección de gobernador fue un momento propicio y... se aprovechó el momento. Los votos prestados al partido republicano, que quizás no necesitaba de ellos para vencer, más que un valor material, tenían un valor representativo: significaban la buena voluntad y reconocimiento de hoy a los aliados de ayer y... de hoy todavía, según alguien asegura.

Quizá objetará usted en su interior, y no se atreva a decírnoslo, que semejante demostración envuelve un principio vicioso que debe repudiar un partido, o por lo menos los jefes de un partido que tantos sacrificios de sangre, y tantas energías ha consumido en defensa del sufragio universal, y que ante la pureza del sufragio universal debe inclinarse toda entidad o colectividad, sea en la propia casa, sea en la ajena. Muy bien. En teoría estamos de acuerdo con usted, pero en la práctica no lo acompañarán, quienes como los jefes aludidos, se han formado en lucha continua con toda clase de esperanzas; que han tenido que mantener en distintas ocasiones, verdaderas luchas de recursos, y... precisamente esa ayuda electoral, aunque viciosa, y que tanto le ha afectado, no es sino un recurso...

Hay que sembrar para recoger, no importa que la siembra sea en terreno ajeno, el provecho queda en casa, y juzgando provechoso prestar su concurso a los republicanos, es que han ido a las elecciones de Río Grande elementos del Partido Nacional. Se ha observado, en tal emergencia, una actitud *conveniente*.

—Sí, *conveniente*, lo reconozco. Pero, puedo asegurar a usted que la conveniencia que hoy puede sacar el Partido Nacional —como cualquier otro partido uruguayo que piense en futuras contingencias bélicas— al buscar la alianza o las simpatías de las fracciones políticas riograndenses, no serán sino consecuencias de efectos puramente platónicos.

—¿Cree usted también que la adhesión de Río Grande, o del sur de Río Grande, para la causa de la revolución ha dejado de existir, o si existe, ya no tiene la importancia material que hasta hace poco significara?

—Lo creo de todo corazón, y conmigo, todos los que están dentro, o conocen la evolución moral y política por que pasa, no solamente Río Grande, sino el Brasil entero.

Ya no estamos en los tiempos... de *otros tiempos*. Hoy se marcha con una orientación distinta a la de antes, con una orientación superior y más criteriosa, si se admite la expresión, orientación a la que no son extraños ni hombres ni partidos de estado alguno del Brasil, y que rige también en las altas esferas oficiales; en el gobierno central, mismo. Un *casus belli* que tuviera por campo la República Oriental, sería motivo de preocupación, ya no solamente para el gobernador de Río Grande, sino también para el gobierno de Río de Janeiro.

Todo lo que de él surgiera sería considerado como caso de internacionalismo, relacionado directamente con la política externa de la Nación, y al Gobierno de la Nación tocaría intervenir, porque sobre él caerían todas las responsabilidades. Si estallara una revolución en la República Oriental, el gobernador de Río Grande tomaría de inmediato las más acertadas medidas para garantizar la más rigurosa neutralidad, no tolerando, en forma alguna, la intromisión, o connivencia de ningún hombre o partido del estado a su cargo.

Si la debilidad o complacencia del gobernador estadual fueran causa de que esa neutralidad se alterara, entonces, por sobre hombres, partidos y gobernador se impondría, para reprimir todo avance, con energía que habría de sorprender a muchos, el Gobierno Central.

—¿Lo cree usted?

—Se lo repito, de todo corazón, y desafío a que ningún brasileño —no hablo de partidarios uruguayos interesados— desmienta mi aserto.

He dicho e insisto, que la orientación política —interna y externa, del Brasil—, ha cambiado, tan radical como rápidamente en los últimos cuatro años, y hoy, son los programas los que se imponen sobre el individualismo o el caciquismo. Puedo asimismo asegurarle, que a ningún jefe, sea quien sea, se le tolerará comprometer las relaciones exteriores de un estado, o de la Nación en aras de sus simpatías, cuando no de sus intereses personales...

Hay en el espíritu del gobierno brasileño la firme decisión de hacer de Río Grande un verdadero estado de la Nación, que se desenvuelva políticamente, ajeno a toda convulsión interna de los países limítrofes.

—El gobernador Barboza, en su carácter de republicano, ¿no sería víctima del Partido Nacional?

—El doctor Carlos de Barboza, ha tenido y tiene, especialmente en la región del Yaguarón, numerosos amigos nacionalistas, pero el doctor Barboza gobernador de Río Grande, da pruebas y promete ser, uno de los más esclarecidos y conscientes funcionarios brasileños, y su conciencia de tal, le da la de las altas responsabilidades de su cargo, ante los cuales debe deponer, y depondrá, sus simpatías y amistades personales.

—¿Y si el coronel João Francisco Pereira fuera una de esas personalidades que en favor de sus simpatías o vinculaciones personales violara toda neutralidad en pro de un movimiento armado en el Uruguay...?

—Sería sujetado como cualquier otro. Debo a este respecto hacer una aclaración. La elevada personalidad de João Francisco, que se ha confectionado en el Uruguay, no es tal en el estado de Río Grande. Ustedes, los uruguayos, han hecho de João Francisco una personalidad muy superior a lo que realmente es. El coronel Pereira, desde el punto de vista militar, es toda una entidad de grandes méritos.

Sus condiciones de organizador son sobresalientes como lo prueba el magnífico pie en que ha pursto la zona militar de Caty. Es la obra de un innovador y de un estratega. Es a más, un jefe ilustrado y de talento, capaz de llevar con éxito una campaña. Su prestigio en el Sur del estado, es grande, pero su acción principal no tiene más campo que los municipios de Quarahy y Livramento. Como personaje político, no actúa en las esferas superiores del estado, en lo que podemos llamar alta política. En esos centros su influencia es nula o casi nula. Desde este punto de vista João Francisco es brazo, no es cerebro.

Su mismo prestigio de jefe militar, de caudillo, si se quiere, irá mermando día a día en intensidad y extensión, ante el avance de las nuevas ideas, y aún mismo de los nuevos procedimientos políticos. Para encauzarlo en esa vida moderna —a él como a otros jefes— el gobernador Barboza, según se dice, lo mandó buscar hace poco, y mantuvo con él una entrevista política que es la primera de una serie cuyo fin podrá ser la evolución total de João Francisco.

Su mismo poder militar quedará en breve bastante debilitado, más aún, quedará en realidad sin poder militar de hecho, si se realiza la disolución de las fuerzas a su mando.

Esta supresión talvez entre en el plan de rigurosas economías que ha planteado el doctor Alvaro Baptista, ministro de Hacienda, estadual, para conjurar la actual crisis financiera porque pasa Río Grande.

—¿Hay también crisis política?

—Crisis, verdaderamente, hoy puede decirse que no la hay. La situación un tanto agitada en que quedaron los partidos federal y republicano como consecuencia de la reciente elección presidencial, se halla, si no normalizada, definida. Sobre este tópico —sobre el que acaban de hacerse algunas publicaciones—, quiero darle algunos informes que plantearán —en pocos párrafos— el actual estado de cosas en Río Grande.

En enero de 1906 con motivo de las elecciones de diputados, el partido federal se dividió en dos fracciones, una de las cuales dirigía el consejero Maciel.

En la lucha comicial, esta fracción sacó un diputado, el propio doctor Maciel, y la fracción contraria, dos: Wenceslao Escobar y yo. Esto da una idea de las fuerzas de las dos fracciones y de qué lado está la mayoría del partido.

Más tarde, cuando la elección de gobernador, la fracción dirigida por Maciel aconsejó la abstención; nosotros aconsejamos votar la candidatura Abbot, republicano, que se presentaba acompañado de valiosos elementos de su partido, como candidato era independiente y de oposición. Votarlo el partido federal, en acción conjunta con los republicanos disidentes, era, más que debilitar la candidatura oficial, derrotarla seguramente.

Ello hubiera sido un gran golpe político de nuestro partido opositor, y que en nada nos comprometía, ni en el presente ni en el futuro como en nada comprometía al candidato doctor Abbot, cuyo triunfo, si se hubiera producido, no habría venido refrendado por contratos ni componendas.

Terminadas las elecciones, iniciamos trabajos de acercamiento con la fracción contraria, a fin de fusionar todos los elementos de oposición, para formar un gran *block* frente al adversario triunfante.

La intransigencia del consejero Maciel impidió el éxito de los trabajos y entonces, nuestro grupo, que es mayoría de partido, decidió dar todo por terminado, y seguir solo la marcha. Agregaré, que el obstáculo que impidió el éxito de las gestiones de reconciliación, estribó como he dicho en la intransigencia de Maciel, que no quiso aceptar, de ningún modo, la fórmula de aplazar, no renunciar, la propaganda parlamentarista.

Las demás proposiciones estaban aceptadas. Se admitía la incorporación de Abbot y sus elementos que ingresarían al partido con el nombre de federalistas, no otro, y se admitía la revisión de la Constitución.

Fracasados los trabajos, trabajamos por nuestra cuenta —aislados de la fracción macielista— de acuerdo con el doctor Abbot y sus amigos.

—¿Para formar el Partido Demócrata?

—Para establecer las bases de la fusión en primer término. El Partido Demócrata, de que se habló, no se llegó a formar.

Nuestros trabajos dieron por resultado la admisión de Abbot y sus partidarios que dejaron de ser republicanos, para convertirse en federalistas. Con esta incorporación nuestro grupo queda más fuerte y más sólido que nunca, y con la halagadora perspectiva de irse enriqueciendo día a día.

—¿Quiénes son las cabezas dirigentes de la fracción de ustedes?

—A mi salida de Bagé, quedaba constituida la comisión directiva de Bagé, que será la fuerza directora. Forman en ella los doctores Freitas y Abbot, Rafael Cabeda, yo y otros.

Hoy, las más completa solidaridad de principios y de propósitos impera entre nosotros, y en breve haremos sentir nuestra acción firme y coordinada en el capo de la política estadual.

—¿Será... acción de guerra?

—¡De ninguna manera!... Lo he hablado al principio de la "interview", de la nueva orientación brasileña, y esa orientación tiene por norte, la paz.

Paz en el interior; paz en el exterior. Nuestra gran fuerza precisamente, la de todo el pueblo brasileño, está en nuestro gran amor al pacifismo para realizar, dentro de éste, las más grandes conquistas del progreso.

La nación se rige hoy por ese pensamiento, y encargados de mantenerlos, y manifestarlo con toda claridad, están el Presidente de la República, doctor Penna, y el Ministro de Relaciones Exteriores, Barón de Río Branco.

El plan del gobierno Central, es hoy desenvolver y explotar las poderosas fuerzas vitales del país. Ese plan, es secundado con la

mejor voluntad por la opinión de todos los estados. Se procura dar impulso a todas las industrias y facilitar los medios para el más rápido desenvolvimiento del comercio. Exposiciones para las primeras; ferrocarriles para el segundo.

En Río, como se sabe, se efectuará dentro de un par de meses una gran exposición interterritorial.

Todos los estados se preparan a concurrir animados de un entusiasmo extraordinario. En Bello Horizonte, capital de Minas Geraes, se realizó otra gran exposición.

Fue agropecuaria y está llamada a poner de manifiesto la colosal riqueza de nuestra industria pastoril. Ha coadyuvado eficazmente a esa obra, el gobernador Juan Pinheiro, una de las personalidades descollantes, no del estado, sino del Brasil.

Los trazados de ferrocarriles, en proyecto unos, en construcción los más, establecerán, antes de dos años, comunicaciones rápidas entre Río Janeiro y los estados más apartados.

Las redes ferroviarias lo unirán en breve, con Matto Grosso, Pará, Ceará, San Pablo, Parahyba y Río Grande.

Con ellas, se atraerá fácilmente la inmensa producción del centro y del oeste, a la costa.

—¿Esas redes obedecen solamente al propósito del engrandecimiento industrial y comercial?

—Es fácil comprender que no se habrá descuidado la idea militar, estratégica, de esos trazados. Todo está previsto, y de la misma manera que se podrá movilizar rápidamente la producción del interior y centralizarla en un punto dado, se podrá movilizar la población, con la misma rapidez, y en la misma gran cantidad.

—¿De modo que en caso de una guerra...?

—En caso de una guerra se haría eso... y mucho más.

—¿Y se producirá el caso?

—¿Con quién? ¿Para qué? Insisto que en el Brasil, sólo se piensa en la paz, en un gran porvenir de paz y de concordia intercontinental. Muy difícilmente el Brasil llegará a una guerra internacional. En todo caso, jamás la provocaría. Su Constitución se lo prohíbe; antes que la hostilidad guerrera, está el arbitraje...

—¿Y si las circunstancias lo llevaran a afrontar una situación guerrera?

—Ah! Entonces, entonces el gobierno de Brasil daría una nueva prueba de su poder, así como el pueblo daría otra de su patriotismo. Puedo garantizarle que toda la población, toda, como un solo hombre, iría a una guerra.

—¿Con la Argentina?

—Con cualquiera. Iría a una guerra, decía, como a una guerra sacra!... Daríamos un ejemplo grandioso de la gran homogeneidad de sentimientos de la fuerza del amor a la patria que hay arraigado en el alma nacional.

—¿Teme usted que en un futuro no lejano, sobrevengan al Brasil conflictos internacionales?

—No puedo preverlo. No estoy tampoco habilitado para expedirme sobre este punto. Por nuestros intereses y vinculaciones en el exterior,

vela con su preclaro talento y su experiencia invaluable, nuestro gran canciller el barón de Río Branco...

—¿Proyecta Vd. alguna obra que tenga atingencia con los intereses políticos de Río Grande frente a los intereses también políticos de los países limítrofes?

—No por ahora. De lo que me ocuparé, a mi llegada a Río Janeiro, será de trabajar ante Río Branco, la renovación de los tratados de extradición existentes con la República Oriental, pues éstos fueron denunciados cuando los lamentables sucesos de marzo de 1905, en Rivera.

—¿Nada más, doctor?

—Nada más, por ahora.

Con esto dimos por terminada la entrevista, que de todo puede pecar pero no de breve...

*Arturo P. Visca*

En "LA RAZON" - Montevideo, 25 de abril de 1908 - Año XXX. - N° 8707.

## CLAUSURA DEL CONGRESO COMERCIAL E INDUSTRIAL DE URUGUAYANA

Conclusiones importantes a que ha arribado

El espíritu ultraproteccionista en derrota

No se aumentará el impuesto al charque platense

Los derechos al ganado uruguayo fueron considerados  
excesivos y se resolvió rebajarlos, 15 %, a 10 %

Al ganado de invernada se le concede libre introducción

Actitud decidida y plausible del doctor Susviela Guarch

Construcción de puentes internacionales

Un banquete de confraternidad

Nuestro compañero de redacción, el señor Arturo P. Visca, que realiza actualmente una gira por la Provincia de Río Grande, y que ha tenido oportunidad de asistir a la inauguración y desarrollo del Congreso Comercial e Industrial celebrado en Uruguayana, nos envía la amplia información que el lector encontrará más abajo. De ella se desprende claramente la impresión, grata para nuestro país, de que los intereses del comercio y de la industria uruguaya han tenido en el certamen espíritus avanzados, como el del doctor Susviela Guarch, que no sólo los han defendido con entusiasmo, sino que los han sostenido con la energía suficiente para hacerlos triunfar sin resistencias ni violencias de ninguna clase.

En este concepto, pues, el Congreso clausurado ayer es de significativa importancia para el Uruguay. Temas tan íntimamente ligados al presente y porvenir de nuestra ganadería y de nuestros saladeros, como el impuesto al tasajo y a la introducción al ganado en pie, han sido planteados y resueltos de manera satisfactoria. El espíritu ultraproteccionista ha sido completamente derrotado por el espí-

ritu antiproteccionista, y las tentativas hechas ante el Congreso para aumentar el impuesto que grava el charque procedente del Río de la Plata, han fracasado completamente. Es una conquista de la razón y de la lógica. Y conquista de la razón y de la lógica es también la rebaja de 5 por ciento acordada a la tasa que rige para el ganado que procedente de nuestro territorio se introduce en Río Grande y la libre introducción —con sólo una tasa de 2 por ciento durante los meses de junio a octubre— de los animales destinados a invernada, que despeja el horizonte de nuestras relaciones comerciales con el vecino país y abre más claros y precisos rumbos a la iniciativa y al esfuerzo de nuestros ganaderos e industriales.

El Congreso de Uruguayana ha realizado con altura el propósito que se persiguió con su celebración. El espíritu más amplio de amistad, de buenos deseos, de excelente vecindad, ha predominado sobre el espíritu puramente comercial. Orientales y riograndenses han preferido estrechar más y más los vínculos de cariño que los une, y que se traducen esta vez en hechos elocuentes, a encastillarse terca-mente en la defensa de sus intereses materiales y enfriar la buena armonía que une a ambos países y que puede ser, en un futuro no lejano, fuente fecunda de beneficios y satisfacciones recíprocas.

He aquí lo que nos comunica nuestro Enviado Especial, y que en su laconismo dice mucho más de lo que nosotros podríamos expresar en largos párrafos y comentarios:

LIBRES, 19 (10.20 p. m.). — A LA RAZON. — Montevideo. — Hoy se clusura el Congreso Comercial e Industrial inaugurado con éxito indiscutible en ésta. Tres días con tres sesiones diarias, muy laboriosas, por cierto, ha durado la deliberación de los señores congresales. Las conclusiones a que han llegado son importantísimas. El espíritu que predominaba era antiproteccionista. Los elementos industriales de la frontera están convencidos de que el ultraproteccionismo existente es causa de graves perjuicios para el amplio desenvolvimiento del comercio riograndense.

Las insinuaciones hechas para solicitar el aumento de los impuestos que gravan el charque platense —idea, por cierto, muy viable, a consecuencia de las actuales tendencias del gobierno— fueron rechazadas por unanimidad. Los congresales adoptaron esa actitud en virtud de creer que no deben ponerse mayores trabas a los países vecinos, aún cuando la introducción de sus productos en gran escala, afecte la zafra de los saladeros riograndenses.

El congresal señor Irigoyen presentó un proyecto relacionado con los derechos que se imponen al ganado oriental, que considera excesivos. El Congreso, después de interesante deliberación, sancionó "in totum" sus proposiciones, que son las siguientes:

"El impuesto al ganado introducido a Río Grande debe ser cobrado "ad valorem", con base del valor comercial, manteniéndose la tasa del 10 % en sustitución del 15 % que rige actualmente.

"Al ganado destinado a invernada se le concede libre introducción, con sólo una tasa de 2 % durante los meses de junio a octubre".

Los congresales propónense, según mis noticias, sostener firmemente ante los poderes competentes, las bases que quedan transcritas, contando desde luego con poderosísimas influencias cerca del gobierno central.

Plausible y extraordinariamente activa ha sido y es la actuación del doctor Susviela Guarch, que figuró en todas las comisiones e hizo sentir la influencia de su palabra elocuente y de su prestigio indiscutible para impedir que se adoptaran resoluciones desfavorables a las industrias uruguayas. Muy felicitado fue, y con justicia.

El Congreso aprobó el establecimiento de puentes internacionales, de cuya importancia fácilmente se dará cuenta el lector.

Anoche se efectuó el banquete con que el comercio local obsequió a los congresales. Asistí a él, galantemente invitado por la comisión organizadora. Presidía la mesa el señor Calo, teniendo a su derecha al doctor Susviela, al señor Castro y al que esto les comunica, y a su izquierda a los señores Soarez y Regolins. La fiesta resultó un acto hermoso de confraternidad. En el clásico momento hicieron uso de la palabra el doctor Regolins, que terminó su brindis con cariñosas frases para el Uruguay, dignamente representado por el doctor Susviela, y los señores Castro y Ulrich d'Oliveira, que abundaron en frases y conceptos altamente lisonjeros para las relaciones fronterizas. El director de "O Debate", de Livramento, señor Ulrich, y el de "A Nazao" de Uruguayana, saludaron con cariñosas frases a la prensa uruguaya, representada —dijeron— por el redactor de LA RAZON. Esta galantería me obligó a contestar en nombre del diario expresado los sentimientos elevados que a mi país inspira el Brasil y que han de contribuir a estrechar más fuerte y sinceramente los lazos de amistad que une a ambas naciones. Con un viva entusiasta al Brasil y al Uruguay se clausuró la interesante fiesta.

Llueve torrencialmente, lo que me impide continuar mi ruta hasta el jueves.

El doctor Susviela regresa hoy a Montevideo.

*Arturo P. Visca* — Enviado Especial

De "LA RAZON". - Montevideo, 20 de mayo de 1908. - Año XXX. - Núm. 1727.

## LA INDUSTRIA DEL TASAJO EN RIO GRANDE

El saladero "Barra do Quarahim" — Un establecimiento importante  
La faena y la salazón — Notas de una visita

A pocos kilómetros de la junción del Cuareim con el Uruguay —donde se forma la verdadera "barra"— sobre la margen derecha del primero, de los dos ríos nombrados, en territorio brasileño, se levanta uno de los más importantes y activos establecimientos industriales del Sur de Río Grande: el "Saladero de la Barra do Quarahim", fundado en 1887 por don Hipólito Lesca propiedad más tarde de la "Compañía Industrial de Cuareim" y que hoy pertenece a las firmas Minelli González y Cía.; Manuel Lessa y S. Frías, de Montevideo y Joao Però y Cía.; de Uruguayana.

Es de las unidades más valiosas de la industria saladeril de Río Grande y comparte con el establecimiento "Novo Quarahy", la zafra de la extensa zona que limita por el Este el municipio de

Santa Anna, por el Sur el Cuareim y por el Oeste el Uruguay. A nuestro regreso de Uruguayana, nos detuvimos dos días en él, aceptando un amable ofrecimiento de hospedaje hecho por el gerente-director del establecimiento, señor José Arjimbau, compatriota oriundo de Salto, que desde hace muchos años viene dedicando al establecimiento todas sus energías y sus actividades, y una singular y no común preparación. El señor Arjimbau, con los señores Calo, Susviela Guarch e Irigoyen, formó el grupo de uruguayos delegados al reciente Congreso Comercial e Industrial realizado en Uruguayana.

El saladero de la Barra está formado por un cuerpo de modernas instalaciones de material y fierro galvanizado, dentro del cual se desenvuelve todo un gran movimiento, desde la tarea inicial a la matanza, hasta la limpieza de astas y huesos, artículos de exportación a Europa, preparación de gorduras grasas y sebo, cuyo consumo es de exclusividad brasileña. La base de todas sus instalaciones, la forman el galpón de "playa" (matadero), enfriamiento de carnes, preparación de tasajo, y salazón de cueros. Para el ciudadano de la capital, la vida de un establecimiento de tal índole, está plétóricamente de novedades, y es fuente inagotable de impresiones más o menos intensas. Los detalles que la forman, y que contribuyen a la buena armonía del conjunto, revelan un consumo extraordinario de energías individuales, que se suceden sin interrupción, en un elaboración fatalmente necesario para la consistencia del poderoso organismo de la práctica. El exacto funcionamiento de un gran establecimiento saladeril significa una complicadísima tarea en la que no se puede descuidar ningún resorte, por inferior que sea, en que todas las piezas deben estar en un perfecto ajuste. Para darse cuenta de esto basta pensar que la función de un saladero consiste en el aprovechamiento de una inmensa cantidad de materia viva, que llega en pie al local, y que debe ser elaborada muerta, clasificando, distribuyendo y preparando distintas constituciones orgánicas.

La observación sobre el terreno nos ha dado la pauta de la magnitud y complicación de la tarea. El movimiento de "playa", solamente, en un día de matanza, es tan interesante como sorprendente, por la correlación de todos los trabajos, y las disposiciones prácticas que en ellas dominan, y sin las cuales —observadas hasta en sus nimiedades— todo esfuerzo se malogrará.

Lo trazaremos a grandes rasgos: Las reses, amontonadas en el corral, pasan, en pequeñas "puntas", al "callejón" que no es sino una "antesala" del "brete", que es la capilla fatal, donde la res se encuentra "giunto sul paso extremo". Un lazo de gruesa cuerda de cáñamo —manejado por el desnucador— cae sobre los cuernos de la víctima, que inmediatamente, a pesar de sus resistencias y esfuerzos contrarios, se ve arrastrada, por la fuerza del vapor, hasta dar con la cabeza contra un cabezal, sobre el que, daga en mano, espera de rodillas el "verdugo". El arma se hunde en la nuca hasta tocar órganos vitales. La res —herida de muerte, pero no muerta— cae a lo largo sobre una zorra chata. De su cuello herido, mana un delgado chorro de sangre. La cabeza se apoya pesadamente sobre el sangriento zinc de la zorra; sus ojos miran con mirada estúpida, vacía. Rueda la zorra sobre los carriles, y rodando aún, dos hombres

echan sobre la res una fuerte cadena que se enlaza entre las patas delanteras. Un alto, un brusco tirón, y el animal cae tendido sobre las lozas de la "playa", y a los pies del desollador, que espera entrar en funciones, con la "chaira" en el cinto y la ancha y tajante cuchilla en la diestra. Una mirada al pecho, la cuchilla baja guiada por la segura mano del operador, y un largo tajo divide el cuero. La res se sacude en un estertor agónico. Sus patas baten el piso. El cuchillo se hunde, desaparece; tras él desaparece la mano del desollador; el corazón, abierto en canal, deja escapar un torrente de sangre que baña los pies del obrero. La res sigue estremeciéndose. Un tajo rápido separa el cuero frente al nacimiento de la oreja. Otro tajo lo divide en la frente; un minuto más y la cabeza blanquea desprovista de su natural cobertura. El desollador "vuelca" la cabeza, busca con el cuchillo las vértebras cervicales y en dos golpes la separa del tronco. Un golpe con el pie y la cabeza se escurre un par de metros sobre el piso. Aún en los ojos hay vida; la lengua, que cuelga sobre la "carretilla" sufre una contracción y se desliza entre las mandíbulas que se cierran con un ruido seco...

La cabeza cae bajo la herramienta de un hachador, que le separa los cuernos, y la abandona al extirpador de lenguas, quien cumplida su tarea, la deja a su vez para que la levante la carretilla colectora que debe llevarla a los grandes tachos digeridores, donde se extraerán las materias grasas.

La masa inerte y descabezada ha quedado en manos del desollador. Este prosigue su obra, que es obra de destreza, de práctica y no exenta de cierto arte. La punta de su cuchilla abre el cuero por encima del garrón de un remo trasero. La res —cuya cabeza "está lejos del cuerpo"— sufre la última contracción. Sus cuatro miembros se sacuden nerviosamente y caen... Las carnes van apareciendo. El cuchillo se desliza con rapidez maravillosa. El brazo del desollador desaparece bajo el amplio cuero: se escurre por los costillares; baja o sube sin cesar, separando siempre el cuero de la carne, como si más que manejado fuera máquina; como si en vez de paciente fuera agente.

Un vaho húmedo y caliente envuelve al operador. Media res está en descubierto. La cuchilla entra en funciones distintas: la separación de las mantas de carne que cubren los costillares, de nuevo se ejercita la destreza del operador. Un ojal en la manta, para enganchar en ella el pulgar de la mano izquierda, y la cuchilla se escurre nuevamente sobre y entre las costillas, que aparecen unas tras otras, mondadas, limpias de adherencias y carnosidad, casi "nítidas". Con la amputación de los cuartos traseros y delanteros, el operador tiene hecha la mitad exacta de su trabajo. Una vuelta al semi-esqueleto y lo demás es una repetición de lo ya descrito.

Terminada la faena del desollador, el esqueleto es arrastrado hasta la cancha, donde a golpes de hacha queda trozado y pronto para ser material de grasería. Las mantas de carne pasan a las mesas de charques, donde son abiertas con una serie de tajos, que las dejan preparadas para recibir la salmuera primero, y la sal después, previo un enfriamiento de media hora, medida prudente que

evita alteraciones muy probables del futuro tasajo. Colgada en los varales de enfriar, viva momentos antes, sigue estremeciéndose, palpitando, en una suprema rebeldía a la inercia final...

Tan poco tiempo ha mediado del estado de "carne en pie" al de carne muerta! Esta rapidez de procedimiento permite al saladero de la Barra do Quarahim faenar hasta cincuenta reses por hora.

---

Decíamos que la base principal de las instalaciones del establecimiento la forma el gran galpón de "playa" y salazón de carnes y cueros.

Es el cuerpo principal. Contiene dos piletas profundas de metro y medio de ancho, que reciben, respectivamente, carne una, cueros otra. Contienen salmuera a una densidad de veintidós a veintitrés grados. La carne, extraída del baño, es salada en pilas provisionarias, de donde pasa a formar las grandes "pilas de invierno". Allí se convierte en "charque", y de allí sale, ya seca, para ser acereada en los varales "au grand air et plein soleil", y luego apilada nuevamente en los galpones de enfielaje, de donde, enfielada y embolsada, marcha rumbo al Brasil, cuidadosamente clasificada en "gorda", "bonita" y "habanera" o "flaca".

El galpón de salazón de cueros puede contener hasta veinticinco mil piezas. Nosotros lo vimos con quince mil, o sea con un capital de noventa mil pesos oro, conservado en cloruro de sodio...

Anexados a esta "base de operaciones" —cuartel general del saladero— está la grasería, donde ocho grandes tuchos capaces de contener el material de "ochenta reses" cada uno, digieren huesos, cabezas, entrañas, etc., para dar más tarde la grasa que convenientemente refinada se distribuye por el interior de Río Grande, siendo el principal mercado consumidor Uruguayana. Los residuos de esta elaboración forman los montones de "cenizas" que se exportan a Europa por vía platina. Por esta misma vía — y con el mismo destino— salen las astas, colas y huesos limpios (patas), que luego han de volver (los últimos) a América, convertidos en peines, botones, etc. También por la misma vía, y con el mismo destino sale la casi totalidad de las lenguas, preparadas en el mismo establecimiento, y de las que son principales consumidores los mercados ingleses, que las expenden en tarros litografiados, explicaciones plélicas de h, w é y, para darles color de producción sajona...

La res, como se ve, es aprovechada en todas sus partes, y sólo un elemento se pierde: la sangre, en virtud de que los fletes ferroviarios por lo elevados, no permiten darle salida, seca, y como material de abono.

Completan las instalaciones del saladero, un taller de tonelería y otro de herrería y hojalatería, modernamente montados, y una amplia plaza de varales, con un servicio perfecto de zorras que marchan sobre una red de carriles Decauville.

En los meses de mayor trabajo, la faena se hace día y noche, trabajando en las horas de ésta con luz eléctrica, proporcionada por la usina propia del establecimiento. El conjunto de pandillas, entonces, suma doscientos cincuenta hombres.

---

—¿Todos los productos del saladero salen por vía platina?  
—preguntamos durante nuestra visita, al señor Arjimbau.

—Todos, exceptuando las "gorduras", grasa y sebo, que nos consume Río Grande. El tasajo y los cueros, así como los subproductos, tienen su salida por el Uruguay y el Plata. El primero va en totalidad al Brasil. Los otros a Europa. Toda la mercadería pasa "en tránsito" por la República Oriental, después de atravesar el Cuareim en la flotilla del establecimiento...

—¿Con utilidad para quién?

—Para los ferrocarriles.

—¿De modo que nuestro país oficia de "pasercelle" sencillamente. Es la válvula de salida de los productos saladeriles del Sur de Río Grande, estado que, a más, tiene que ser necesariamente tributario de la ganadería oriental, y siendo así, ¿por qué todos los establecimientos de charque, en su generalidad propiedad de capitalistas uruguayos, se ubican en territorio brasileño?

—Por razones fáciles de comprender. Elaborando la carne en territorio brasileño, el tasajo es considerado producto nacional en las aduanas del Brasil, y teniendo fácil salida por vía del Plata y libre entrada en los puertos brasileños, se evita, siendo Brasil el único mercado consumidor, el pago de los derechos subidísimos que tiene el tasajo platino. Cuanto al tributo que se paga a la ganadería oriental —por lo menos ante la ley— es nulo. Nosotros —desde que el proteccionismo imperante impuso tasa prohibitiva a los ganados— sólo saenamos tropas riograndenses, lo que en años malos, como el presente, origina mermas en la matanza. El año actual ha sido pésimo; los ganados flacos y muy "refugados" nos obligarán a concluir la faena con "déficits" en relación a los años buenos. Nuestra zafra de 1908 no pasará probablemente de 45.000 cabezas, cuando en años buenos se ha llegado hasta 70.000, y aún en los más buenos a 90.000.

—¿Cree usted que tendrán éxito las gestiones que se hagan ante el gobierno brasileño para que éste acepte las conclusiones a que se llegó en el reciente Congreso de Uruguayana, respecto a la conveniencia en rebajar los impuestos a la introducción de ganados de "corte gordo"?

Todos esperamos que sí, pues acordando rebajas razonables en vez de perjudicar beneficiarían la industria riograndense, se pondrían las cosas en un terreno en que, si bien se favorecerían a los ganaderos del Norte de la República Oriental, el Estado conseguiría detener el contrabando de ganado que seguramente debe hacerse, especialmente por la frontera Sudeste. Los saladeros riograndenses consumirían igualmente el ganado bueno del estado y se tendría a más la oportunidad de carnear tropas uruguayas, "que pagarían su respectivo derecho", cosa que ahora no puede hacerse, pues una res importada cuesta el doble de una res del país...

En este sentido hemos trabajado la mayoría de los congresistas en Uruguayana, y esperamos que nuestros esfuerzos nos llevarán al resultado deseable.

*Arturo P. Visca*

San Eugenio. 1908

de "LA RAZON". . Montevideo, 9 de junio de 1908 . Año XXX N° 8744.

## DESDE EL CUAREIM A CATY

Setenta kilómetros en el lomo de un bayo

En la mansión de Joao Francisco  
Caty no sólo es un cuartel: es también una cabaña modelo  
La industria fronteriza y el contrabando

—¿Qué distancia hay hasta Caty? —preguntamos a un amigo, vecino de San Eugenio.

—Dieciocho leguas. ¿Piensa ir hasta allá?

—Es verdad. A caballo.

—Tiene tiro para cansarse...

Reflexionamos en la extensión del camino, pero no nos desalentamos, confiados en un cierto hábito de la equitación. Pocas horas después hablamos de nuestra próxima salida hacia la popular localidad riograndense, a otro amigo radicado en Quarahy, y nos informó así, espontáneamente:

—Es cerca. Nueve leguas.

—¿Cómo? nos han asegurado que hay dieciocho.

—Dieciocho... entre ida y vuelta.

—¡Ah!

Nos alegró la noticia, porque "acomodaba" mejor la hora de salida y la de llegada, pero aún no teníamos bien calculada una y otra, cuando un tercero, sin hacer cálculo alguno, ni aún con los dedos, nos dijo: "Del Quarahy a Caty hay doce leguas".

—No tanto: nueve solamente.

—Nueve, sí, pero brasileras, que son algo más de doce castellanas...

Quedamos por las doce y en la mañana del 29 del pasado, nos dispusimos para la marcha. Durante la madrugada había llovido y el cielo se mantenía encapotado. Lo contemplamos unos segundos, pensamos en una probable mojadura, pero no retrocedimos. Recordamos que el lema de la Asociación de la Prensa, de Montevideo, a que pertenecemos, dice lacónica y expresivamente: "Ne varietur"...

Pasamos el Cuareim y nos dirigimos al establecimiento "Novo Quarahy", donde debíamos encontrar los medios de traslación. Llegados, un empleado superior de la casa nos aconseja preparar el estómago para el viaje.

—No va a encontrar nada en el camino, —nos dice— y son catorce leguas de viaje...

—¿Catorce? —Tenemos entendido que no. Doce solamente.

—Nos lo dirá a la vuelta.

Aceptamos el consejo y media hora después a las 9 a. m. cabalgábamos jinetes en un bayo criollo, a quien pronto pusimos en relaciones con Su Señorita la espuela. Nos acompañaba un "baqueano", Martín Leguizamón, un compatriota de las más pura raza criolla, de tez curtida por la intemperie, y pelo recio a lo indio. Marchamos en silencio hasta dejar detrás nuestro, a la derecha, el pueblo de San Joao Bautista. Ya en plena campiña, nos dirigimos a nuestro acompañante.

—¿Lloverá?

—¡Quién sabe! El tiempo está feo y algún aguacero nos va a agarrar. El viaje es largo; dieciséis leguas.

—¿Eh? La última "versión" no da más de catorce...

—Catorce... y la "yapa"...

Nos resignamos a aceptar las catorce leguas con "yapa y todo", bien dispuestos a no investigar más sobre distancias, convencidos de que nada concreto sacaríamos en medio de tal "acordoneo". ¡A Caty por todo! dijimos "impetto", con catorce, cincuenta o cien leguas de camino.

Cruzado un riacho, despuntado un arroyo, recorridas varias hondonadas, y salvadas algunas ásperas alturas, llegamos, cerca de mediodía, a un mísero boliche, propiedad de un "gringo", que era la imagen viviente —aunque casi espeluznante— del gran Víctor Hugo. Vacíos los estantes de vituallas, apenas pudo ofrecernos para reparar fuerzas, algunos trozos de raspadura —(mazacote)— queso del país, vino antidigestivo, y un líquido a modo de café, hecho con maíz tostado... Apchugamos con lo que pudimos, dimos lo demás a media docena de perros tan flacos como hambrientos que se agruparon en torno del "extranjero", preñados los ojos de miradas suplicantes, y con un cigarrillo de marca montevideana entre los labios —el mejor número del almuerzo— salimos a media hora de llegar.

De nuevo en marcha. El paisaje se presentaba más agreste y más pintoresco por lo tanto. Teníamos por delante montones de cerros de escasa elevación. Bordados por extensos aunque no muy nutridos palmares. Subimos unos, rodeamos otros, pasamos a "dos dedos" de la natación el Areal; espantamos algunas bandadas de ñanduces, y pensando que dentro de poco tiempo estaríamos en Caty, pues con toda gentileza se nos hizo saber en el "boliche" que sólo faltaban "dos leguas", miramos el cielo amenazante, con mirada de triunfo. Un poco más, y estaríamos al amparo de sus iras. Error. Los cerros seguían amontonándose a nuestro paso; el camino parecía estirarse y nuestro bayo comenzaba a pedir relevo... En lo más hondo de un agreste valle, encontramos —marchando en dirección contraria a la nuestra— una joven pareja: ella, amazona en un zaino tapado; él, jinete en un tostado. Alto: —¿Cuánto falta para llegar a Caty? —preguntamos. —Dos leguas. —¿Brasileras? —Sí, señor. —Pues... hace una hora nos dijeron lo mismo. Hasta la vista!

Sin que variara el paisaje, y siempre con nuevos cerros que subir, bajar o rodear —parecía que los malditos surgían espontáneamente, como hongos, para dificultarnos la marcha—, "galopamos" todavía una hora. Nuevo encuentro; nuevo interrogatorio. —¿Para llegar a Caty? —Dos leguas!... —Hombre! Desde medio día que se nos dice lo mismo y... son las 2 y 30.

Paciencia y... ¡jarre! Una fina llovizna empieza a mojarnos la cara. Apuramos el paso. El agua apura también, y a los pocos minutos nuestras espaldas soportan un hermoso aguacero. Sin dar paz a la espuela coronamos una planicie. La providencia se nos presenta en forma de pulpería. Ganamos la protectora ramada; y nos cobijamos luego en un minúsculo rancho, donde los cueros secos de carnero "viven" en grato consorcio con los escasos artículos que dan al local el pomposo título de comercio.

Pedimos café, y mientras nos lo preparan, pregunta, en su idioma, un pardito brasileño, dueño de la casa:

—¿Los señores van a Caty?

—Les falta poco, dos leguas.

Nos fastidió la reaparición de las “dos leguas”, y mirando fijamente a nuestro interlocutor, dijimos:

—Diga, amigo. ¿Es que por aquí no se sabe contar más que hasta dos, o es que a lo que pasa de uno se le llama “dos” siempre? Hace cuatro horas que se nos viene diciendo que para llegar a Caty faltan dos leguas, y si nuestros caballos hablaran...

—Pues, le juro que no puede haber más de dos leguas...

—¡Allá veremos!

—Mire, señor —nos dice en buen castellano, un buen hombre, de pobladas patillas, coruñés según declaración posterior— deja usted el camino a la derecha, hace una curva, y “enseguidita” se ve el cuartel.

—Enseguidita, eh? Bueno.

El aguacero había amenguado sus fuerzas y unos minutos después, el tiempo nos daba puerta franca. Dispuestos a aprovechar la franquía, salimos en dirección a nuestros bucéfalos, despidiéndonos de la concurrencia al “boliche”, no sin decir antes al propietario: —Con que dos leguas, ¿no?— —Sí, señor; dos legüitas, nada más.

Espoleamos el bayo; imitó nuestro movimiento el “baqueano”, y nos pusimos al galope largo, porque la tregua de la lluvia prometía no ser larga. Llevábamos casi una hora de camino, acabábamos de coronar un cerro, cuando nos dice nuestro acompañante: —¡Allá está Caty!

—¿Aquella mancha blanca?

—Aquella. ¿Cuánto calcula que distará?

Legua y media, —dijimos por no decir dos, que podría parecer broma...

Estábamos a la vista de Caty, no tan “enseguidita” como se nos había dicho, pero a la vista al fin. Ya nos no importaba el agua que de nuevo empezaba a acariciarnos. Eran cerca de las cinco de la tarde, y el cielo entoldado nos prometía una noche prematura. El camino —salvo algunos trechos predregosos— era propicio a la marcha rápida, y nuestros caballos, como si presintieran el próximo fin de la jornada, se mostraban voluntariosos al galope. En pocos momentos llegamos a la costa del arroyo Caty.

Estábamos cerca de las “colonias”, en el paso del arroyo, en campos, pues, del coronel Joao Francisco Percira. El arroyo “traía” bastante agua; lo badeamos por un boquete que divide el monte que se “estira” en sus orillas y abierta una ancha portera nos internamos en un callejón, de macizo muro de piedra, pletórico de maleza. Estábamos en el camino que conduce directamente al Cuartel de Caty. Al callejón sucedió una calle alambrada en cuyo comienzo se alza la primera “población” del pago. Bajada una pendiente, vadeado un arroyuelo sobre el que se ha levantado un angosto puente, nos encontramos en el nacimiento de un terraplén que muere entre los diversos cuerpos que forman el Cuartel.

A las 5 y 15 echábamos pie a tierra. Había oscurecido. El viaje había durado cerca de ocho horas y media de las cuales siete habían sido de marcha. Echamos nuestros cálculos, para “acertar” de una vez con el recorrido, y sobre la base de dos leguas por hora calculamos el trayecto en “catorce” leguas. Setenta kilómetros a lomo de bayo, metro más, metro menos.

---

Habíamos descendido frente a la oficina telefónica del Cuartel de Caty, y dirigiéndonos al empleado de la misma, preguntamos de un tirón:

—El coronel Joao Francisco Pereira de Souza?

—Está cenando. Si el señor quiere esperar, y darme su tarjeta...

—Está bien. Sírvase.

Cinco minutos después se presentaba un ordenanza indicándonos lo siguiéramos hasta una pieza vecina, amueblada con sencillez no exenta de “confort”.

—El coronel le ruega se sirva instalarse aquí, ¿Trae usted pcón?

—Si no tiene inconveniente le voy a dar alojamiento.

—Proceda, no más “cabo”.

—No soy más que soldado...

—No importa; nosotros lo hacemos cabo en nombre de “la razón”

La pálida luz de la vela reflejó una sombra. Nos volvimos hacia la puerta. Estábamos en presencia del coronel Joao Francisco Pereira de Souza, jefe del Regimiento número 2 de tropas republicanas, y señor del pago a que habíamos llegado.

Saludamos. Presentamos nuestras “credenciales”, y tras una breve conversación de recién llegados, con explicación de los motivos de nuestro viaje, el coronel Joao Francisco, nos dejó solos frente a una mesa servida y con el ordenanza al alcance de la voz. Media hora después, cuando nos disponíamos a saborear una de las tres cosas buenas que encuentra el hombre en el mundo: el café, el coronel Pereira vino a hacernos una visita de sobremesa.

Ofrecimos una silla y quedamos “face-a-face”.

—¿Un cigarro, coronel?

—Gracias, no fumo.

—Esperábamos coronel, encontrarlo en Uruguayana, con motivo del reciente Congreso Comercial del que, si no estamos equivocados, debió usted formar parte.

—Es verdad, pero algunos asuntos particulares —que tenía que atender de inmediato— me impidieron, como era mi deseo, concurrir a él. De haberlo hecho, habría apoyado algunas conclusiones de las que según he leído se arribó, y habría discutido otras...

—¿Se habría usted declarado a favor del proteccionismo?

—No, por cierto. Estoy en el mismo orden de ideas de los que han proyectado la rebaja de tarifas. Creo que esto debe producirse para beneficio mismo de Río Grande, y en ese sentido el Congreso —de cuya utilidad soy un convencido— hará obra buena si alcanza éxito en sus gestiones. Los derechos a la introducción del ganado, especialmente, deben sufrir modificaciones, pues no deben establecerse como prohibitivos, porque no sólo perjudican a un país vecino

y amigo como el Estado Oriental, sino que también redundan en perjuicio del propio Río Grande. Este no puede por sí solo —a pesar de su riqueza ganadera— dar el suficiente número de cabezas, que el consumo del tasajo en el Brasil reclama. Río Grande sólo puede abastecer una tercera parte de los mercados brasileños, cuyo consumo representa el sacrificio de un millón y medio de cabezas. Nuestro Estado sólo puede dar quinientas mil; luego, sus establecimientos saladeriles tienen que ser siempre tributarios de los estados vecinos. La tasa prohibitiva impuesta a los ganados, ha cerrado la puerta a la introducción “legal” de éstos, pero la ha abierto —porque la ha obligado— al contrabando...

—En ese mismo sentido, hemos escuchado ya varias opiniones. Se nos ha asegurado que anualmente se contrabandean más de cien mil cabezas.

—Es muy probable. La frontera es muy extensa y muy difícil de guardar, por consiguiente, ofrece grandes comodidades al contrabandista, amén de que éste tiene en su favor otros auxiliares no menos considerables que la naturaleza. Por eso, creo que sería altamente razonable la reducción de las tarifas acompañadas de un convenio amistoso con los estados vecinos en el que una reciprocidad de acción, si no extinguiera, hiciera por lo menos más leve el contrabando, que hoy se hace, no sólo de ganados, sino de toda clase de mercaderías...

—La represión se ha acentuado de unos meses a la fecha, y hoy ese “trabajo” es más arduo.

—Es cierto. La represión activada enérgicamente desde principios del año por el coronel Santos Filo, ha hecho más difícil, o si se quiere más peligroso el contrabando, pero no se ha disminuido el número de contrabandistas. En el servicio de represión se emplea un considerable número de fuerzas, la mitad de mi regimiento ha sido destacada por disposición del gobierno estadual, en la frontera, para prestar su concurso a las aduanas, pero como he dicho, la frontera es extensa y muy abierta, y para guardarla debidamente sería necesario un ejército numerosísimo. Por otra parte, los recursos y los auxiliares de los contrabandistas, son infinitos. El contrabando lo hace el comercio, y al comercio —por mil causas distintas— está directamente vinculada la población general de todo el país. Y es el pueblo, precisamente, uno de los más poderosos auxiliares del contrabandista, por cuanto al auxiliar al contrabando, se auxilia a sí mismo. Es un efecto lógico de las leyes prohibitivas. Estas por más que como leyes de la nación deben ser sagradas y respetadas, afectan la vida económica de la población, y la población falta o contribuye a faltar a la ley, por la cuenta que le tiene... Nadie denuncia el contrabando; pero suman cientos las denuncias hechas a los contrabandistas. Nadie concurre a decir a una receptoría: por tal parte va a pasar un contrabando; pero son muchos los que dicen a los contrabandistas; no vayan por tal lado, que hay fuerzas destacadas... Y esto que ocurre aquí, tiene que ocurrir necesariamente en todos los países que tienen fronteras extensas, derechos prohibitivos. Por eso creo que la única manera de reducir a la mínima expresión el contrabando estriba en la rebaja de tarifas, y en el común acuerdo

de los estados colindantes. De la misma manera —por un buen tratado de extradición— debe buscarse la eliminación de otro contrabando, no menos generalizado que el comercial: el crimen. El criminal tiene en estas regiones vías expeditas para trasladarse al terreno de la impunidad o poco menos. Se mata o se roba aquí, y se pasa en pocos momentos allá; se mata o se roba allá y con poco trabajo se está aquí...

—Hemos oído hablar que la acción de usted en el sentido de la represión criminal, o mejor dicho, de la “desinfección” ha sido provechosa en la frontera.

—He hecho lo que he podido, y creo haber conseguido algo, limpiando de foragidos y bandoleros, regiones verdaderamente inhabitables hasta hace algunos años. Terminada la revolución de Río Grande, la frontera quedó verdaderamente infestada de bandidos. Los asaltos, robos y asesinatos, eran diarios o poco menos. En mi establecimiento en Caty, por ese tiempo, comencé una enérgica campaña, peligrosa por cierto, dada la calidad de gente con quien había que entendedérselas...

—Lo suponemos. No debían ser fáciles de convencer con buenas palabras, ni cosa parecida...

—¡Figúrese usted! La energía y la constancia dieron sus frutos y hoy, sino desarraigada, la criminalidad en una gran zona fronteriza, está amenguada. Esto me permite tomar largos descansos y entregarme de lleno a las tareas ganaderiles, que constituyen hoy mi principal ocupación. Casi puede decirse anexado al cuartel, tengo un plantel de cabaña donde he reunido un regular número de ejemplares de las tres razas; vacuna, caballo y lanar.

—De la primera, ¿a qué tipo de preferencia?

—Cuido el Polled Angus que tiene excelentes condiciones de aclimatación y es de una rusticidad a toda prueba. Tengo también algunos ejemplares Durham, con los que últimamente he hecho un ensayo que me ha dado un halagador éxito: crucé el Durham con zebú, tipo “Indiano”, de gran cuerpo, obteniendo bueyes formidables, que carneados recientemente en el saladero de los señores Anaya e Irigoyen, en Santanna, dieron un rendimiento estupendo: catorce arrobas brasileñas, o sea doscientos diez kilos, de tasajo, sin hueso; un quinto del peso en sebo, y cuero de “ochenta y cinco kilos”. Una vaca de la misma craza dio once arrobas brasileñas de tasajo sin hueso o sean ciento sesenta y cinco kilos! El buey en pie pesaba ochocientos sesenta kilos; la vaca seiscientos setenta. Estos productos los enviaré a la próxima exposición Nacional de Río Janeiro.

—¿No mandará animales en pie?

—Tengo para exponer un toro Polled Angus. Quizá mande algo más. Casi todos los ganaderos de Río Grande se hallarán presentes en la exposición. De nuestro Estado figurarán sesenta productos en pie.

Sobre razas y cruizas, con singular entusiasmo y con palabras que revelan una especial preparación, se extendió largo rato el coronel Pereira, hasta que un toque de clarín, anunciando “silencio” en el cercano Cuartel, le recordó la hora del reposo. Instándonos a que así lo hiciéramos, en beneficio de nuestro cuerpo, que bien

lo necesitaría después de un día de viaje a caballo, dio nuestro huésped por terminada la visita y se retiró a sus habitaciones.

Afuera rugía desesperadamente el viento. Un temporal huracanado —de violencia alarmante— coronaba en la noche las anomalías meteorológicas del día. Miramos durante un momento las paredes y techos pensando en lo desagradable que sería un “raso” improvisado; tuvimos también un recuerdo piadoso para nuestro pobre bayo, que soportaba a esas horas el temporal a “cuerpo gentil” en el campo, y... concluimos por dormirnos “malgré” las furias de los elementos.

Que era lo mejor que podíamos hacer.

*Arturo P. Visca*

San Eugenio, junio 3 de 1908

LA RAZON. — Montevideo, viernes 12 de junio de 1908, Año XXX, N° 8747

### LO QUE CONSTITUYE “CATY”

El cuartel, sus anexos, la aldea — La casa de Joao Francisco Milicos y ... “milicias” — Caty por sus cuatro costados

En la mañana del día siguiente a nuestra llegada a Caty, el coronel Joao Francisco, vino atenciosamente a darnos los “buenos días” a nuestro cuarto y en su compañía fuimos a visitar los establos donde tiene alojados a sus reproductores “pur sang”. Con una satisfacción no exenta de orgullo, la satisfacción mezclada de legítimo orgullo con que un hombre de trabajo puede mostrar los medios de su éxito, el coronel Pereira nos enseña algunos notables ejemplares de raza: un hermoso toro negro, de 4 años. Polled Angus, en sugestivo estado de engorde; un trío de Romney, dos borregas Rambouillet; un vigoroso potro negro, Orloff, dos Huntley, dos Anglo-Normandos y un puro de carrera “Soberano”, de nacimiento inglés.

Después de revistados uno por uno, el coronel Pereira, nos invita a visitar el cuartel de su regimiento. Aceptado el ofrecimiento el cabo de órdenes marcha en busca del teniente secretario que ha de servirnos de “cicerone” y pocos minutos después nos es presentado un oficial de distinguido porte y afables maneras, Garibaldi Tommasi, que en correctísimo castellano se pone a nuestra disposición para hacernos conocer las distintas reparticiones del “Cuartel Militar de Caty”. En su compañía atravesamos la Plaza “Julio de Castillos” que separa la casa del coronel Joao Francisco del cuartel, y penetramos en éste por el portón donde se da la guardia principal.

Una hora larga duró nuestra visita al cuartel, y en ella pudimos darnos exacta cuenta de la real importancia que desde el punto de vista militar tiene el cuartel de Caty, porque su organización significa la obra de la disciplina, dentro de un pensamiento moderno, de una concepción inteligente del funcionamiento de una completa unidad táctica. Forma lo que realmente es cuartel, “el Caty Nuevo” un edificio de piedra y ladrillo, cuadrilátero de ochenta metros de frente por cincuenta de fondo, que abarca una plaza amplia, uno

de cuyos costados, al norte, se abre formando trinchera. Dentro del edificio, hay cuatro bien aereados departamentos donde se alojan los cuatro escuadrones del Regimiento. Cada apartamento tiene sus instalaciones completas, de tarimas higiénicas, levantables, fáciles de armar y desarmar. Todo el interior pintado al óleo: en los techos, los colores del pabellón brasileño: en las paredes el azul celeste de la bandera riograndense del año 35.

Los refectorios —comedores— lucen todos mesas de mármol, y piso de baldosa que el ojo vigilante de la superioridad mantiene siempre en el más perfecto aseo. Los soldados y los clases tienen comedor separado, así como la oficialidad. En el subsuelo, está instalada la cocina, de hierro, sistema moderno, con cañería de aguas corrientes e iluminación a gas acetileno, que es la iluminación general del cuartel. En el ala sur de éste, hállanse instalados el cuerpo de guardia, cuarto de banderas, archivo, secretaría y mayoría, todo con mobiliario novísimo, y todo luciendo los colores del pabellón brasileño y de la bandera del 35. En el mismo cuerpo, está el depósito de armas y bagajes. En amplias fuertes estanterías, perfectamente apiladas y clasificadas, cantidad de uniformes, kepis, botas, espuelas, sables, lanzas, clarines, arcos de montar, municiones en cuñetas, cargueros de excelente modelo y de fabricación cuartelera. Una sola ojeada al depósito, da una clara idea del orden y el severo cuidado que rigen en el cuartel. Completa el grupo de las instalaciones del cuartel, una bien montada sala de armas, donde reciben lecciones jefes y oficiales y que es dirigida por un joven compatriota nuestro, don Manuel Visillac, hijo del coronel del mismo apellido, diplomado en la academia de Buenos Aires.

En el cuartel hoy sólo se aloja la mitad del regimiento: los escuadrones 1º y 2º que forman el ala derecha. El ala izquierda, 3º y 4º escuadrón se hallan destacados en la frontera, en el servicio de represión del contrabando. El regimiento completo, en pie de guerra, forma ochocientos hombres, pero en la actualidad, sus escuadrones no revistan más de noventa y seis hombres, inclusive la oficialidad. Todos los soldados, a más del ejercicio de sable, practican el de carabina máuser. Dos de los escuadrones, el segundo y el tercero, son también lanceros.

El ejercicio de tiro se hace en un polígono delineado al pie de un cerro distante unos doscientos metros del cuartel.

La oficialidad y la tropa usa para cada día de la semana un uniforme distinto, rigiendo, al efecto, una ordenanza especial.

A uno de los costados del cuartel se extiende la plaza "Julio de Castillos" a la cual da frente la morada del "comandante". Todos los domingos por la tarde, la banda del regimiento arma en ella sus atriles y ejecuta las mejores piezas de su repertorio. Se retira a la entrada del sol haciendo oír los acordes de una marcha, generalmente "Saudades de minha terra", más conocida en Montevideo con el nombre de "Marcha Brasileira". Una vez en el cuartel, forma en la plaza, y al arriarse el pabellón ejecuta el Himno Nacional del Brasil. La banda, a más, se hace oír, en el cuartel los sábados de tarde y los lunes de mañana.

El clarín es el instrumento de ordenanza en el regimiento, para las órdenes, pero no se desdeña la corneta. Con las primeras sombras del crepúsculo se toca "oración"; a las 9 de la noche "silencio" y a las 4 y 30 de la madrugada, "diana".

---

De una esquina del cuartel —por los fondos— arrancan las instalaciones de la cabaña del coronel Pereira, caballerizas, cocheras, establos, y alojamiento de la peonada. Junto a éstos un gran depósito de agua, en forma de torre. Es de ladrillos con tapadura de hierro galvanizado. Tiene una originalidad; remington avisador. Un arma de este modelo adherida a la pared exterior. Cuando el depósito está "completo" el agua hace presión sobre una válvula, ésta a su vez sobre el gatillo del fusil, el gatillo cae y estalla la cápsula...

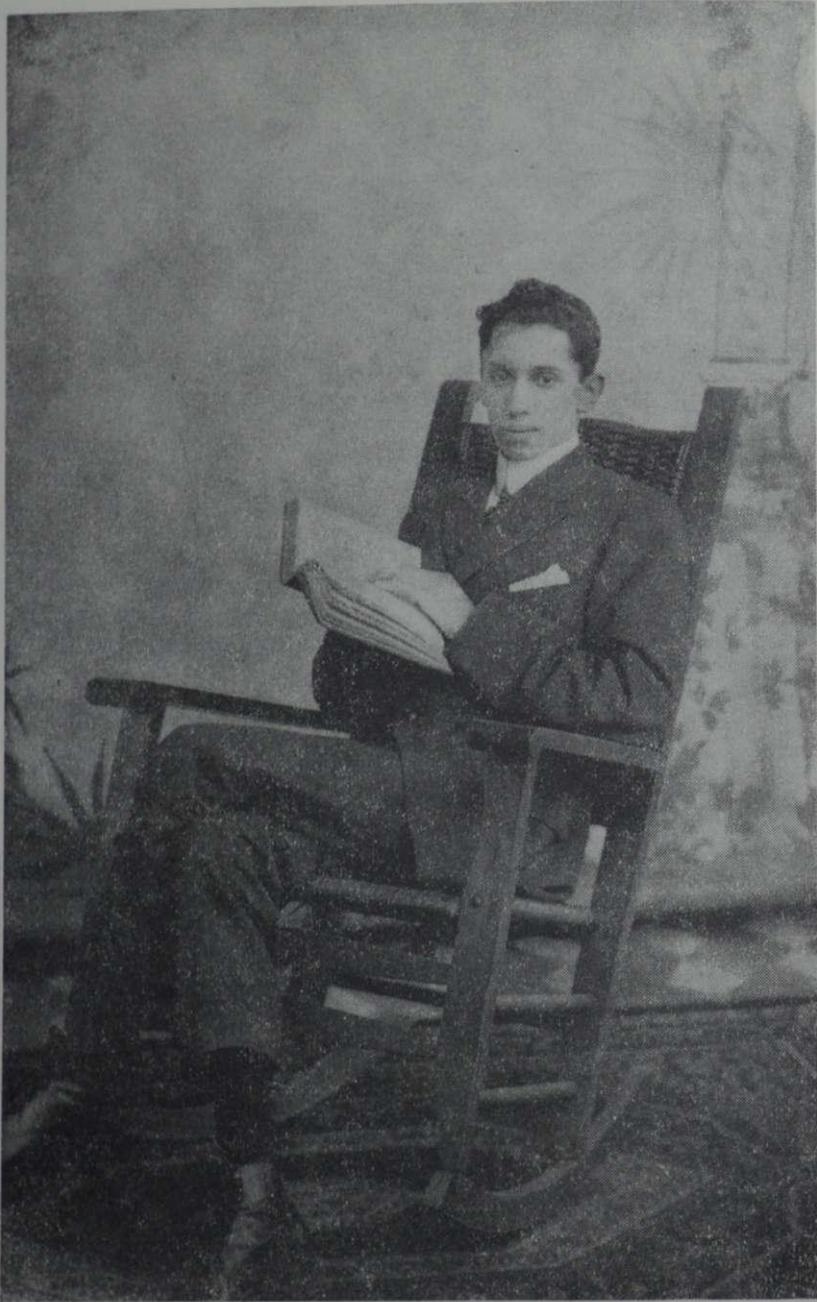
A continuación de la cabaña, tienen su sede diversos talleres de utilidad para todos los habitantes de la comarca: herrería, sastrería, zapatería, taller mecánico, panadería. No falta una buena farmacia, como así una regular barbería, instalada esta última en un "block" de casas que se levanta a poca distancia del cuartel, y donde hasta hace poco, existió una bien provista "pulpería".

El coronel Joao Francisco tiene su casa particular a poca distancia del cuartel, separada, como hemos dicho, sólo por la plaza "Julio de Castillos". Es un edificio de construcción sencilla, y en su interior, confortablemente amueblado, poco o nada dice que ella sea la mansión de un guerrero. Habla más del gusto de un civil laborioso, que de un militar profesional. La más "interesante" de las habitaciones es el escritorio, el cuarto de trabajo del coronel Joao Francisco. Mira al Este, hacia el Cuartel, y es de regulares dimensiones. Su mobiliario es sencillo: un escritorio ministro, varias sillas de Viena, dos sillones, dos hamacas de paja, un sofá, también de Viena, algunos cueros, uno de ellos de tigre, y una mesa, en un rincón, cargada de libros, diarios, revistas, retratos... Junto a un tabique de entrada, montones de pilchas camperas. En las paredes sólo tres cuadros, que son tres retratos, dos al carbón, uno a pluma: A la izquierda del escritorio —colocado frente a una ventana— Julio de Castillos; vis a vis, con éste, el general Hipólito Ribeiro, a quien el regimiento debe el obsequio de su estandarte; junto a Ribeiro, el general José Garibaldi, con su clásico gorro y su no menos clásica blusa.

En un ángulo, sobre una maciza caja de caudales, enmarcado un número extraordinario del "Diario Popular", con un retrato al medio de página de Julio de Castillos.

En el escritorio domina el "desorden ordenado" de los verdaderos de labor, calendarios, manuscritos, revistas, diarios, libros, lapiceras, aprieta-papeles, se mezclan en "mesa revuelta", pero "están todos en su lugar", siempre al alcance de la vista y de la mano de quien los mezcla, pero no los confunde.

Frente a ese escritorio el coronel Joao Francisco, pasa las más de sus horas de labor y de lectura y dentro de ese cuarto, lo hemos visto disfrutar de las delicias de la paternidad ante los pininos y



José Luis (Dimas) Antuña

STUDIO OF THE ARTIST



Si me va en un momento  
de un momento para un momento  
Edo. Acuña y T. Díaz  
Bermúdez  
16 sept. 1912.

STUDIO OF THE ARTIST